

ROBOTTECH

SECOND GENERATION #8

METAL FIRE

*The Humans were fighting for their home....
The Robotech Masters were fighting
for their only hope of survival....*

JACK MCKINNEY



Ballantine/J&F © 1985 U.S. \$5.95

Los humanos luchaban por su hogar... Los Maestros de la Robotechnia luchaban por su única oportunidad de supervivencia...

Una fortaleza alienígena se había estrellado en la Tierra debido a la lucha entre los Maestros de la Robotechnia y los humanos que habitaban el planeta. Ahora, la fortaleza desafiaba a alguien a penetrar sus oscuros secretos. ¿Y quién mejor para hacerlo que Dana Sterling del decimoquinto escuadrón de ATACs? Después de todo, ¡ellos habían sido los que la habían derribado!

ROBOTECH

La saga de los Maestros: Cruz del Sur (Segunda
Generación)

Fuego de metal

Jack McKinney

Versión 1.0

23.09.13



Título original: *Metal Fire*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #7-9
The Masters Saga: The Southern Cross

Publicación del original: 1987



Libro 8 en el orden de publicación, y 15 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Luis N. Migliore (Córdoba, Argentina)

Revisión: sin revisar

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

EXEDORE: Por lo tanto, Almirante, hay poca incertidumbre: la composición genética [de los Zentraedi y los Humanos] señala directamente a un punto común de origen.

ALMIRANTE GLOVAL: Increíble.

EXEDORE: Verdad. Además, al examinar los datos notamos muchas características comunes, incluyendo una propensión de parte de ambas razas para darse a la guerra... Sí, ambas razas parecen disfrutar el hacer la guerra.

*De los reportes de inteligencia de Exedore al Alto
Comando de la SDF-2*

En otro tiempo, una fortaleza alienígena se había estrellado en la Tierra...

Su llegada había puesto fin a casi diez años de guerra civil global; y su resurrección había introducido el Armagedón. Los restos irradiados y ennegrecidos de esa fortaleza yacían enterrados bajo una montaña de tierra, apilada sobre ella por los mismos hombres y mujeres que habían reconstruido la nave en lo que ha sido su isla tumba. Pero ignorado por aquellos que lloraban su pérdida, el alma de esa grandiosa nave había sobrevivido al cuerpo y aún la habitaba –una entidad viviendo en las sombras de la tecnología que ella animaba, esperando a ser liberada por sus guardianes naturales, y hasta entonces vagando por el mundo escogido para su penoso exilio...

Esta nueva fortaleza, este regalo más reciente del lado más siniestro del cielo, había anunciado su llegada, no con revueltas de

marea y tectónicas, sino con guerra declarada y devastación – tarjetas de visita manchadas de sangre de la muerte. Esta fortaleza no estaba abandonada y no controlada en su fatal caída sino conducida, bajada a la Tierra por los reacios jugadores menores en su oscuro drama...

“¡Decimoquinto ATAC al grupo aéreo!” Dana Sterling gritaba en su micrófono sobre el estruendo de la batalla. “¡Golpéenlos de nuevo con todo lo que tengan! ¡Traten de hacerles mantener sus cabezas abajo! ¡Nos están tirando nada más que zapatos viejos aquí abajo!”

Menos de veinticuatro horas atrás su equipo, el escuadrón 15to, del Cuerpo Blindado Táctico Alfa (ATAC), había derribado este gigante, no con hondazos y disparos, sino con un ataque coordinado lanzado al talón de aquiles de la fortaleza –el reactor central que gobierna la red de biogravedad de la nave. Ésta había caído parabólicamente de su órbita geosincrónica, estrellándose en las escarpadas colinas a varios kilómetros de distancia de Ciudad Monumento.

Apenas un punto de impacto coincidente, Dana se dijo mientras encuadraba la fortaleza en la mira del rifle/cañón del Hover-tank.

El 15to, en modo Battloid, se estaba moviendo a través de una zona de batalla que se parecía a un campo de géiseres de explosiones anaranjadas y de tierra y rocas arrojadas muy alto – parecido a una cruz entre un paisaje lunar y el interior del Vesubio en un día movido.

Allá arriba, los guerreros del TASC, los Leones Negros entre ellos, rugían en otra pasada. El cañón de lágrima verde vítreo de la fortaleza no parecía tan efectivo en la atmósfera, y hasta ahora no había habido ningún signo de los escudos de copo de nieve. Pero el casco del enemigo, levantándose sobre los atacantes Battloids, aún parecía capaz de absorber todo el castigo que ellos podían asestarle y permanecía inalterado.

La fortaleza alienígena, un hexágono alargado, angular y relativamente plano, medía más de ocho kilómetros de largo, la

mitad de eso en anchura. Su casco gruesamente blindado era del mismo gris deslustrado de las naves Zentraedis usadas en la primera Guerra Robotech; pero en contraste con esos gigantescos acorazados orgánicos, la fortaleza ostentaba una topografía que competía con aquella de un paisaje urbano. A lo largo del eje más largo de su superficie dorsal había una porción de superestructura de más de un kilómetro de alto que asemejaba los techos puntiagudos de muchas casas del siglo XX. Más adelante había una proyección cónica concéntricamente enrollada que Louie Nichols había bautizado “una teta Robotech”; en popa había enormes puertos de propulsores Reflex; y en otra parte, estaciones de armas, grietas profundas, enormes paneles de celosías, domos, torres semejantes a tenedores de dos dientes, escaleras y puentes, bahías de ataque blindadas, y las bocas articuladas de los innumerables cañones segmentados “como patas de insecto” de la nave.

Debajo de la cordillera serrada que los pilotos de la fortaleza habían escogido como su sitio de aterrizaje estaba Ciudad Monumento, y a varios kilómetros de distancia al otro lado de dos cordilleras ligeramente más altas, los restos de Nueva Macross y los tres montículos hechos por los humanos que marcaban el sitio de descanso final de las fortalezas super dimensionales.

Dana se preguntaba si la SDF-1 tenía algo que ver con esta última guerra. Si estos invasores eran en realidad los Maestros Robotech (y no alguna otra banda de merodeadores galácticos XT), ¿habían venido a vengar a los Zentraedi de alguna forma? O algo peor aún –como muchos estaban preguntando– ¿estaba la Tierra peleando una nueva guerra con Zentraedis micronizados?

Hija de un padre Humano y una madre Zentraedi –el único niño conocido de tal matrimonio– Dana tenía buenas razones para refutar esta última hipótesis.

Que algunos de los invasores eran humanoides era un hecho sólo recientemente aceptado por el Alto Mando. Apenas un mes atrás Dana había estado cara a cara con un piloto de uno de los mechas bípedos de los invasores –llamados Bioroids. Bowie Grant había estado aún más cerca, pero Dana era la que aún tenía que recobrase del encuentro. De repente la guerra se había personalizado; ya no era máquina contra máquina, Hovertank

contra Bioroid.

Aunque eso no importaba en lo más mínimo a los líderes endurecidos del GTU. Desde el fin de la Primera Guerra Robotech, la civilización Humana había estado en declive; y si no hubiese venido a ser Humanos contra alienígenas, ello probablemente habría sido Humanos contra Humanos.

Dana oyó un rugido sónico por los recolectores externos del Hovortank y miró al cielo lleno de guerreros Alpha de nueva generación, descendientes romos de los Veritechs.

El lugar estaba atestado de humo y fragmentos volantes por los estallidos de misiles, y de las trazas de los misiles. Mientras Dana miraba, un par de VTs terminaba una pasada sólo para que dos naves de asalto alienígenas se elevasen en el aire y los siguiesen. Dana gritó una advertencia por la red de Control Aéreo Avanzado (FAC), luego conmutó de la frecuencia de FAC a su propia red táctica porque la confrontación decisiva real había empezado; dos Bioroids azules se habían aparecido inesperadamente por detrás de pedrones rodados cerca de la fortaleza.

Los azules abrieron fuego y los ATACs lo contestaron con interés; el alcance era largo medio, pero descargas de energía y discos de aniquilación sesgaban y chapoteaban furiosamente, buscando objetivos. Al pedido de Dana, una escuadra de bombarderos de la Fuerza Aérea Táctica llegó para soltar unas cuantas docenas de toneladas de artillería convencional mientras que los TASCs emprendían su próxima pasada.

Abruptamente, una luz azul verde brilló desde la fortaleza, y un instante más tarde ésta yacía bajo un hemisferio de materia semejante a una rociada, un domo de telaraña radiante, y todos los rayos y sólidos entrantes salpicaban inocuamente de ello.

Pero el enemigo podía disparar a través de su propio escudo, y lo hizo, derribando a dos de los bombarderos que se retiraban y a dos VTs que se acercaban con fuego de cañones. Cualquiera que fuera el daño al sistema de biogravedad, éste no había despojado visiblemente a la fortaleza de todo su estupendo poder.

La mano de Dana se estiró hacia la palanca de selección de modo. Ella armonizó sus pensamientos con el mecha y tiró la palanca hacia G, reconfigurando de Battloid a Gladiador. El

Hovertank era ahora una SPG (self-propelled gun: cañón autopropulsado) de dos piernas acucillada, con un único cañón extendiéndose delante de ella.

Cerca, en la cubierta escasa provista por afloramientos de granito de ladera y pedrones rodados sueltos, el resto del 15to – Louie Nichols, Bowie Grant, Sean Phillips, y el Sargento Angelo Dante entre otros– similarmente reconfigurados, estaba soltando andanadas contra la fortaleza estacionaria.

“¡Maldita sea, estos tipos son empedernidos!” Dana oyó a Sean decir por la red. “¡No se mueven ni un centímetro!”

Y no es probable que lo hagan, Dana lo sabía. Nosotros estamos luchando por nuestro hogar; ellos están luchando por su nave y su única esperanza de supervivencia.

“A este paso la lucha podría continuar por siempre,” Angelo dijo. “Es mejor que alguien piense en algo rápido.” Y todos sabían que él no estaba hablando de sargentos, tenientes, o alguien más que pudiera ser acusado de trabajar para ganarse la vida; el alto mando era mejor que comprendiera que estaba cometiendo una equivocación, o a la llegada de la tarde ellos necesitarían al menos un nuevo escuadrón de Hovertank.

Entonces Angelo avistó un azul que había ido a la carga por detrás una roca y se dirigía directamente hacia el Diddy-Wa-Diddy de Bowie. La actitud y la postura del mecha de Bowie sugería que estaba distraído, desconcentrado.

¡Condenado niño, distraído! “¡Cuidado, Bowie!”

Pero entonces Sean apareció en modo Battloid, disparando con el rifle/cañón, el azul tambaleándose cuando entró a los rayos llameantes, luego cayendo.

“Despierta y estate alerta, Bowie,” Angelo gruñó. “Es la tercera vez hoy que cometes un error.”

“Lo siento,” Bowie regresó. “Gracias, Sargento.”

Dana estaba ayudando a Louie Nichols y a otro soldado a tratar de hacer retroceder a los azules que estaban avanzando arrastrándose de cubierta en cubierta sobre sus barrigas, la primera vez que los Bioroids eran vistos hacer tal cosa.

“Estos sujetos no aceptarán un no como respuesta,” Dana se irritó, barriendo su fuego de un lado a otro sobre ellos.

Cámaras a control remoto situadas conveniente a lo largo del perímetro de la batalla traía la acción a los cuarteles generales. Un sonido corto y agudo intermitente (como una disparatada clave Morse) y barras de ruido horizontal interrumpía la transmisión de vídeo. Sin embargo, el cuadro era claro: las unidades Blindadas Tácticas estaban recibiendo una paliza.

El Coronel Rochelle ventiló su frustración en una lenta exhalación de humo, y apagó aplastando su cigarrillo en el ya lleno cenicero. Allí había otros tres oficiales con él en la larga mesa, en cuya cabeza estaba sentado el General de División Rolf Emerson.

“El enemigo no está mostrando ningún signo de rendición,” Rochelle dijo después de un momento. “Y el Decimoquinto se está cansando rápidamente.”

“Golpeémoslos más duro,” el Coronel Rudolph sugirió. “Tenemos al comandante del ala aérea esperando. Un golpe quirúrgico –nuclear, si es necesario.”

Rochelle se preguntó cómo el hombre había alcanzado su rango actual. “Ni siquiera consignaré esa sugerencia. No tenemos un conocimiento bien definido del escudo de energía de esa nave. ¿Y qué ocurriría si las cartas no nos favorecen? La Tierra estaría acabada.”

Rudolph parpadeó nerviosamente detrás de sus anteojos gruesos. “No veo que la amenaza vaya a ser mayor que los ataques ya lanzados contra Monumento.”

Butler, el oficial del estado mayor sentado enfrente de Rudolph habló al respecto. “Esta no es la Guerra de los Mundos, Coronel –al menos no todavía. Ni siquiera sabemos qué quieren de nosotros.”

“¿Tengo que recordarles señores sobre el ataque a Isla Macross?” La voz de Rudolph tomó un filo más duro. “Veinte años atrás no es exactamente historia antigua, ¿no es así? Si vamos a esperar por una explicación, podríamos rendirnos también en este momento.”

Rochelle estaba asintiendo con su cabeza y encendiendo otro cigarrillo. “Yo estoy en contra de una escalada en este punto,” él dijo, humo y aliento saliendo.

Rolf Emerson, las manos enguantadas plegadas delante de él en

la mesa, estaba sentado en silencio, acogiendo las evaluaciones y opiniones de su personal pero diciendo muy poco. Si se le dejara a él decidir, intentaría abrir un diálogo con los invasores invisibles. Ciertamente, los alienígenas habían dado el primer golpe, pero habían sido las Fuerzas de la Tierra quienes les habían estado aguijoneando en continuos ataques desde entonces. Desafortunadamente, sin embargo, él no era el escogido para decidir las cosas; él tenía que contar con el Comandante Leonardo para eso... Y que el cielo nos ayude, él pensaba.

“¡No podemos sólo dejarles sentarse allí!” Rudolph estaba insistiendo.

Emerson aclaró su voz, en voz suficientemente alta para atravesar las conversaciones separadas que estaban en progreso, y la mesa se acalló. Los monitores de audio trajeron el ruido de la batalla a ellos una vez más; en concierto, los cristales de las ventanas de permaplas resonaban con los sonidos de las explosiones distantes.

“Esta batalla requiere más que sólo hardware y personal competente, señores... Les devolveremos el terreno que hemos tomado porque no nos es de utilidad en este momento. Retiraremos nuestras fuerzas temporalmente, hasta que tengamos un plan viable.”

El 15to agradeció las ordenes de retirarse y cesar el fuego. Otras unidades estaban reportando graves bajas, pero su equipo había sido afortunado: siete muertos, tres heridos –números que habrían sido juzgados insignificantes hace veinte años, cuando la población de la Tierra era más que sólo un puñado de sobrevivientes endurecidos.

Emerson despidió a su personal, regresó a su oficina, y pidió encontrarse con el comandante supremo. Pero Leonard lo sorprendió diciéndole que se quedase en su sitio, y cinco minutos después entró tempestivamente por la puerta como un toro airado.

“¡Tiene que haber una manera de vencer a esa nave!” Leonard

denostó. “¡No aceptaré la derrota! ¡No aceptaré el statu quo!”

Emerson se preguntó si Leonard habría aceptado el statu quo si él hubiera sudado la mañana en el asiento de un Hovertank, o un Veritech.

El comandante supremo era el opuesto de Emerson en apariencia así como en temperamento. Era un hombre masivo, alto, de cuello grueso, y de pecho ancho, con una enorme cabeza pelada, y quijadas marcadas que ocultaban lo que una vez habían sido los rasgos fuertes y angulares, rasgos prusianos, tal vez. Su uniforme estándar consistía en pantalones blancos, botas de cuero negro, y un largo sobretodo castaño ribeteado en los hombros. Pero dominante en este conjunto había una enorme hebilla de cinto de cobre, la que parecía simbolizar la inequívoca solidez materialista del hombre.

Emerson, por otra parte, tenía una cara guapa con una mandíbula fuerte, cejas gruesas, largas y bien dibujadas como alas de gaviota, y ojos oscuros y sensitivos, más cercanos de lo que deberían, en cierto modo un aspecto amenguante o de otra manera inteligente.

Leonard comenzó a pasearse por la habitación, sus brazos cruzados en su pecho, mientras que Emerson permanecía sentado en su escritorio. Detrás de él había una pantalla de pared cubierta con exhibiciones esquemáticas de despliegue de tropas.

“Tal vez el plan de Rudolph,” Leonard meditó.

“Me opongo fuertemente, Coman—”

“Usted es demasiado precavido, Emerson,” Leonard interrumpió. “Demasiado precavido para su propio bien.”

“No teníamos alternativa, Comandante. Nuestras pérdidas—”

“¡No me hable de pérdidas, hombre! ¡No podemos dejar que estos alienígenas nos atropellen! Yo propongo que adoptemos la estrategia de Rudolph. Un golpe quirúrgico es nuestro único recurso.”

Emerson pensó en oponerse, pero Leonard había girado y dejado caer estrepitosamente las palmas de sus manos sobre la mesa, callándolo casi antes de que empezara.

“¡No toleraré ninguna demora!” el comandante le advirtió, las mandíbulas de bulldog sacudiéndose. “¡Si el plan de Rudolph no encuentra su aprobación, entonces presente uno mejor!”

Emerson sofocó una réplica y desvió sus ojos. Por un instante, la cabeza afeitada del comandante a centímetros de la suya, él entendió porque Leonard era conocido por algunos como Pequeño Dolza.

“Desde luego, Comandante,” él dijo obedientemente. “Comprendo.” Lo que Emerson entendía era que el Presidente Moran y el resto del consejo del GTU estaban comenzando a cuestionar la aptitud de Leonard para mandar, y Leonard estaba sintiendo que le apretaban los tornillos.

La mirada fría de Leonard permaneció en su lugar. “Bien,” él dijo, cierto de que había quedado claro. “Porque quiero un fin para toda esta locura y lo estoy haciendo responsable... Después de todo,” él añadió, volviéndose y alejándose, “se supone que usted es el hombre milagroso.”

El 15to tenía una vista clara de la línea montañosa dentada y de la fortaleza caída desde sus habitaciones en el duodécimo piso en el recinto de cuarteles. Entre el recinto y los picos gemelos que dominaban la vista, la tierra estaba sin vida e incurablemente áspera, craterizada por los innumerables rayos de muerte Zentraedi llovidos sobre ella casi veinte años antes.

La sala de alistamiento de los cuarteles era elegante para cualesquiera normas actuales: espaciosa, bien iluminada, equipada con características más convenientes para una habitación de recreación, incluyendo vídeo juegos y una barra. La mayor parte del escuadrón estaba agotado, ya en la cama o en camino, excepto por Dana Sterling, demasiado conectada para dormir, Angelo Dante, quien necesitaba poco de ello en cualquiera ocasión, y Sean Phillips, quien estaba más que acostumbrado a largas horas.

El sargento no podía apartarse de la vista y parecía desear vehementemente regresar a la batalla.

“Aún deberíamos estar allí peleando –¿estoy en lo cierto o estoy en lo cierto?” Angelo pronunció, dirigiendo sus palabras a Sean sólo porque él estaba sentado cerca. “Estaremos luchando esta guerra

hasta que seamos ancianos a menos que derrotemos a esos monstruos con una gran jugada; el silbato suena y todos van.”

A los veintiséis, el sargento era el miembro más viejo del 15to, también el más alto, el más ruidoso, y el más implacable –como los sargentos no debían ser. Él había encontrado la horma de su zapato para su impulsividad en Dana, y la imprudencia en Sean, pero los resultados finales aún tenían que ser dichos.

Sean, la barbilla descansando en su mano, tenía su espalda vuelta hacia las ventanas y hacia Angie. Presunto Casanova de cabellos largos del 15to y de casi cada dos equipos en los cuarteles, él imaginaba conquistas de una clase más suave. Pero en ese momento estaba demasiado exhausto para campañas de cualquier clase.

“El alto mando deducirá qué hacer, Angie,” él dijo al sargento cansadamente, aún considerándose un teniente sin importar qué pensaba el alto mando de él. “¿No lo haz oído? Lo saben todo. Personalmente, estoy cansado.”

Angelo dejó de pasearse, mirando a su alrededor para asegurarse de que Bowie no estaba allí. “¿Por cierto, qué se ha hecho de Bowie?”

Esto pareció despabilar a Sean un poco, pero Angelo declinó a seguir su comentario con una explicación.

“¿Por qué? ¿Está en problemas? Debiste haber dicho algo durante el interrogatorio.”

El sargento puso sus manos en sus caderas. “Él ha estado fastidiando las cosas. Ese no es un problema en combate; es un mal funcionamiento mayor.”

Algunos habrían esperado que la presencia de la fortaleza lanzase un paño mortuario sobre la ciudad, pero ése no era el caso. De hecho, en apenas el tiempo de una semana la a menudo silenciosa nave (excepto cuando era agitada por los ejércitos de la Cruz del Sur) se había convertido en un rasgo aceptado del paisaje, y algo así como un objeto de fascinación. Si el área del sitio del estrellamiento

no hubiese sido acordonada, es probable que la mitad de Monumento habría fluido a las colinas con las esperanzas de atrapar un vislumbre de la cosa. Como lo fue, el negocio continuó como de costumbre. Pero los historiadores y comentadores fueron rápidos para ofrecer explicaciones, apuntando al comportamiento del populacho de ciudades sitiadas del pasado, Beirut del último siglo, e innumerables otras durante la Guerra Civil Global al fin del siglo.

Incluso Dana Sterling, y Nova Satori, la fría pero atractiva teniente de la Policía Militar Global, no eran inmunes al encantamiento ominoso de la fortaleza. Aunque ambas habían visto el lado más mortal de su naturaleza revelarse.

En este momento ellas compartían una mesa en uno de los cafés más populares de Monumento –un piso embaldosado como un tablero de ajedrez, mesas redondas de roble, y sillas de hierro forjado– con una vista de la fortaleza que sobrepasaba la vista de los cuarteles.

La suya había sido menos que una relación sin defectos, pero Dana había hecho un trato consigo misma para tratar de hacer las paces. Nova fue complaciente y dispuso de una hora más o menos.

Ambas vestían sus uniformes, sus tecno-vinchas en su lugar, y como tal las dos mujeres parecían un par de sujetalibros militares: Dana, baja y flexible, con un globo de cabello rubio revuelto; y Nova más alta, con su cara pulida y espesa caída de cabello negro.

Pero apenas coincidían sobre las cosas.

“Tengo muchos sueños,” Dana estaba diciendo, “del tipo despierto y del tipo durmiente. A veces sueño sobre encontrar un hombre y volar hasta el borde del universo con él–”

Ella se contuvo abruptamente. ¿Cómo en el mundo entero ella había llegado a este tema? Ella había empezado a disculparse, explicando las presiones bajo las que ella había estado. Entonces de algún modo ella había considerado confiar a Nova las imágenes inquietantes y trances concernientes al piloto del Bioroid rojo, el llamado Zor, no segura de si la teniente de la PM se sentiría moralmente obligada a reportar el asunto.

¿Quizá ello tenía algo que ver con estar mirando a la fortaleza y saber que el Bioroid rojo estaba allí afuera en alguna parte? Y entonces de repente ella estaba balbuciendo sobre sus fantasías de

niñez y Nova la estaba estudiando con una mirada de traigan una camisa de fuerza.

“¿No piensas que es tiempo de madurar?” dijo Nova. “¿Tomar la vida un poco más seriamente?”

Dana giró hacia ella, el hechizo roto. “¡Escucha, estoy tan atenta al deber como la persona de al lado! No conseguí mi comisión debido a quienes son mis padres, así que no seas condescendiente – ¿huh?”

Ella se puso de pie de un salto. Un enorme PM acababa de entrar con Bowie, luciendo avergonzado, caminando detrás. El PM saludó a Nova y explicó.

“Lo atrapamos en una taberna fuera de los límites, señora. Él tiene un pase válido, ¿pero qué debemos hacer con él?”

“¡Ni una palabra, Dana!” Nova advirtió. Entonces ella preguntó al PM, “¿En qué lugar fuera de los límites?”

“Un bar en el Gauntlet, señora.”

“Espere un minuto,” dijo Bowie, esperando salvar su cuello. “¡No era un bar, señora, era un club de jazz!” Él miró atrás y delante entre Nova y Dana, buscando la línea de menor resistencia, dándose cuenta todo el rato que había una línea delgada entre bar y club. Pero ser arrestado por beber le iba a costar más puntos que vagar en una zona prohibida. Quizá si él mostraba la culpa que ellos obviamente esperaban que él sintiese...

“¡Que son conocidos por despojar de todo a soldados que despiertan sangrando en algún callejón!” Nova dijo bruscamente. “¡Si el ejército no necesitase a cada ATAC en este momento, dejaría que lo piense por una semana en el calabozo!”

Nova estaba forzando el tono duro en su voz. Lo que ella en realidad sentía era más cercano a diversión que ira. En cualquier momento ahora Dana trataría de intervenir en beneficio de Grant; y Grant estaba destinado a enredarse de nuevo, lo que entonces se reflejaría en Dana. Nova sonrió por dentro: se siente tan bien llevar la ventaja.

Bowie estaba tartamudeando una explicación y una disculpa, lejos de ser sincero, pero de algún modo convincente. Nova, sin embargo, puso un fin rápido a ello y pasó a leerle la ley de sedición.

“Y además, yo aprecio enteramente la presión bajo la que todos

ustedes han estado, pero no podemos afrontar ser indulgentes en casos especiales. ¡¿Me entiende, soldado?!”

La implicación fue más que clara: Bowie estaba siendo advertido de que su relación con el General Emerson no sería tomada en cuenta.

Dana estaba mirando fríamente a Bowie, asintiendo junto con la lectura de la teniente, pero al mismo tiempo estaba arreglándoselas para deslizar a Bowie un guiño sagaz, como diciendo: Sólo estáte de acuerdo con ella.

Bowie lo entendió finalmente. “¡Prometo no hacerlo de nuevo, señor!”

Entretanto Nova había girado hacia Dana. “Si la Teniente Sterling está dispuesta a responsabilizarse por ti y mantenerte fuera de problemas, dejaré pasar este incidente. Pero la próxima vez no seré tan indulgente.”

Dana consintió, su tono sugiriendo que a Bowie Grant le esperaban cosas ásperas, y Nova despidió a su agente.

“¿Deberíamos terminar nuestro café?” Nova preguntó insinuantemente.

Dana pensó cuidadosamente antes de responder. Nova llevaba mala intención, pero Dana vio repentinamente una manera para volcar el incidente a su favor. Y Bowie también.

“Creo que sería mejor si empiezo a probarme ante usted haciéndome cargo de mi nueva responsabilidad,” ella dijo tiesamente.

“Sí, haz eso,” Nova pronunció despacio, sonando como la Bruja Malvada del Oeste.

Más tarde, caminando de regreso a los cuarteles, Dana tuvo unas palabras serias con su carga.

“Nova no está jugando. La próxima vez ella probablemente te alimentará a las pirañas. Bowie, ¿qué sucede? Primero lo estropeas en combate, luego vas a buscar problemas en la ciudad. ¿Y por cierto, dónde robaste un pase válido?”

Él se encogió de hombros, la cabeza colgando. “Mantengo reservas. Lo siento, no quise causar ninguna fricción entre tú y Nova. Eres una buena amiga, Dana.”

Dana le sonrió. “Muy bien... Pero hay algo que puedes hacer por mí...”

Bowie estaba esperando a que ella terminase, cuando la mano abierta de Dana llegó sin advertencia y lo abofeteó enérgicamente en la espalda –casi tirándolo al piso– y con ello lo espontáneo de Dana: “¡Anímate! ¡Todo estará bien!”

Capítulo 2

*Desearía que alguien pidiese tiempo fuera,
Son bienvenidos a desarmarme,
Somos el mismísimo modelo de
Un tecno ejército moderno.*

Bowie Grant, “Disculpas a Gilbert y Sullivan”

Trece, Rolf Emerson dijo a sí mismo cuando había completado su cuenta de los funcionarios del estado mayor agrupados alrededor de las mesas de la sala de información. Las mesas habrían formado una especie de triángulo, excepto por el hecho que el escritorio del Comandante Leonard (el que habría sido el ápice del triángulo) era curvo. Esto era también un mal signo. Ordinariamente, Emerson no era un hombre supersticioso, pero los desarrollos recientes en los eventos mundiales habían comenzado a producir un tipo de atavismo en él. ¿Y si el conocimiento Humano fuese a comenzar a ir hacia atrás, quién era él para marchar contra ello?

“Esta reunión ha sido convocada para discutir acercamientos estratégicos que podríamos emplear contra el enemigo,” el comandante supremo anunció cuando el último miembro de su personal se había sentado. “Debemos actuar rápida y concluyentemente, señores; así que espero que mantengan sus observaciones breves y al punto.” Leonard se puso de pie, ambas manos apoyadas en la mesa. Sus ojos airados encontraron a Rolf Emerson. “General... adelante.”

Emerson se levantó, esperando que su plan se enarbolase; parecía la única opción racional, pero eso no garantizaba nada, con el Presidente Moran sosteniendo los pies de Leonard al fuego, y Leonard pasando la cortesía hacia abajo de la cadena mando. Breve

y al grano, él se recordó.

“Propongo que recomencemos un ataque a la fortaleza... pero sólo como una táctica de distracción. Esa nave permanece siendo una incógnita, y creo que es imperativo que introduzcamos una unidad de exploración pequeña para un rápido reconocimiento.”

Esto produjo mucha conversación sobre los equipos de demolición, ataques nucleares al campo de batalla, y cosas semejantes.

Rolf levantó su voz. “Señores, la meta no es destruir la fortaleza. Tenemos que averiguar el propósito de los alienígenas. ¿Necesito recordarles que esta nave no es sino una de muchas?”

Leonard aquietó la mesa. Dos veces, Emerson había dicho alienígenas como opuesto a enemigo, pero él decidió dirigirse a eso en otra ocasión. En este momento, el plan del general de división sonaba bien. Algo arriesgado, pero lógico, y él manifestaba eso.

Para la sorpresa de todos, el Coronel Rudolph concurreó. “Después de todo, ¿qué sabemos del enemigo?” él señaló.

Leonard pidió a Rolf dirigirse sobre esto.

“Tenemos evidencia tentativa de que ellos son Humanos o casi Humanos en términos biogenéticos,” Emerson cedió. “Pero eso sólo puede aplicarse a su clase guerrera. Sabemos que la Robotecnología que les hemos visto usar es mucho más avanzada que la nuestra, y no tenemos idea de qué más son capaces.”

“Con mayor razón para reconocer esa nave,” Rudolph dijo después de un momento.

Hubo acuerdo general, pero el Coronel Rochelle pensó preguntar si un equipo realmente podía penetrar la fortaleza, dado el poder de fuego superior y las defensas de los alienígenas.

“Si es el equipo correcto,” Rolf le respondió.

“Y el Decimoquinto es el indicado para el trabajo,” el Comandante Leonard dijo concluyentemente.

Emerson contradijo cautelosamente: era verdad que el 15to había tenido ciertos éxitos notables recientemente, pero aún era un equipo relativamente no probado, y había algunos en el equipo que ciertamente no estaban calificados para el trabajo...

Pero Leonard lo interrumpió antes de que él tuviera una oportunidad para decir nombres, que era mejor así.

“General Emerson, usted sabe que el Decimoquinto es el mejor equipo para este trabajo.”

Hubo acuerdo general de nuevo, mientras Emerson ocultaba su consternación. Dana y Bowie habían entrado al ejército porque allí era donde se los necesitaba, y una cuota en el servicio se esperaba de todos los jóvenes fuertes y sanos. Emerson había alentado a Bowie a entrar a la academia, porque Dana ya había decidido entrar y porque Emerson estaba bien consciente de que eso era lo que los padres de Bowie habrían deseado.

Era sólo mala suerte que una guerra hubiese surgido. Tal vez hubiera sido mejor para Emerson no cumplir su promesa a los Grant, haber dejado ir al niño y estudiar música, tocar el piano en los bares... quizá de esa manera Bowie hubiese sido el último pianista cremado por un rayo de la muerte alienígena, o podría haber sobrevivido mientras que el resto del género humano se lanzaba en la pira de batalla para detener a los invasores.

Pero Emerson no pensaba que Bowie viera las cosas de ese modo. Bowie había visto a los invasores a rango más cercano que Emerson, y Emerson había oído y visto bastante para saber que la Tierra estaba en una guerra de triunfo o muerte.

Sin embargo, la idea de poner al 15to en la punta de la lanza de nuevo iba contra el sentido de justicia de Emerson y de la sabiduría militar; esto era un trabajo de comando, no una misión de tanques.

El Comandante Leonard era bien consciente de la relación de Emerson con Bowie Grant; pero promesas o no promesas, Bowie era un soldado, fin de la historia. Leonard no estaba diciendo todo esto a cada uno en la habitación, pero Rolf había captado el mensaje subliminal del comandante.

Rudolph y Rochelle también entendían el apuro de Rolf, pero ellos, también, estaban resueltos en su decisión: tenía que ser el 15to.

“Sugiero que preparemos una lista de opciones,” Emerson dijo al personal, “una variedad de planes y mezclas para las fuerzas involucradas.”

Leonard pareció considerar eso. Él se dirigió al Coronel Rudolph: “Reúnase con el comandante de los ATACs y elaboren un escenario usando el Decimoquinto.” Él ordenó a Rolf conseguir la tienda del

G3 para comenzar a armar alternativas.

Emerson confirmó la orden, aliviado. Pero cuando la reunión terminó, Leonard separó a Rudolph, esperando hasta que Emerson se hubiera ido.

“Coronel, le estoy ordenando que presente esta misión al Decimoquinto ATAC y a la Teniente Sterling como una orden, no una propuesta. No podemos perder tiempo haraganeando.” Y yo no puedo perder tiempo argumentando con mis subordinados, ni puedo arriesgarme a que Emerson renuncie en este momento. ¡Mi cabeza está en juego!

Rudolph dijo abrupta y sagazmente. “¡Señor!”

El comandante continuó en un tono confidencial. “Debemos dejar de lado los asuntos personales de Rolf y continuar con la guerra.”

“¿Qué piensan –que nos ofrecí como voluntarios para esta misión?” Dana dijo a su escuadrón después de que las órdenes habían llegado del cuartel general. “Alguien tiene que reconocer esa fortaleza–”

“Y nosotros somos ese alguien,” Sean terminó por ella. “El cuartel general quiere saber quién está luchando.”

“Ellos pelearán contra mí si esto persiste,” El Sargento Dante amenazó, apretando sus grandes manos y adoptando la postura de un boxeador.

Los principales del 15to estaban reunidos en su sala de alistamiento del cuartel, tratando de encontrar a alguien a quien culpar por la directiva del cuartel general. Dana ya había puesto las cosas en claro con el Coronel Rudolph, citando toda la acción que el equipo había visto recientemente, su necesidad de descanso y esparcimiento, el estado deplorable de su artillería y de los Hovertanks. Pero todo ello cayó en oídos sordos: cuando el comandante supremo decía salte, uno saltaba. Con o sin un paracaídas.

“Hey, Sargento, yo pensaba que usted quería seguir luchando,” Sean le recordó.

Dante lo miró con ira. “A mí no me gusta ser usado como un peón en el juego de Leonard de ‘nombren al alienígena.’ Nosotros tenemos que salir allí y arriesgar nuestras vidas para salvar sus reputaciones.”

“Cuán literario de ti, Angelo,” Dana dijo agudamente. “¿Qué diablos tiene que ver la reputación con algo de esto?” Ella señalaba con un ademán hacia el exterior de la ventana en la dirección de la fortaleza caída. “Esa nave es al menos una amenaza potencial. ¿Qué se supone que hagamos –convertirla en un paseo de parque de atracciones?”

“¿Cómo es que conseguiremos entrar?” Louie Nichols pensó preguntar.

El equipo giró para mirar al niño sabio de la Cruz del Sur, esperando que él sugiriese algo. Con su cara demacrada y angular, más pesado arriba que abajo de cabellos castaños oscuro, y anteojos opacos siempre presentes, Louie se asemejaba más a un alienígena que Dana misma. Algunos miembros del grupo del Profesor Cochran en realidad creían que Louie se había modelado conforme al infame Exedore, el Ministro de Negocios Zentraedi durante la Guerra Robotech.

“Es bastante difícil analizar su tecnología. Pero meterse en su nave... ¿Cómo se supone que lo llevaremos a cabo?”

Angelo miró a Louie con incredulidad. “¿Entrar? ¡¿Cómo vamos a salir, Louie, cómo vamos a salir?! No creo que comprendas que existe la posibilidad de que no regresemos de esta misión con vida.”

Sean hizo un gesto. “Que lástima... ella se va a perder de mí cuando me vaya.”

Al mismo tiempo, Louie proclamó, “¡¿Irte?!” Bowie preguntó, “¿No es esa una canción?” y Dana dijo, “Basta.”

Sean agradeció la reprimenda con una sonrisa absorta. “Tienes razón,” él le dijo a Dana. “Esta misión es más importante que mi dama. ¿Cuál es el problema, cierto? Nosotros somos duros.”

“Ese es el ánimo,” Dana se entusiasmó. “¡Y no hay otra manera de llevar a cabo esta misión sino, bueno, sólo llevándola a cabo!”

El sargento estaba asintiendo con la cabeza ahora, preguntándose de dónde habían venido sus más tempranos comentarios. Si Dana la mestiza podía alinearse con ello, él también

podía.

“Muy bien,” él dijo uniéndose a la causa. “Les haremos lamentar el día en que aterrizaron en este planeta.”

El 15to tenía poco más de doce horas para matar, y dormir estaba fuera de cuestión. Dana tenía sus dudas sobre dar a alguien permiso para dejar los cuarteles, pero se dio cuenta que manteniéndolos encerrados sólo les daría tiempo para fermentar y tal vez explotar. Ella emitió pases “cenicienta” –hasta la medianoche– junto con amenazas terribles acerca de qué le harían los PM de Nova a cualquiera que lo echara a perder en la ciudad o regresase tarde.

Sean salió a visitar a un buen amigo quien encontró afrodisíacos de la preguerra. Louie Nichols se sentó a arreglar chambonamente sus transmisores de vídeo de su casco. Angie trató bebidas y cigarros en la oscura privacidad de sus propias habitaciones. Y Bowie Grant insistió en convidar a Dana las cervezas más finas que se podían conseguir en Ciudad Monumento.

Veinte minutos después, Dana y Bowie estaban levantando copas heladas de cerveza rubia y espumosa y haciéndolas tintinear en un brindis por tiempos mejores.

Bowie torció su cara en una apariencia bufónica. “Supongo que era lo menos que podía hacer después de lo que hiciste por mí ayer.”

Cuando Dana bajó su copa su mano rozó algo que él había deslizado hacia ella.

“¿Qué es esto?” Era un magnífico pimpollo pequeño de delicado color rojo, rosa intenso, y coralino, y entretonos. “¿Una flor?”

“Una orquídea, Dana. Para la buena suerte.”

Ella lo sujetó ceremonialmente en su arnés de torso, cerca de su corazón. “Eres un dulce, Bowie. Y quizá demasiado sensitivo para esta línea de trabajo. ¿Qué piensas?”

Bowie tomó un aliento profundo. “Bueno, yo prefiero la música a la guerra espacial, si a eso es lo que te refieres. Tú sabes que esta no fue mí idea.”

Dana miró intensamente a su guapo amigo, recordando años de memorias pacíficas y juguetonas, de regreso a cuando sus padres aún estaban en el mundo –cuando su recuerdo de ellos aún estaba vivo...

Ella debatió por un momento, luego se le ocurrió –como sucedía más fuertemente con cada acción en la que ella luchaba– que para ella, Bowie, el 15to y el género humano, mañana podría ser el último, para alguno o todos ellos.

Bowie había estado cometiendo equivocaciones recientemente de una manera muy no característica. Dana no era un psiquiatra y no podía quitar todo el resentimiento de Bowie hacia los militares; pero como ella lo vía, sería bueno para todos los involucrados si él dejaba salir un poco de vapor en algunas teclas de piano.

“Entonces ve a encontrar algún piano en un lugar dentro de los límites y toca para las personas,” Dana dijo –repentinamente. “¡Y deja de mirarme con la boca abierta de esa manera!”

Las cejas de Bowie se proyectaron. “No me tomes el pelo sobre esto, Da–”

“No te estoy tomando el pelo. Sólo recuerda: que le di a Nova mi palabra; soy responsable por ti. No lo estropees o ambos caeremos. Y regresa a los cuarteles antes de medianoche, ¿me oíste?”

“Entendido,” Bowie dijo, y se marchó.

Sintiéndose unos buenos dos kilos más pesada después de haber bebido varias copas más, Dana (la orquídea de regalo de Bowie en el ojal de su uniforme) regresó a los cuarteles, dejó su Hovercycle en el depósito de mechas, y subió en ascensor a las habitaciones del 15to. Ella visitó de paso a Louie, pero decidió no sacarlo de su afición, y se dirigió a la sala de alistamiento, donde ella encontró a Angelo acunando un trago en la oscuridad, silenciosamente observando la fortaleza distante, una figura negra casi indiscernible de los numerosos afloramientos rocosos y contrafuertes de la cadena montañosa.

El sargento estaba sentado con sus brazos cruzados, las piernas

cruzadas, una hosca pero contemplativa mirada en su cara. Él no se percató de la presencia de Dana hasta que ella se anunció, pidiéndole hablar con él por un momento.

“Sobre la misión de reconocimiento de mañana,” ellos dijeron simultáneamente. Pero sólo Angelo rió.

Dana tenía asuntos serios en su mente ahora, el éxito de la misión, la seguridad de su equipo. Con algo de suerte Bowie aterrizaría en el calabozo y ella sería capaz de sacarlo de su lista de preocupación. Sean y Louie no presentaban problema, y cualquiera de ellos podía manejar los gruñidos del escuadrón; pero eso dejaba a Angelo Dante.

“Sé que esto no tiene que decirse excepto una vez,” Dana continuó. “Pero... sé que puedo confiar en ti, Angie. Sólo quería que lo sepas.”

“Yo también, Teniente. No se preocupe; vamos a patear algunos traseros alienígenas.”

Era típico de Angelo ponerlo de esta manera: al mismo tiempo él la estaba defiriendo y cuestionando sus habilidades de mando. Alienígena estaba dirigido a ella; el desenmascarado ataque del sargento a su ascendencia mixta. Pero ella había vivido con el estigma de “mestiza” por tan tiempo que ello apenas la molestaba. ¿Quién en la Tierra no había perdido a alguien en las guerras Zentraedi? Y con toda la gente de su madre a bordo de la SDF-3 o el Satélite Fábrica Robotech ahora, ella era en efecto el chivo expiatorio no oficial para los crímenes inexprresables del pasado. Si sólo Max y Miriya hubiesen previsto esto; ella hubiera preferido la muerte al purgatorio del presente.

“Estoy consciente de mis responsabilidades,” ella le dijo a Angelo. “Pero sólo quería decir que esta misión fallará aún antes de que se ponga en marcha a menos que tú y yo podamos comenzar a confiar uno en el otro.”

Ella tomó la pequeña orquídea de su solapa, se acercó a Angelo, y la dejó caer en su whisky escocés y soda.

“Hey—”

“Hielo tropical,” ella le sonrió. “Un poco de hechicería de buena suerte para ti, Angie —una oferta de paz. ¿Te gusta?”

“Supongo...” el sargento empezó a replicar, sentando en su silla.

Pero justo entonces alguien encendió las luces del techo. Sobresaltados por la intrusión, él y Dana giraron al mismo tiempo para encontrar a Nova Satori y a Bowie centrados en la ancha entrada.

“¿Te puse a cargo de Bowie y esto es lo que sucede?” Nova dijo, mientras las puertas de la entrada se cerraban deslizándose.

Dana los alcanzó a medio camino, valuando la situación rápidamente y ensayando sus líneas. Ella ciertamente había previsto la llegada de estos dos, pero no la apariencia desgredada de Bowie. Su uniforme estaba sucio y una de sus mejillas lucía magullada.

“¿Te encuentras bien?” ella le preguntó. “¿Qué sucede aquí?”

Bowie lucía una mirada de angustia, más genuina que la de ayer.

“Supongo que lo hice de nuevo,” él contestó contritamente.

“Debería ponerlos a ambos en la cárcel,” Nova regañó a Dana. “Él estuvo en un alboroto de cantina.” La teniente lucía como su tocaya, lista para incinerar a cualquiera que estuviera en su cercanía.

Esta vez Nova misma lo había atrapado en flagrante, siguiéndolo desde el café y esperando hasta el momento oportuno para caerle de sorpresa. Y ahora ella tenía a Dana precisamente donde ella la quería: por supuesto que Nova accedería a soltar a Bowie bajo su custodia una vez más, pero esta vez habría un precio que pagar – una primera mirada a los resultados de la operación de reconocimiento de mañana para empezar. Con la rivalidad diaria creciente entre la inteligencia del ejército de Leonard y la Policía Militar Global, era la única manera en que Nova podía contar con obtener los informes reales.

Dana lucía malhumorada. “¿Por qué fue la pelea?”

“Ah, un bocón dijo que ningún pianista es lo bastante hombre para servir en los Hovertanks,” Bowie admitió.

“¡Es un gran estupidez!” Dana retornó, de regreso al lado de Bowie de repente. “¿Me pregunto si soy lo bastante hombre?! Espero que le hayas enseñado una lección. Estoy orgullosa de ti.”

Nova esperaba eso, pero jugó su parte enfureciéndose más.

“Adelante, alábelo, Teniente Sterling. Está cavando su tumba más profunda.”

“Un soldado simboliza algo,” Dana contestó a la defensiva. “Qué ocurriría si alguien dijera que ninguna mujer es lo suficientemente buena para ser un PM—”

Nova tenía una mirada torcida. “Deja el argumento de defensa, Dana. ¡Las batallas no se ganan en cantinas, y el mérito no se prueba allí tampoco! Lo que Bowie se ganó es una celda.”

A menos que podamos hacer un trato... Nova estaba diciendo para sus adentros cuando Dana la sorprendió.

“Muy bien entonces, llévate.”

Ambos, Bowie y Nova, la miraron con fijeza. Las cejas meticulosamente depiladas de la teniente casi subieron hasta alguna parte de su perfil del cuero cabelludo.

“Llévatelo al calabozo,” Dana dijo igualmente.

“Pe-pero, Teniente, no puede hablar en serio,” Bowie prorrumpió. La bofetada verbal de Dana lo hirió más que ese puñetazo a su cara. Incluso Angelo estaba acercándose, viniendo en su ayuda, pero Dana se mantuvo inalterada.

“Tengo bastante que manejar sin tener que preocuparme de una bola ocho,” Dana dijo, tratando de no pensar en la orquídea en la bebida, tan cerca.

Nova estaba observando estos intercambios con su boca abierta. Ella engulló y encontró su voz, esperando poder salvar algo de esto. “Dana, será mejor que no estés bromeando—”

Dana sacudió su cabeza. “He fallado en alguna parte de la línea... Es tu turno de cuidar de él ahora.” Ella atrapó la mirada de daño que afloraba en los ojos de Bowie y se volvió lejos de él, determinada a terminar esta escena sin importa qué.

“Tengo que estar en esa misión mañana,” Bowie le estaba suplicando. “Tú dijiste que hice bien al defender nuestro honor, ahora me estás quitando mi oportunidad—”

Ella giró hacia él repentinamente. “¡Ya he oído todo ello antes, Grant! ¡Debió haber pensado en ello antes de ir a ese bar!”

Los ojos de Bowie se abrieron totalmente. “Pero Dana... Teniente... usted—”

“¡Suficiente!” Dana lo cortó. “¡Soldado Grant, atención! Usted acompañará a la Teniente Satori al calabozo.”

La perplejidad de Nova creció. ¿Dónde se había equivocado?

“¿No quiere reconsiderar...?”

“Ya tomé mi decisión.”

Nova hizo un gesto de exasperación, luego sonrió en auto diversión y se llevó a Bowie.

“¿Qué la llevó a hacer eso?” el sargento preguntó a Dana después de que ellos salieron. Habiendo recientemente vislumbrado el desaliño de Bowie en el campo, él no estaba en contra de la decisión de Dana pero se preguntaba, sin embargo, qué había motivado este ataque súbito.

“Porque yo soy el comandante aquí,” Dana dicho imparcialmente.

Capítulo 3

Turbado por haber recibido noticias de la misión del 15to para reconocer la nave alienígena –¿ni siquiera se me ocurrió que ella podría no regresar!– repentinamente estuve enfrentado a un nuevo obstáculo: Bowie Grant estaba bajo la custodia de la PMG. Las reacciones de Dana hacia la fortaleza eran de importancia suprema, pero yo estaba igualmente interesado en establecer la profundidad de su involucramiento con el joven Grant. Yo me pregunté. ¿La proximidad a los Maestros volvería a despertar su naturaleza Zentraedi hasta el punto donde ella abandonaría sus lealtades a ambos, sus compañeros de equipo y sus amados? Era por lo tanto esencial que Grant acompañase al 15to, y en cuanto a mi ver que se haga que Rolf Emerson se enterase del encarcelamiento de Grant.

Dr. Lazlo Zand, Horizonte de Eventos: Perspectivas sobre Dana Sterling y la Segunda Guerra Robotech

La operación de penetración se puso en marcha temprano la mañana siguiente. Ataques aéreos coordinados proveerían la diversión necesaria, y, con algo de suerte, la brecha que el 15to iba a requerir a fin de infiltrar su docena de Hover tanks. Los grupos de técnicos habían trabajado toda la noche, inspeccionando rápidamente los complejos sistemas mecha e instalando cámaras remotas.

El General Emerson estaba controlando los procedimientos desde la sala de situación. Los oficiales del estado mayor y

enlistados entraban y salían suministrándole actualizaciones y datos de reconocimiento. Nunca había menos de seis voces hablando al mismo tiempo; pero Emerson tenía poco que decir. Él tenía sus codos sobre la mesa, los dedos empinados, los ojos fijados en las transmisiones de vídeo retransmitidas hacia allí por varios planos de situación sobre la zona objetivo. Sólo momentos atrás un equipo combinado de VTs Aventureros y guerreros Halcón habían logrado despertar al aparentemente adormecido gigante, y un intercambio de fuego intenso estaba en proceso en las tierras altas que circundaban la fortaleza alienígena. Rondas perforantes de blindaje hasta ahora habían probado ser ineficaces contra el casco de varias capas de la nave, a pesar del hecho que el escudo de energía de los XT aún tenía que ser desplegado. Pero Emerson acababa de recibir la noticia de que el cuerpo de aviación estaba llevando al lugar un QF-3000 E Ghost –un drone de cañón triple no tripulado capaz de soltar potencia de fuego Reflex de la clase que había probado ser efectiva en confrontaciones aerotransportadas más tempranas.

La imagen de la pantalla pared de la fortaleza sitiada se desdibujó momentáneamente, sólo para ser reemplazada por una vista de ave del avance en formación de diamante del 15to. Emerson sintió que su pulso se elevaba mientras observaba a la docena de mechas acercarse al perímetro pesadamente fortificado. Era irónico que sus intentos por desacelerar la guerra de novatos hubiesen resultado en la asignación del 15to a esta misión al infierno; pero en ciertas maneras él comprendía la rectitud pervertida de ello: Emerson literalmente tenía que poner lo que importaba para su familia en juego a fin de convencer al comandante supremo de escucharlo. Y Dana y Bowie eran justo eso –familia.

A menudo él trataría de hacer retroceder sus pensamientos en el tiempo, en busca de los patrones que habían llevado a todos ellos a esta coyuntura. ¿Había habido signos a lo largo del camino, presagios que él había errado, premoniciones que él había ignorado? ¿Cuando los Sterling y los Grant habían optado por irse a bordo de la SDF-3 como miembros de la tripulación de los Hunter se les ocurrió a ellos que podrían no regresar de esa esquina del espacio gobernada por los Maestros Robotech, o que los Maestros

podrían venir aquí en cambio? Emerson recordó el optimismo que caracterizaba a aquellos días, unos quince años atrás, cuando la recientemente fabricada nave había sido lanzada, Rick y Lisa al mando. Rolf y su esposa habían tomado a ambos, a Dana y al infante de Bowie: Después de todo, ellos habían cuidado tan a menudo a los niños mientras los Grant pasaban el tiempo en el Satélite Fábrica, y los Sterling peinaban las selvas de la Zona de Control Zentraedi –lo que se solía llamara Amazonia– para los Malcontentos; parecía una solución perfecta entonces que los niños debieran permanecer aquí mientras que sus padres se embarcaban en la Misión Expedicionaria que estaba destinada a traer la paz a la galaxia...

El que Emerson haya escogido enrolosarlos a ambos en el ejército había resultado en el divorcio de su esposa. Laura nunca entendió sus motivos; sin hijos, Dana y Bowie se habían convertido en sus hijo, y ¿qué madre –¡qué padres!– optaría por desear la guerra en su descendencia? Pero Rolf meramente estaba honrando las promesas que él había hecho a Vince y a Jean, a Max y a Miriya. Tal vez cada uno de ellos tenía una sensación de lo que el futuro guardaba, y tal vez ellos razonaron que los niños tendrían una mejor oportunidad en la Tierra de la que ellos tendrían, ¿perdidos en el espacio? Desde luego ellos reconocían el porque Rolf había decidido quedarse, precisamente tan seguramente como el Comandante Supremo Leonard lo reconocía...

Emerson presionó sus manos contra su cara, los dedos masajeando los ojos cansados. Cuando él levantó la vista de nuevo, el Teniente Milton, un ayudante joven enérgico, estaba de pie hacia su hombro derecho. Milton lo saludó y se encorvó cerca de su hombro para reportar que Bowie estaba en el calabozo. Parecía que la PMG lo había atrapado involucrado en un alboroto de cantina.

Rolf inclinó la cabeza abstraídamente, mirando las pantallas, y pensando en un pequeño muchacho que había llorado tan inconsolablemente cuando sus padres lo dejaron atrás. Él se preguntó si Bowie había provocado adrede una pelea a fin de ausentarse de la misión. Él tenía que comprender que los reglamentos eran para ser seguidos. El 15to había sido escogido y como un miembro de ese equipo él se lo debía a los otros. Por

supuesto, era igualmente verosímil que Dana estuviera detrás de esto; ella no parecía comprender que su sobre protección no le estaba haciendo nada bien a Bowie, tampoco.

“Dígale a la Teniente Satori que el General Emerson lo considerará un favor personal si ella pudiera encontrar la manera de liberar al Soldado Grant,” Rolf dijo a su ayudante en tonos bajos. “Pídale de mi parte que vea que Bowie se reúna con su unidad cuanto antes.”

El teniente saludó y salió apresuradamente mientras Emerson regresaba su atención a la vista de ave del avance del 15to de la pantalla pared, dándose cuenta de repente que la readición de Bowie al equipo elevaría su número a trece.

El terreno entre Ciudad Monumento y la fortaleza estaba tan áspero mientras se acercaba. Lo que antes era una serie de pendientes arboladas elevándose desde el río de un valle estrecho había sido transformado por los rayos de aniquilación de Dolza en un paisaje tortuoso de despeñaderos erosionados y afloramientos precipitosos, desnudo, sin agua, y completamente antinatural. Trechos de autopistas antiguas se podían ver acá y allá debajo de depósitos de granito pulverizado, u obras de tierra volcánicas.

Antes del amanecer el 15to estaba en posición justo debajo del sitio de choque de la fortaleza, circundada como lo estaba en tres lados por pseudo oteros y peñascos. Dana había hecho detener la columna, esperando la llegada del drone Ghost. La quietud reinaba en todos los frentes.

Encapullada en la cabina del mecha, su cuerpo envainado de arriba abajo en la armadura, ella sentía un extraño conjunto de sensaciones rivalizando por su atención. Por derecho su mente debía haber estado vacía, sometida enteramente accesible a las demandas de reconfiguración del mecha; pero con las cosas en un callejón sin salida temporal, ella cedió su voz interior a algunos de estos pensamientos.

Ella sabía, por ejemplo, que la emoción que sentía era atribuible

a su ascendencia Zentraedi; el miedo, a su ascendencia Humana. Pero este era apenas un caso bien definido de ambivalencia o dicotomía; más bien ella experimentaba una rara mezcla de los dos, donde cada uno contenía una medida de su opuesto. Su corazón le decía que dentro de la fortaleza ella encontraría su propia reflexión: el pasado racial sobre el cual se le había hablado sobre pero nunca experimentado. ¿Cómo se habrá sentido su madre al ir a combate contra sus propios hermanos y hermanas? Dana se preguntó. ¿O cuando cazaba a los gigantescos Malcontentos que vagaban por los eriales? Nada diferente, ella supuso, de cuando un Humano iba a la guerra en contra de su propia raza. ¿Pero terminaría alguna vez? Aún sus amorosos y divertidos tíos –Rico, Konda, y Bron– se resignaron a la guerra al final, diciéndole antes de morir que la paz, cuando viniera, meramente sería un intervalo en la Guerra Sin Fin...

Al lado de ella ahora, un Hovertank se unió inesperadamente a las filas del frente del 15to, levantando una nube de polvo amarillo cuando se deslizaba a un alto en la tierra guijosa. Dana pensó a la cabeza del Battloid girando a la izquierda y casi saltó de su asiento cuando reconoció el mecha como el Diddy-Wa-Diddy de Bowie.

“¿Qué rayos está haciendo aquí, Soldado?” ella ladró por la red táctica.

“Dímelo tú. Alguien me soltó.”

“El buen Tío Rolf.” Ella dejó que la amargura fuese oída en su tono. Emerson había socavado su mando.

“Es lo que supuse,” Bowie rió. Luego la risa se había ido. “Y el soldado Grant está completamente a sus órdenes. He aprendido mi lección, Dana.”

¡Rolf! Dana pensó.

Enfurecida, ella comenzó a maquinar planes siniestros contra él, pero todos los guiones se terminaron más bien rápidamente. Rolf estaba pensando en la auto imagen de Bowie, como siempre, y ella no podía sino comprenderlo. Era justamente esa auto imagen la que no valdría mucho si uno no vivía para sacar provecho de ella. ¿O sí?... Absurdo debatirlo ahora, ella se dijo cuando las pantallas de la cabina se iluminaron.

“¡Entonces fórmese, soldado!” ella dijo a Bowie.

“No más de esta insensatez,” Dana oyó a Angelo secundar por la

red.

“Lo copio, Sargento,” Bowie dijo.

Dana pidió ataques aéreos cuando el 15to se puso en movimiento de nuevo, directamente hacia el colosal bastión de aleación que era el casco de la nave insignia.

Los guerreros Tácticos Aéreos de nariz de cuchara, los Aventureros y Halcones, descendieron en ataques arreglados de antemano, soltando toneladas de artillería inteligente y no tan inteligente, bombardeando, encarando el fuego del cañón vítreo de lágrima invertida de la fortaleza. Las ojivas explotaron violentamente contra el casco de la nave, convocando a cambio descargas cerradas tronantes de fuego de cañón de pulso y una efusión de Bioroids, algunos a pie, pero muchos más sobre hovercraft equipados con artillería. Los equipos terrestres acribillaron a las tropas alienígenas salientes con fuego de armas en serie, y la red táctica hizo erupción en una cacofonía de órdenes, solicitudes, alabanzas, y gritos espeluznantes.

Mientras los dos lados intercambiaban muerte, el drone Ghost caía allí en su corrida de liberación. Un híbrido no transformable del Halcón y del Veritech, el Ghost fue desarrollado en las etapas tempranas de la Robotecnología como un adjunto a los sistemas de armas transorbitales utilizados por las plataformas orbitales de la serie Blindada. Éste había recibido varias transformaciones desde entonces, y el de uso presente era más cercano a una bomba inteligente que a una aeronave zángano. El equipo del Profesor Miles Cochran había delineado un punto de impacto hacia la proa de la fortaleza, en la porción vertical del casco algo por debajo de la estructura piramidal conocía para algunos como “La Teta Robotech” de Louie.

Los Battloids del ATAC tomaron posiciones de disparo y concentraron su poder total en la sección preelegida del casco en un intento por ablandarlo. Las baterías principales y los rifle/cañón, y los múltiples cañones de las secundarias, todo en el 15to se soltó, apuntado a la pequeña sección de aleación extraterrestre. El aire brilló tenuemente y se cocinó; ondas de calor se levantaron todo alrededor, y los niveles de poder en los ATACs cayeron rápidamente. Dana sudaba y esperaba que ninguna nave de asalto o

Bioroid viniera hacia ellos ahora, cuando los mechas del 15to debían mantener sus posiciones hasta que la brecha fuera hecha.

Sterling mantuvo al 15to bien atrás de la zona de ataque mientras el Ghost centraba la puntería. La nave no alcanzó el blanco de su meta proyectada, pero la explosión resultante probó ser suficientemente poderosa para abrir un fiero y ardiente agujero lo bastante grande para acomodar un Hovertank, y nadie podía pedir más que eso.

Los ATACs bajaron sus armas a modo de sorpresa.

“¡Cuando regresamos, yo compraré las cervezas!” Bowie dijo, rompiendo el silencio.

Dana devolvió una sonrisa invisible y le agradeció, prometiendo hacerle cumplir su palabra. “¡Muy bien, Decimoquinto,” ella mandó por la red táctica, “ustedes conocen la instrucción!”

La Protocultura hacía su magia mientras los Battloids se mechamorfoseaban a modo Hovertank, reconfigurándose como una origami exótica y caballerosa. Los propulsores gimieron cuando los tanques flotaron a formación, formándose tras Dana para el reconocimiento, y montando separadas alfombras detonantes hacia la apertura dentada y la oscuridad incógnita.

Detrás del visor del casco de su Valkyria, los ojos de Dana Sterling se estrecharon. “¡Ahora llevamos la guerra a ellos!” ella dijo.

Los Bioroids no escoltaron exactamente al 15to adentro, ni le dieron la bienvenida con los brazos abiertos una vez que llegaron. Dana levantó la cubierta corrediza de su mecha e indicó con un ademán al equipo que continuara, ordenándoles por la red que mantuviesen la formación. Ella los guió en una línea recta hacia la rotura, las armas de disco y el fuego de cañones pavimentando un camino explosivo para los Hovertanks, los que continuaban liberando descargas de pulso a cambio. Milagrosamente, sin embargo, ni uno fue golpeado y en breve el 15to se encontró adentro de una de las cámaras cavernosas de la fortaleza.

Fue la sugerencia del Profesor Cochran –basada en un análisis más bien superficial de la infraestructura de la fortaleza (el que lo había llevado a creer que gran parte de los compartimentos de estribor eran dedicados a defensa y navegación espacial)– que el equipo fuese hacia el lado de babor de la nave si fuera posible. Esto pronto probó ser no sólo viable sino necesario porque la sección de estribor se encontraba separada por un mamparo masivo que hubiera requerido otro Ghost para romperlo. Por lo tanto, los ATACs apenas redujeron su velocidad mientras avanzaban.

Tres Bioroids repentinamente aparecieron, cayendo desde portales circulares en el techo que simplemente no estaban allí un momento antes –“Ellos pudieron también haber caído de otra dimensión,” Louie Nichols diría más tarde.

Cuando discos de aniquilación pasaron cerca de la cabeza de Dana, ella apuntó el cañón del Valkyria hacia el primero de estos y lo derribó con un tiro a la placa del rostro; el alienígena pareció absorber la ronda craneal silenciosamente, desplomándose súbitamente y entrando en cortocircuito mientras Dana lo pasaba apresurada. Los otros dos estaban entregando una corriente continua de fuego mutilante que la mayor parte del equipo logró evitar. Pero Dana entonces oyó un grito lleno de terror perforar la red y vio a uno de los tanques del 15to chillando a lo largo del vasto pasillo en su extremo posterior. Dante estaba tratando de levantar al Soldado Simon cuando el mecha chocó a gran velocidad a uno de los Bioroids y explotó. Dana y Louie vertieron plasma contra el restante, literalmente volándolo miembro a miembro.

“¡Reporte de estado!” el teniente exigió cuando ellos detuvieron los tanques.

El pasillo, de unos buenos quince metros de ancho, estaba lleno de humo espeso e iluminado con escombros de mecha. El brazo seccionado de un Bioroid yacía contorciéndose en el piso, dejando salir un fluido verde enfermizo y un nido de gusano de alambres. Dana se preguntó qué tipo de recepción el cuartel general estaba recibiendo y trató sin éxito de contactarlos por la radio. Las pantallas de los sensores no daban ninguna indicación de que las unidades de vídeo estuvieran incapacitadas, así que ella giró la cámara a través de un 360 para el beneficio de Emerson. Louie,

entretanto, lanzó una unidad de monitoreo auto desplegable.

Era el mecha de Simon el que se había estrellado con el Bioroid. Afortunadamente, el soldado había saltado en el último minuto, su armadura protegiéndole de la explosión y lo que hubiera sido un sarpullido de camino de cuerpo completo. Sin embargo, sin el mecha, Dana le informó, que él iba a ser inútil al equipo.

“¿Pero por qué?” él le estaba diciendo a ella ahora. “No es mi culpa que mi nave fuera inhabilitada.”

Sean, Road, y Woodruff se habían situado como una retaguardia; Angelo, Bowie, y Louie estaban adelante. El Soldado Jordon y el resto del equipo había desmontado y estaban agrupados alrededor de Dana y Simon, el soldado sin casco luciendo pequeño e indefenso en la vastedad del pasillo. Jordon, quien raramente sabía cuando mantener su boca cerrada, repentinamente encontró necesario respaldar las palabras de Dana hacia Simon.

“Tienes que entender, Simon, no podemos afrontar arriesgar la misión por arrastrarte junto con nosotros.”

Entretanto, Dana había estado tratando de deducir qué podía hacer con Simon. Ellos estaban a unos buenos ochocientos metros adentro, ciertamente no demasiado lejos de la brecha para que él regresara a pie, ¿pero qué podía hacer él cuando llegase? La escaramuza aún estaba en proceso y él no tendría oportunidad afuera. Él podía montar en segundo lugar en uno de los tanques, pero Dana pensó que era mejor apostar a Simon y a uno de los otros aquí como soporte. Jordon era tan buena elección como cualquier.

Jordon no tomó la noticia mejor de lo que Simon lo hizo, pero Dana puso un rápido fin a sus protestas. Él y Simon debían esperar que el equipo regresase; si nadie regresaba para las 0600 horas debían tratar de contactar al cuartel general y abrirse su propio camino fuera de la fortaleza. Entretanto, Dana vería que Louie mantuviera contacto de radio con ellos cada treinta minutos. Con eso, ella reagrupó al resto del 15to y les indicó que continuasen.

Una porción substancial de su información de pre misión había involucrado un estudio completo de las notas de archivo dejadas por los hombres que habían reconocido la primera fortaleza super dimensional poco después de su fatal llegada a la Tierra. Ese grupo había sido liderado por Henry Gloval y el Dr. Emil lang, y había

incluido también al legendario Roy Fokker y al ahora notorio T. R. Edwards. Pero el 15to encontró poca similitud entre lo que habían leído y lo que enfrentaban ahora. Para comenzar, el grupo de la SDF-1 había ido a pie; pero más importante aún, esta nave era sabida estaba armada y era peligrosa. Todo lo que Dana podía hacer era mantener el procedimiento apropiado en mente y tratar de emular el acercamiento metódico de Gloval.

Como un grupo ellos continuaron a velocidad moderada a lo largo del pasillo tenuemente iluminado, la altura y la anchura de éste nunca variaba. Era de forma de hexágono, aunque algo alargado verticalmente, unos constantes quince metros de ancho en el piso –azulejos extra grande de azul uniforme– por unos veinticinco metros de alto. Las paredes (adornadas con paneles en la parte descendente y extrañamente jaspeadas y como celdas arriba) parecían estar construidas de un cerámico resistente a los rayos láseres. No había techo como tal, excepto por un continuo de enormes vigas T, proporcionalmente espaciadas, más allá del cual yacía una espesura impenetrable de caños, conductos, y tuberías – un nudo inacabable de vasos capilares y uniones arteriales. Pero por lejos los objetos más interesantes en el pasillo eran los adornos que forraban las paredes superiores del hexágono –lentes opacas de color rojo rubí en forma oval separadas a cinco metros a lo largo de la longitud entera del pasillo. Cada doceavo medallón había una versión más ornamentada, respaldada por una cruz segmentada con brazos puntiagudos. Dos veces, el 15to entró en un tramo de pasillo donde estas lentes encontraban sus iguales en convexidades similares que aclaraban las paredes inferiores, pero sólo a lo largo de un lado.

El equipo se estaba moviendo en paralelo al eje más largo de la fortaleza, un kilómetro y medio adentro cuando alcanzaron el primer tenedor, una intersección en forma de Y simétrica al final de una larga curva barrida, con pasillos idénticos bifurcándose hacia la izquierda y derecha. El corredor abovedado estaba delineado con un tipo de adornos de madera segmentados que lucían suaves y tentadores, pero eran en realidad cerámicos como las paredes. Aquí, la servo galería sobre el techo calado estaba bañada en luz infrarroja.

Dana otra vez más les ordenó detenerse y dividió al equipo: el sargento llevaría al equipo B –Marino, Xavez, Kuri, y Road– por el tenedor izquierdo; Dana, el Cabo Nichols y el resto del 15to explorarían el derecho.

“Nos reuniremos aquí en exactamente dos horas,” ella dijo a Angelo desde la cabina abierta. “Muy bien, vámonos.”

El grupo de Dante sacó sus vehículos de la formación y siguieron el lento liderazgo del sargento dentro del pasillo. Dana hizo un ademán y el equipo A se formó detrás de su tanque. Detrás del 15to, tres figuras curiosas de tamaño humano cruzaron clandestinamente el pasillo. Una de ellas presionó un botón de color rojo rubí que parecía parte del diseño de un medallón. De receptáculos ocultos en el corredor abovedado se deslizaron cinco paneles concéntricamente grabados de metal impenetrable, sellando el pasillo.

El grupo de Dana pasó rápidamente por cámaras abovedadas, vacías e inquietantes, con cartelas de soporte semejantes a costillas y paredes semejantes a piel estirada. Más allá de ello se encontraba un pasillo hexagonal idéntico y otra intersección en Y.

“¿Qué camino ahora?” Bowie preguntó.

Dana estaba en contra de dividir al equipo en grupos aún más pequeños, pero tenían que sacar el mejor partido a su tiempo. “Bowie, tú y Louie vengan conmigo por el pasillo derecho,” ella dijo después de un momento. “Sean, tú y los otros tomen el izquierdo –¿entendido?”

Mientras Dana estaba emitiendo las órdenes, Bowie por casualidad echó un vistazo a tiempo por sobre su hombro para ver lo que parecía ser la sombra que se retiraba de un ser de cierta clase. Pero la luz aquí estaba tan perturbada que él resistió alarmar a los otros; sus ojos le habían estado jugando trucos desde que ellos entraron a la fortaleza y él no quería que el equipo pensase que él estaba paranoico. Sin embargo, Dana atrapó su aspiración aguda de aliento y le preguntó qué había visto.

“Es sólo mi imaginación, Teniente,” él le dijo cuando el grupo de Sean se separaba y movía sus Hovertanks dentro del pasillo izquierdo.

Dana también tenía la sensación de que ellos estaban siendo observados –¿cómo no podría ser así, dados los tecnosistemas de la

nave? Pero eso estaba bien: ella quería ser vista.

El pasillo derecho probó ser un nuevo mundo: aún hexagonal, pero enteramente cercado, con un caballete “reforzado” sobre sus cabezas y numerosas cartelas como costillas. Ya no estaban los medallones y óvalos de color rubí; las paredes, superiores e inferiores, eran una serie intacta de paneles de luces rectangulares. Un nuevo mundo, pero uno aprensivo.

Sin éxito, Dana trató de comunicarse con el Sargento Dante por la red.

“Yo no he sido capaz de recogerlo, tampoco,” Louie dijo, una nota de angustia en su voz. “¿Piensa que debemos ir en su búsqueda?”

Dana estaba considerando esto cuando el silencio que hasta ahora los había acompañado fue repentinamente roto por un sonido distante de servo motores poniéndose en operación. Los tres compañeros de equipo se volvieron y vieron como un panel sólido comenzaba su firme descenso desde el techo.

El pasillo se estaba sellando.

Delante de ellos, una segunda puerta estaba descendiendo; y más allá de esa una tercera, y una cuarta. Hasta donde ellos podían ver, cortinas masivas de planchas blindadas estaban cayendo de receptáculos incorporados en las cartelas del techo, ecos de descenso y cierre llenando el aire.

“¡Apresúrense!” Dana explotó. “¡Máximo poder!”

Los Hovertanks salieron disparados hacia delante a toda velocidad, apenas salvando la primera puerta. Ellos pasaron por debajo de una docena más en la misma forma, aparentemente alcanzando la secuencia –tres jinetes alocados urbanos venciendo las luces del tráfico en la ciudad.

Entonces de repente la secuencia cambió: delante de ellos se encontraba una puerta completamente cerrada. Dana, muy por delante de Bowie y Louie, se esforzó por alcanzar sus palancas de retroimpulso y las jaló, favoreciendo la válvula de babor de modo que el extremo posterior del tanque gradualmente comenzase a girar hacia estribor. No había manera en el mundo entero de que ella quisiera golpear esa puerta de frente...

Capítulo 4

El análisis inicial del fruto [encontrado a bordo de la fortaleza alienígena] reveló poco más que su estructura básica –sus similitudes a ciertos frutos tropicales raramente vistos en mercados nortños estos días. Pero pruebas subsecuentes resultaron intrigantes: una gustación del fruto y un chimpancé de laboratorio se remontó en lo que Cochran describió como “un boleto de ida al ensueño.” Y sin embargo no era un alucinógeno verdadero; en realidad, exploraciones moleculares mostraron que estaba más cerca de lo animal que lo vegetal en su composición!... Varios años pasarían antes de que nuestras preguntas fueran contestadas.

Mingtao, La Protocultura: El Viaje Más Allá de la Mecha

La enorme pantalla pared en la habitación de situación era poco más que barras de estática y lluvia. Un parpadeo de la imagen la avivó momentáneamente, incomprensiblemente, luego no hubo nada.

“Hemos perdido contacto con el Decimoquinto,” un técnico reportó al General Emerson.

“Incrementemente realce,” Rolf dijo severamente, empeñado en negar la actualización. “Vea si los puede recoger.”

Vacilantemente un segundo técnico giró hacia la tarea, bien consciente de cuál sería el resultado. “Negativo,” él dijo a Emerson después de un momento. “Me temo que la interferencia es agobiante.”

El Coronel Anderson giró en su asiento para enfrentar a Rolf. “¿Debemos considerar enviar allí un equipo de salvamento?”

Emerson sacudió su cabeza pero no dijo nada. El envío de un equipo sería suficiente... la pérdida de dos queridos, más de lo que él podía tolerar. Él presionó sus manos contra su cara, temiendo lo peor...

El corredor izquierdo había llevado al contingente del Sargento Dante a un compartimento enorme lleno de un conjunto azarante de maquinaria Robotech.

“Dónde está Louie cuando lo necesitas,” Angelo estaba diciendo a sus hombres.

Todos habían desmontado de sus Hovertanks y estaban agrupados juntos maravillándose por las maravillas de la cámara. El compartimento era simplemente demasiado espacioso para sondear, sus horizontes distantes se perdían en la oscuridad. Aquí había un generador en forma de cono enorme, de trescientos metros de circunferencia si fuera una isla; allí, un segundo generador utilizando y desviando energía del tipo que Dante nunca había visto –un fuego subatómico crudo que parecía tener vida propia. Líquidos vivos como sangre fresca pulsaban a través de tuberías transparentes, atravesando de generador a generador, de máquina a máquina, mientras que monitores desatendidos mostraban estroboscópicamente esquemáticos de color ámbar a lectores robot, comunicándose unos con otros a través de un idioma cacofónico de sonidos chillones y chirridos ásperos.

No era posible decir hasta qué altura el compartimento iba: niveles indeterminados de conductos, tubos, y cañerías principales se entrecruzaban sobre sus cabezas, iluminadas por destellos de luz infrarroja proyectada por monitores remotos antigravedad y esféricos de ojos ciclópeos color rubí, acanalados y barbudos con antenas segmentadas.

“¡Miren el tamaño de este lugar!” el Soldado Road exclamó. (Angelo no pudo esperar a fomentar al sujeto para poner fin a la

broma continua.)

“Mantengan sus posiciones,” dijo el sargento. “Estén alerta y mantengan sus ojos abiertos por cualquier cosa que pueda ser amenazadora.”

“¿Amenazadora?” Marino preguntó con incredulidad, su rifle de asalto soldado a sus manos. “Todo este lugar luce bastante amenazador para mí, sargento.”

“Cúlpame cualquier día,” Xavez secundó.

Dante giró hacia ambos, levantando su voz. “¡Dije que basta, y no voy a repetírselos! ¡El próximo que hable se encontrará en una escena más miserable que esta! ¡Ahora, sepárense! ¡Pero manténganse a la vista uno de otro! Tenemos trabajo que hacer.”

En lo alto sobre ellos, una de las esferas remotas parpadeó, fijando una imagen aérea de hombres y mechas en su lente de ojo de pescado. Una vez realizado ello, el dispositivo giró ligeramente y emitió una serie adornada de luz.

En una galería aún más elevada en el compartimento, el código fue recibido por una criatura sombría, la que confirmó la señal y se alejó en la oscuridad.

El soldado Road, entretanto, había comenzado a apartarse paso a paso del apretado grupo. No tenía sentido esperar por el sargento para escuchar sus reprimendas –ellos las podían recitar de memoria ahora, aún las amenazas e imprecaciones. El soldado sonrió en la privacidad de su escudo facial y dio un pequeño paso hacia atrás. Pero repentinamente algo lo estaba haciendo dar un paso más: un dispositivo había sido sujetado alrededor de su garganta, cerrando su suministro de oxígeno y aplastando el grito naciente que se alojaba en su garganta. Él podía sentir sus ojos empezar a hincharse y sobresalir mientras sea lo que fuera que lo sostenía aumentaba el torque de su asimiento. Él oyó y sintió el estallido que rompió su cuello, la prisa de la muerte en sus oídos...

“...y quiero que declamen al minuto en que vean algo sospechoso,” Angelo terminó. Él había armado su arma y estaba bajando su visor facial cuando Kuri hizo un sonido de perplejidad por la red táctica.

“Oiga Sargento, Road no está.”

Dante levantó su arma y giró hacia donde él había visto por

última vez al soldado. Xavez y Marino intercambiaron miradas cautelosas, luego siguieron el liderazgo del sargento.

“¡Road!” Dante dijo suavemente. Él dejó caer su máscara y lo llamó de nuevo por la red. Cuando no hubo respuesta, él gesticuló brevemente al equipo. “¡Muy bien, no se quedan allí: encuéntrenlo!” A Kuri él le dijo: “Ve si puedes conectarte con la teniente.”

Dante verificó dos veces su arma, pensando: ¡Si esta es la idea de Road de una broma, lo llamarán fracasado de ahora en adelante!

Repentinamente, sin advertencia, la habitación fue seccionada por fuego de láseres.

“¡Manténganse apartados!” Dana advirtió a Bowie y Louie.

Ambos regresaron a sus Hovertanks mientras Dana preparaba el láser y lo apuntaba hacia la puerta blindada.

El mecha de Dana había alcanzado detenerse a poco de la cosa, el extremo posterior casi enteramente dado vuelta, a dos metros de la colisión. Ella lo había reposicionado ahora en el centro del pasillo, a treinta metros de la puerta. La barrera era de algún tipo de metal de alta densidad, diferente del durceramic de las paredes del pasillo, y Louie tenía toda la confianza en que el rayo láser surtiría efecto.

“¿Algo de suerte encontrando al Sargento Dante o Jordon?” Dana preguntó a Louie otra vez antes de fijar su objetivo.

Louie sacudió su cabeza y le hizo una seña de pulgar hacia abajo.

“Hasta mi sensor óptico no funciona,” él le dijo por la red.

Eso no la sorprendió, dado el grosor aparente de las paredes del pasillo y el hecho de que estaban al a menos a dos kilómetros y medio dentro de la fortaleza ahora. Ni las barreras resultaban ser de gran shock; desde el principio ella había sentido que su progreso estaba siendo monitoreado.

“¿Piensas que atraparon a los otros?” Bowie dijo preocupado.

“Tu suposición es tan buena como la mía,” ella respondió

casualmente, y volvió su atención al láser. “Muy bien entonces: aquí vamos.”

Ella presionó el gatillo del láser; había bastante humo residual en el pasillo para darle un vislumbre del propio rayo de luz, pero en conjunto sus ojos estaban pegados a la barrera. Louie le había advertido que resultaría ser una operación tedioso –probablemente ellos necesitarían de un impulso bajo junto con una ronda perforante de blindaje pero Louie no era infalible: en lugar de ese esperado impulso bajo, el rayo láser voló un enorme agujero en la puerta en el impacto.

“Bueno eso no estuvo tan mal,” Dana dijo cuando la tempestad de fragmentos pasó.

Ella se estiró para tomar su rifle, desmontó del tanque, y se acercó a la puerta cautamente. Más allá de ella había un tramo corto de pasillo que abría hacia lo que ella supuso era el compartimento de ventilación y reciclaje del agua de la fortaleza. Por los numerosos pozos de chimenea y conductos aquí, ella razonó que no podía estar lejos de la marca.

“¿Qué ve Teniente?” Louie preguntó desde detrás de ella.

Dana levantó el visor de su casco. “No mucho de nada, pero al menos estamos fuera de esa trampa.” Cuando Bowie y Louie la alcanzaron, ella les advirtió de quedarse juntos.

Allí había suficientes sonidos de goteo, aflujos sibilantes, y rugidos para hacerles sentir como si hubieran entrado a un sótano gigante. Pero había algo mas también: casi una voz de silbido de chimenea, suave y atonal, casi perdido para sus oídos pero registrándose no obstante como si por algún sexto sentido. Parecía llenar el aire, y sin embargo no tenía una fuente, el ambiente como de luz de luna llena. Por momentos recordaba a Dana de campanas o gongs, pero apenas ella los fijaba, el sonido se reconfiguraría y parecería semejante al de un arpa o de percusión de cuerda.

“Parece música,” Bowie dijo a una transfigurada Dana.

El sonido le estaba afectando, infiltrándosele, jugando con ella, como si ella fuera el instrumento: su música era canción del recuerdo, pero de ensueño, preverbal e imposible de mantener...

“¿Se encuentra bien Teniente?” Louie le preguntó, rompiendo el hechizo.

Ella alentó al tono a dejarla, y les sugirió tratar de localizar la fuente del sonido. Louie, su visor del casco levantado, sus anteojos siempre presentes en su lugar, presionó su oído contra uno de los tubos de ventilación del compartimento. Él hizo señas a Dana y a Bowie para que se acercasen, y los tres se inclinaron alrededor del conducto, escuchando asiduamente por un momento.

“Quizá sólo sea la plomería defectuosa,” Bowie sugirió.

Louie ignoró la broma. “Este es el primer signo de vida que hemos encontrado. Tenemos que deducir de dónde viene y cómo llegar allí.”

Dana se puso de pie, preguntándose cómo podrían lograr eso. Excitado por el descubrimiento Louie le estaba disparando preguntas a ella más rápidamente de lo que ella las podía responder. Ella lo hizo callar y regresó su atención al sonido; cuando ella levantó la vista de nuevo, Louie estaba cayendo a través de la pared.

Sean y compañía –Woodruff y Cranston– estaban en lo que parecía ser algún tipo de “invernadero,” apenas a 200 metros de la cámara de reciclaje del agua (sin embargo ellos no tenían manera de saber esto), pero en cualquier caso separados del contingente de la teniente por tres mamparos cerámicos de alta densidad. “Invernadero” fue la conjetura de Sean, al igual que la cámara de reciclado había sido la de Dana, pero le había tomado al soldado varios minutos salir aun con esta descripción.

Allí no había suelo, ni recipientes de cultivo hidropónicos o luz solar artificial, ni vapor de agua u oxígeno elevado o niveles de bióxido de carbono; sólo hilera tras hilera de plantas alienígenas que parecían estar creciendo al revés. Central a cada uno había una esfera casi incandescente, de unos diez metros de circunferencia, con zarcillos y sustentada por, o tal vez suspendía de, agrupaciones de enredaderas semejantes a lianas rígidas y cerdosas. (a Cranston ello le trajo a la memoria los soportes de plantas macramé populares en el último siglo, aunque él no mencionó esto a los

otros.) Las esferas mismas estaban situadas en cualquier parte de cinco a quince metros del piso de la cámara, y debajo de ellos, ambos, o adheridos firmemente a los tallos mismos o extendidos sobre el piso, se encontraban frutos individuales, del tamaño de manzanas pero del color rojo de las fresas.

Los tres hombres habían dejado sus ociosos Hovertanks para echar una mirada más de cerca. Sean tenía el visor de su casco levantado, y estaba lanzando casualmente uno de los frutos en su mano, usando golpes de codo para propulsar la cosa en el aire. La charla había cambiado de las plantas mismas al hecho que el equipo aún tenía que encontrar alguna resistencia. Nadie había tomado el desafío de saborear el fruto, pero Sean había pensado en guardar unos cuantos especímenes en su tanque para análisis posteriores.

“Es una locura,” el malabarista de una mano estaba diciendo ahora. “Ellos estaban terriblemente ansiosos de mantenernos fuera de aquí en primer lugar, ¿así que por qué están tan quietos ahora?”

“¿Quizá los asustamos?” Cranston sugirió. “Un poco, quiero decir,” él se apresuró a agregar después de ver la mirada que Sean le lanzó.

“¿Q-q-qué tienen ustedes muchachos en contra de la paz y la quietud de todos modos?” Woodruff tartamudeó.

Sean hizo un gesto. “Nada, Jack. Excepto cuando hay demasiada quietud, como en este momento. No podemos dejarnos ser arrullados por ello, eso es todo. O de otro modo nos caerán encima.” Sean sostuvo el fruto delante de él y empezó a apretarlo. “¡Así!” él dijo, mientras el fruto se rompía, liberando un jugo blanco y espeso que los tocó a todos de ellos.

Era en realidad una sección poligonal y engoznada de pared por la que Louie Nichols había caído. Y detrás de ella había sorpresas aún más extrañas.

A primera vista de la primera de estas –una cuba rectangular llena de variadas partes de cuerpos flotando en una solución viscosa color lavanda– Louie casi devolvió su desayuno, sus ojos abriéndose

ampliamente debajo de los anteojos matizados. Bowie y Dana entraron y siguieron su dirección, registrando su asco en exclamaciones y sonidos sofocados.

Una garra de cinco dedos estaba anexa al lado de la cuba, su propósito fue inmediatamente obvio para Louie mientras asimilaba el resto de la habitación. Detrás de ellos había una correa transportadora, también equipada con un brazo de agarre, y una mesa llena de cabezas artificiales.

“¡Es una línea de montaje!” Bowie dijo con incredulidad. “¡Y pensábamos que estos alienígenas eran humanoides!”

“No debemos saltar a las conclusiones,” Louie le advirtió, inclinándose hacia el tanque ahora y extendiéndose para tocar los brazos y piernas que flotaban allí. Él estaba totalmente compuesto de nuevo, curioso y fascinado. “Estas son partes de androides,” él dijo después de un momento de escrutinio, con sorpresa en su voz.

Dana decidió arriesgar otro vistazo y observó mientras el cabo tiraba y sondaba las entrañas semejantes a ligamentos de un antebrazo y la carne artificial de una cara.

“Increíble,” Louie pronunció. “La textura parece en realidad real. No es fría o metálica... Parecen haber desarrollado una perfecta combinación biomecánica...”

Bowie, sintiéndose un poco como un corpúsculo en un ganglio linfático, se había alejado de la cuba para investigar las paredes de membrana de la habitación –cualquier excusa para ausentarse de la continua lección de anatomía de Louie. Pero incluso así, palabras de sus cursos de ciencia se mantenían reptando en sus pensamientos: pared celular, vacuola, núcleo... Un minuto más tarde –durante una ascensión en ascensor a través de aire enrarecido– él recordaría que ósmosis era lo último que él se había dicho antes de ser chupado por la pared...

Él también se dijo que era inútil luchar contra esta nueva situación: salir del disco radiante bajo sus pies o propulsarse para liberarse de la esfera de luz suave que lo abarcaba a él parecía una empresa arriesgada en ese momento, y por todo lo que él sabía este paseo lo podía llevar fuera de la fortaleza, a la cubierta, de golpe en el medio de toda esa lucha y bombardeo, lo que estaba bien para él

Pero de repente todos éstos sueños de una salida fácil llegaron a

un abrupto final, junto con el propio disco. Bowie se levantó del piso –agradecido de que hubiera uno– y levantó su rifle de asalto, voceando demandas en la niebla de luz blanca: “¡Muy bien –¿qué está sucediendo aquí?!”

Él fue respondido por la música que ellos habían oído en el compartimento de reciclaje de agua, quien sabe a cuántos niveles debajo de él ahora. Sólo que ésta era mucho más presente aquí y, él se dio cuenta, frecuente y bella. Él bajó el visor de su casco y dio un paso precavido hacia delante dentro de la neblina radiante, luego un segundo y tercero. Varios más y él comenzó a discernir los límites de la luz; había un pasillo más allá, similar a aquellos hexagonales que ellos ya habían encontrado pero en una escala menor. Las paredes tenían textura, desnudas excepto por el ocasional medallón oval de color rubí, y el piso brillaba como mármol pulido. También había un callejón sin salida en este particular pasillo lleno de música, o, como resultó ser, una entrada.

Los paneles gemelos que formaban el portal hexagonal se separaron deslizándose cuando Bowie se aproximó, revelando un pasillo corto adornado con dos filas opuestas de columnas románicas, con medallones como las paredes. Sobre su cabeza corría un continuo tragaluz arqueado, colgado con fijaciones idénticas a lo largo de sus representaciones de cierto fruto rojo del tamaño de una manzana. Lanzas de luz solar bailaban a lo largo del piso transparente del pasillo.

Siguiendo el sonido, Bowie dio vuelta en un pasillo perpendicular, con lados curvos y cartelas espaciadas proporcionalmente. La música era más fuerte aquí, emanando, parecía, de un cuarto oscuro hacia la derecha de Bowie. Bowie vaciló en la entrada, rechequeó su arma, y entró.

En la oscuridad él vio a una mujer sentada a un monitor –un dispositivo curiosamente formado como todo en esta nave, Bowie se dijo– una concha de almeja terminada en punta, encordada como un arpa con filamentos de luz colorida. La mujer, por otra parte, tenía una forma celestial: algo más baja que Bowie, con cabello lacio de un verde profundo que hubiera alcanzado sus rodillas si fuera soltado del anillejo que lo sostenía enteramente a medio camino de su espalda. Ella estaba vestida con una cierta clase

bodysuit adherido de chifón de color celeste, con una capa semejante a gasa de color coral y una envoltura sin mangas que dejaba un hombro desnudo. Ella tenía sus pequeñas manos situadas en los controles de luz del dispositivo cuando giró y se percató del ingreso de Bowie. Y fue sólo entonces –cuando sus manos se congelaron y la música empezó a vacilar– que Bowie se dio cuenta de que ella estaba tocando el dispositivo: ¡Ella era la fuente de la música!

Él reconoció al instante que él la había asustado y entró en acción rápidamente para suavizar su aspecto, colocando al hombro su arma y manteniendo su voz calmada mientras le hablaba.

“No te asustes. ¿Así está mejor?” él preguntó, señalando con un ademán a su ahora rifle al hombro. “Créeme, no tienes nada que temer de mí.” Bowie arriesgó un pequeño paso hacia ella. “Sólo quería felicitarte por tu modo de tocar. Yo soy un músico también.”

Ella estaba sentada inmóvil en el igualmente inusual asiento del arpa, sus ojos muy abiertos y fijos en él. Bowie mantuvo el paso corto, notando detalles mientras se acercaba: la gruesa banda que ella vestía en su muñeca derecha, el hecho que el cabello que enmarcaba su inocente rostro estuviera interrumpido...

“Así que verás que tenemos algo en común. Se dice que la música es el lenguaje universal–”

Repentinamente ella se puso de pie, lista para correr, y Bowie se detuvo en seco. “Cálmate,” él repitió. “No soy un monstruo. Soy sólo una persona –como tú.” Al oírse, él se imaginó cómo debía parecerle a ella con su casco y armadura de cuerpo completo. Él se liberó del “casco pensante” y vio que ella se relajó un poco. Alentado, él se presentó y preguntó su nombre, trató un chiste sobre si era sorda, y finalmente se dejó caer en el asiento de respaldo alto y acojinado del arpa.

“Estoy olvidando que la música es el lenguaje universal,” él dijo, volviéndose hacia el instrumento mismo y preguntándose dónde empezar. “Quizá esto funcione,” él le sonrió a la muchacha de cabellos verdes, quien estaba de pie confundida al lado de él, comprendiendo todas sus palabras pero no pronunciando nada a cambio.

Bowie observó las cuerdas ascendentes de luz, maravillándose

ante los patrones de colores cambiantes. Él situó sus manos en el arpa, las palmas hacia abajo, interrumpiendo el flujo. Mientras los tonos cambiaban, él trató de discernir alguna correlación entre los colores y los sonidos, recordando textos musicales oscuros que él había leído, el acercamiento de las escuelas ocultas a las correspondencias pitagóricas... Sin embargo él no pudo encontrar sentido musical a esta arpa. Y pronto fue aparente que la arpista misma no encontraba sentido a los intentos de Bowie.

“¿Cuánto tiempo ha pasado desde que afinaste esta cosa?” él dijo de modo juguetón, cuando la mujer se inclinó para hacerle una demostración.

Bowie la observó asiduamente, más fascinado por su repentina cercanía que por la riqueza de su música. Pero cuando sus graciosas manos continuaron acariciando las cuerdas de luz, Bowie sintió una magia calmante comenzar a obrar en él, produciendo sentimientos que él no podía definir, aparte de decir que la arpista y su instrumento eran la fuente de ellos; ello se sentía como si él pudiera ser hecho de algún modo obedecer la orden del arpa.

“Eso es lo más bello que he oído alguna vez,” Bowie dijo suavemente. “Y tú eres la cosa más bella que haya visto alguna vez.”

Ella apenas había acusado sus más tempranos intentos de comunicación verbal, pero éste pareció hacerla vacilar; ella giró del arpa para mirarlo con fijeza, como si sus palabras fueran música que ella podía entender.

Entonces de repente la habitación estaba desbordada de luz.

Regresado por el sobresalto a realidad, Bowie se levantó de un salto del asiento, su casco cayendo al piso, cuando una voz chirriadora y sintetizada dijo, “No se mueva, terrícola.”

Bowie se esforzó por alcanzar su rifle, sin embargo, refunfuñando “trampa” a ambos, la arpista y los soldados de choque armados que habían irrumpido en la habitación.

“No sea tonto,” advirtió el segundo soldado.

Bowie vio la sabiduría de esto y alejó sus manos de su arma. Era difícil saber si había humanoides dentro de las armaduras destellantes vestidas por los alienígenas, pero Bowie sentía que estos soldados habían sido ensamblados de las partes de androides

que él había visto sólo hace poco tiempo. Este par era de tamaño humano, armado con rifles láseres sin rasgos característicos, y encajados en cascos y pesada armadura corporal, incluyendo largas capas semejantes a conchas que permanecían tiesamente detrás de ellos.

“Otro movimiento y será el último. Vendrá con nosotros –ahora. Tú también, Musica.”

Bowie giró al sonido de su nombre, y lo repitió para el bien de Musica. Él pensó detectar los comienzos de una sonrisa antes de que uno de los androides dijese: “Muy bien, terrícola, acompáñanos calmadamente ahora” –como si tomando el diálogo de una película arcaica.

Bowie juzgó a los dos: estaban codo a codo, tal vez a tres metros de él, gesticulando con sus rifles, pero más dedicados a capturarlo que a volarlo en pedazos. Divisando su casco en el piso ahora, Bowie vio una oportunidad y fue por ella. Él dio un paso hacia delante, como si rindiéndose a ellos, entonces rápidamente llevó su pie derecho contra el casco, lanzándolo directamente en la cara de uno de los androides, mientras se impulsaba como un martinete hacia el otro. El soldado recibió la fuerza entera de su golpe y tambaleó hacia atrás pero permaneció de pie. Bowie estaba agarrando a la cosa como un tackle cuando vio que el primero había vuelto en si y tenía el rifle apuntado en él. Él sumió su aliento y se zafó de las garras del segundo, justo cuando el primero disparó, agarrando a su compañero en la cara con varias rondas. Ambos, Bowie y el androide, se quedaron inmóviles por un breve momento mientras el peso de este volteo descendía; entonces Bowie apuntó su propio rifle hacia los espectadores y puso varias rondas en el repentinamente mudo alienígena. El soldado cayó al piso con un golpe.

Bowie giró hacia Musica y sacó pecho triunfantemente. Pero esta no era ninguna Rapunzel de cabellos verdes a quien él acababa de salvar, y no se le ocurrió a él que acababa de matar a dos de su gente. Musica, sus manos como pájaros nerviosos, los estaba mirando fija y penosamente, alejándose hacia atrás lentamente, como si esperando que la próxima ronda viniera zumbando hacia ella.

Bowie finalmente comprendió lo que estaba sucediendo y trató de persuadirla que él le había hecho un tipo de favor. “¿No me digas que aún me tienes miedo?” él dijo, colocando sus manos en los hombros de ella mientras ella enterraba su cara en sus manos. “Te salvé de esos dos, ¿o no? ¿No prueba eso que soy tu amigo?”

Musica estaba lloriqueando, sacudiendo su cabeza de un lado a otro mientras él hablaba; pero sin embargo él continuó: “Ahora todo lo que tenemos que hacer es salir de aquí... ¿Puedes mostrarme el camino?”

Ella finalmente tuvo éxito en alejarse de él y comenzó a correr. Bowie estaba empezando a correr detrás de ella cuando de repente una ráfaga resonó por detrás de ellos dos atrapando a Musica inadvertidamente en la pantorrilla. Bowie la alcanzó y la sostuvo, pensando que ella había estado tratando de advertirle. Él miró hacia atrás hacia el soldado que había soltado el tiro: el androide estaba sobre sus rodillas ahora, pero no habría necesidad de que Bowie derrochara una carga contra éste. En un segundo la cosa estuvo cayendo boca abajo por propio acuerdo.

Pero de nuevo la señora del arpa se liberó y corrió, esta vez atravesando una entrada azul y roja –una pintura hexagonal ultra modernista que se deslizó abriéndose en tres secciones cuando ella se acercó, y se cerró igualmente de rápido detrás de ella.

Bowie corrió tras ella y se encontró de vuelta en el pasillo con columnas, pero Musica no estaba a la vista. Entonces él por casualidad miró a su derecha y allí estaba ella: casualmente entrando al pasillo desde un corredor perpendicular.

“¡Bueno, eso está mejor!” Bowie dijo sonriendo.

Pero de nuevo ella huyó y la persecución continuó.

“Cálmate,” Bowie voceó tras ella, sofocado. “No deberías correr con esa pierna herida.” Lo que él realmente quiso decir era que no era justo que ella lo estuviese dejando atrás, pero él esperaba que una demostración de preocupación por su bienestar resultase más efectiva que una admisión de derrota. Pero entonces él notó que la pierna de ella no mostraba ningún signo de la herida que él había visto claramente allí sólo un minuto antes. Y al considerarlo, él se encontró preguntándose: ¿no era su cabello más verde que el azul que él estaba viendo ahora?

Las intersecciones y bifurcaciones aumentaban más y más en número, un verdadero laberinto de pasillos hexagonales, réplicas pulidas de las unas en niveles inferiores, con paredes con medallones y paneles de techo de color rojo sangre aparentemente llenos de axones y dendritas.

Bowie la perdió en un laberinto de curvas y vueltas. Él permaneció en su lugar, respirando fuerte y rápido, atento a cualquier sonido de ella. Pero lo que oyó en cambio fue el acercamiento de algo grande y motorizado. Él sacó su rifle de su hombro y se movió al centro del pasillo, esperando confrontar sea lo que fuera que estaba a punto de aparecer a la vuelta de la curva.

Capítulo 5

¿Alguna vez vieron un sueño caminando?

Bueno, Bowie lo hizo.

Observación atribuido a Angelo Dante

En una cámara orgánicamente moldeada hace tiempo dedicada a las demandas de la Protocultura, los Maestros observaban a los Humanos a los que se les había permitido el acceso a su nave. Los adornos semejantes a rubíes del pasillo a los que Louie había llamado medallones eran sus ojos y oídos, y cuando los humanos se habían extraviado de éstos, los Maestros habían dependido de la inteligencia reunida por sus soldados androides, los Exterminadores –los mismos seres armados que casi habían atrapado a Bowie y estaban en este momento intercambiando disparos con el contingente del Sargento Dante, todavía atrapado en el compartimento del generador, uno de los suyos ya muerto.

El trío de los Maestros ancianos estaba en su posición inmutable en el dispositivo en forma de seta del tamaño de un arbusto que era su interface con el mundo físico. En muchas maneras esclavos de este domo de Protocultura, generaciones que pasaron la necesidad de alimento o sustento, los Maestros sólo vivían para las recompensas cerebrales de ese reino interior, vivían sólo para la Protocultura misma, y su contacto efímero con otros mundos más allá de lo imaginando.

Pero aunque evolucionados hasta este elevado estado, ellos no eran residentes permanentes en esa realidad alternativa, y así tenían que comprometer sus objetivos para adaptarse a las necesidades del desmoronante imperio que ellos habían forjado cuando el control realmente estuvo en sus manos. Esta misión a la Tierra había

resultado ser tan penosa como lo era desesperada, la última oportunidad para los Maestros de Tirol para recobrar lo que más necesitaban –la matriz de la Protocultura que Zor había ocultado a bordo de la ahora en ruinas fortaleza super dimensional. Los Maestros no estaban interesados en destruir al insignificante planeta que había sido el receptor inconsciente del regalo dudoso de su científico renegado; pero tampoco iban a permitir a esta primitiva raza interponerse entre ellos y el destino; entre ellos y la inmortalidad.

En esta fase del juego de los Maestros aún existía cierta curiosidad en juego: el observar a los terrícolas era semejante a dar una mirada a su propio pasado –antes de que la Protocultura hubiese reconfigurado tanto el destino– que es el por qué ellos habían permitido a esta pequeña banda de Terrícolas entrar a la fortaleza en primer lugar. Los habitantes de la tierra habían probado ser hasta ahora un lote agresivo: disparando sobre los Maestros cuando habían aparecido por primera vez y aguijoneándolos en intercambios posteriores, como si empeñados en introducir el día del juicio final que los Zentraedis habían sido incapaces de proveer.

¿Pero tal vez esto no era sino una medida de su desarrollo desmedrado? Y este pequeño grupo de reconocimiento no era nada más que un intento para determinar exactamente frente a quién estaban. Ellos estaban comenzando a razonar para variar, en lugar de simplemente tirar sus vidas y recursos, librando una guerra que estaban destinados a perder en todo caso.

Así que, en un esfuerzo por vislumbrar el funcionamiento interno de los humanos, los Maestros habían sometido a los intrusos a varias pruebas. Después de todo, ellos realmente no debían ser tratados con ligereza, habiendo derrotado en efecto a la armada Zentraedi.

Ellos incluso habían frustrado los propios intentos de los Maestros de obtener información sobre la matriz de la Protocultura por medios pasivos, accediendo a la información en una de las computadoras principales de los Terrícolas, una conocida como EVE.

Los Maestros habían permitido a los Terrícolas entrar por un

pasillo de un nivel inferior que llevaba a los compartimentos mecánicos de la nave. Había sido interesante notar que ellos habían dividido su equipo, mostrando que ellos de hecho funcionaban independientemente y no necesitaban de una inteligencia de guía. También había demostraciones de preocupación y auto sacrificio, cosas inauditas entre la raza de los Maestros. Un grupo estaba en este momento combatiendo a Exterminadores en el compartimento del generador –los soldados estaban averiguando la fortaleza de los Humanos en las técnicas de lucha cuerpo a cuerpo; otro grupo había ingresado a la sala de árboles de Optera; mientras que un tercer grupo había encontrado la línea de montaje de los androides.

Un miembro del último grupo había conversado en realidad con Musica, la Experta del Arpa Cósmica, cuyas canciones eran esenciales para controlar a los clones de los centros interiores. Pero ese humano se reunía ahora con sus compañeros de equipo, quienes ahora estaban regresando a su punto de reunión predesignado. El segundo grupo también estaba en camino, y por ellos los Maestros pasaron el pensamiento a los Exterminadores que la escaramuza en el compartimento del generador sea terminada, permitiendo al tercer grupo hacer lo mismo. Una vez que los humanos se hubieran reagrupados, los Maestros iniciarían una nueva serie de desafíos.

El General Rolf Emerson y los Coroneles Anderson y Green hubieran dado cualquier cosa por una mirada a lo que estaba sucediendo en la fortaleza. Pero el equipo de reconocimiento ya estaba retrasado una hora y las esperanzas por su retorno a salvo se estaban disipando rápidamente. En un esfuerzo por hacer algo, Emerson había ordenado un asalto intensificado a la fortaleza, con la esperanza de darle lo suficientemente duro para sacudir la pelota suelta del equipo atorada en los cojinetes en una vieja máquina de pinball. Pero en lugar de inclinarse, la fortaleza había levantado meramente la apuesta inicial, llenando los cielos con Bioroids en sus plataformas volantes y enviando tropas terrestres a combatir a los equipos estacionados en el perímetro del sitio de aterrizaje. Había

sido una jugada calculada, pero una que no había dado resultado.

La sala de situación estaba tan ocupada como una colmena, pero las tres pantallas masivas enfrente del balcón de mando relataban un cuento apenado de derrota.

Emerson se recostó en su silla para escuchar los últimos reportes de situación del campo, ninguno de los cuales era alentador. Una nave de rescate enviada al área treinta y cuatro del ATAC había sido destruida. Los equipos aéreos estaban teniendo graves bajas por el fuego de cañón de la fortaleza. Bravo Catorce había sido eliminado completamente. El Sector Cinco había sido aplastado. Un escuadrón de rescate estaba siendo requerido en el Bunker nueve-tres-cero, donde casi cien hombres estaban atrapados dentro. Los paramédicos eran requeridos penosamente en todas partes.

“¿Aún no ha restablecido la comunicación con la Teniente Sterling?” el Coronel Green preguntó a uno de los técnicos.

“Negativo,” llegó la réplica. “Pero aún estamos intentando.”

Emerson atrapó el suspiro quejoso de Green.

“No renunciemos a la Teniente Sterling aún, Coronel,” él le dijo, más ásperamente de lo que era necesario. “Ella no se rendirá hasta que haya tenido éxito en su misión.”

Bowie, con la cabeza al descubierto y precariamente colocado detrás y ligeramente sobre el asiento del piloto del Hovertank de Dana, tratado de poner al tanto a la teniente de sus experiencias desde el paseo en ascensor que lo llevó a la cámara del arpa de Musica. Él nunca había sido demasiado aficionado de las tácticas imprudentes de camino de Dana, y pensaba aún menos en ellas ahora que él tenía la oportunidad de observar las cosas desde la perspectiva de su amiga. Dana estaba corriendo por los pasillos oscuros a casi máxima velocidad, sin cuidado en absoluto mientras ella hacía girar a Valkyria en curvas cuyos giroestabilizadores nunca fueron destinados a controlar. El Diddy-Wa-Diddy había sido abandonado, puesto en auto destrucción en el compartimento de reciclaje. En un esfuerzo para quitar su mente de la posibilidad muy

real de una colisión, Bowie continuaba su informe detallado de los eventos, aunque parecía haber una gran cantidad de discrepancias en su historia.

“¿Y dices que ella huyó después de ser herida en la pierna?” Dana dijo con escepticismo.

“¡Sé que suena increíble, pero yo lo vi con mis propios ojos!” Bowie contestó a la defensiva. “Y era una dama bella, también,” él agregó con añoranza.

Dana obsequió una sonrisa perspicaz por sobre su hombro, forzando a Bowie en paroxismos de miedo cuando ella quitó sus ojos del pasillo.

“Quizá ella era un androide, Bowie.”

“De ninguna forma.”

“Entonces mi suposición es que ella fue un sueño –después de todo, tú afirmas que sentiste ser llevado hacia arriba dentro de la fortaleza y sin embargo te encontramos en el mismo nivel en el que entramos: Nosotros no dimos ningún paseo en ascensor, Bowie, y aún no hemos visto una escalera.”

“¡Pero te estoy diciendo que yo subí, Dana! ¡Sé diferenciar el arriba del abajo!”

Louie continuó en el altavoz externo: “Sólo cuando estás despierto, Bowie, y no creo que lo hayas estado. Recuerda nuestras sesiones de información y las notas de la expedición de Gloval en la SDF-1: cuando el equipo del capitán salió de la fortaleza dimensional ellos estaban seguros de que habían pasado horas, y sin embargo los guardias que estaban apostados afuera de la fortaleza juraron que ¡sólo quince minutos habían pasado!

“Podría ser que exista algún tipo de efecto persistente por el viaje hiperespacial,” Louie continuó desenfrenado, “algo de lo que aún no estamos conscientes. Quizá el tiempo en realidad sucede diferentemente dentro de la fortaleza de lo que lo hace fuera. Es algo que voy a investigar algún día.”

El oscuro pasillo repentinamente se estaba abriendo y llenando con luz, y en un momento Dana y compañía se encontraron en un piso pulido tan azul como el mar más limpio de la Tierra –un canal forrado de hielo de intensidad de color brillante, adornado con una pared continua de construcciones formadas por arcos y torreadas.

Recordativo de la antigua Roma, o Florencia, antes de la destrucción infligida sobre ella durante la Guerra Civil Global, cada estructura tenía más de doscientos metros de alto, con fachadas festoneadas y curvas, arcadas muy ornadas con columnas coronadas por frisos, y portales de extremos redondeados. En otra parte, puentes elegantemente arqueados cruzaban el sólido canal, sobre iluminados por luces circulares ubicadas en lo alto del compartimento.

Aún más extraño, el compartimento estaba habitado por Humanos.

“Al menos parecen humanos,” Dana comentó.

Todos los alienígenas se habían refugiado bajo las arcadas y miraban fijamente la extraña procesión de dos vehículos del 15to; pero Dana no registraba miedo real en ninguna parte, sólo una perplejidad intensa, casi como si estas personas no tuvieran idea de dónde estaban, o de qué estaban haciendo. La vestimenta era uniformemente práctica, sensata, no muy apta para la Roma sobre la que Dana había leído, sino para una maqueta de Roma en los intestinos de una astronave. Combinaciones de camisas y pantalones del mismo corte, la misma tela, particularizadas sólo por el color o el escote, todas con puños muy ajustados, azul, gris, oro.

Repentinamente, Bowie gritó: “¡Teniente, detenga el Hovertank –acabo de ver a la chica!”

Dana y Louie detuvieron sus propulsores y los mecha se posaron sobre lo que parecía ser la calle.

Dana se preguntó si esto era un show siendo puesto en escena para su beneficio. Ella examinó rostros confundidos en las multitudes inmóviles, buscando una muchacha de cabellos verdes.

“¿Estás seguro de que es ella, Bowie?”

“¡Estoy seguro –ella es única! La reconocería en cualquier – ¡¿qué?! ¡No puede ser! ¡Estoy viendo doble!”

“Todos aquí son gemelos o trillizos,” Louie dijo, completando el pensamiento de Bowie. “Deben ser clones.”

Dana siguió la mirada de Bowie y divisó a una muchacha atractiva vestida con un chifón, hombro a hombro con su gemela idéntica. Clones, Dana dijo para sus adentros. Tienen que ser clones, como los Zentraedi. Ella recordó lo que sabía de su gente: cómo

ellos habían sido desarrollados de muestras de células de los Maestros Robotech. Cómo ella misma tenía una parte de esto en ella. Y repentinamente se le ocurrió a ella que estos clones ¡muy bien podrían ser sus hermanas y hermanos! Dana se encontró mirando a su alrededor buscando a alguien que se pareciera a ella.

“El cuartel general estará feliz de descubrir que sus reportes de inteligencia de avanzada eran verdaderos,” ella oyó a Louie decir.

Justo entonces tres soldados de choque armados salieron de repente de las multitudes murmurantes, levantando rifles láseres mientras tomaban posiciones alrededor de los Hovertanks.

“¡Uh-oh –parece que tenemos compañía!”

“¡No se muevan!” uno de los Exterminadores gritó.

“Los tenemos cubiertos.”

“Ves –allí está ese diálogo de película mala sobre el que te hablé,” Bowie dijo.

“Vaqueros y romanos,” Louie murmuró. “¿Qué haremos, Teniente –enfrentarnos con ellos?”

“No,” Dana dijo rápidamente. “Si disparamos entre esta multitud terminaremos hiriendo a una gran cantidad de personas inocentes. ¡Tendremos que tratar de abrirnos paso! ¡Es mejor que te despidas de tus novias!” ella se dirigió a Bowie.

Los Exterminadores abrieron fuego cuando los Hovertanks despegaron, sin importarles los clones que sus disparos descarriados derribaban.

Valkyria y Livewire se alejaron rápido. En el asiento trasero descubierto, Bowie iba hendido a la cintura de Dana, mirando fijamente hacia atrás a las dos Musica, desatento de las descargas blancas de fuego chasqueando a los talones del Hovertank.

“Vaya, esta misión es un fiasco,” Cranston estaba diciendo a Sean. “Creo que esos payasos abandonaron la nave cuando nos vieron venir.”

“Estoy comenzando a creer que tienes razón, Cranston,” Sean admitió, ausentemente haciendo girar su casco en su mano,

mientras lentamente guiaba a Bad News lejos del punto de reunión del pasillo. Nada más había sucedido desde que ellos dejaron el invernadero, y cuando ni Dana ni Dante habían aparecido a la hora designada, él había decidido llevar a Cranston y a Woodruff al pasillo que el contingente de Dana debía investigar. “He visto más acción en un picnic de escuela dominical,” él empezó a decir. Pero algo se les estaba acercando rápidamente por delante, viniendo desde la dirección del punto.

Casi antes de que Sean pudiera alistar su arma o emitir instrucciones a sus hombres, Dana y Louie pasaron apresuradamente junto a ellos sin siquiera detenerse. Sean gritó, dándose cuenta que si ellos no los habían visto, no era probable que lo pudieran oír. Pero él exclamó de todos modos, preocupado de repente acerca de qué era lo que los estaba persiguiendo.

Y el equipo de Dana se detuvo abruptamente.

“¡Wow!” Dana exclamó. “¡Estaba comenzando a pensar que nunca los volveríamos a ver muchachos!”

Sean estaba confundido por la intensidad de Dana. “Sí, bueno estoy feliz de verla, también, Teniente, pero quiero decirle que esta es la misión más aburrida en la que alguna vez he estado.”

“¡¿Aburrida?! ” Dana y su equipo todos dijeron al unísono, fijando a Sean con una mirada que él no podía comprender bien.

“Sí. Pensamos que los alienígenas abandonaron la nave o algo por el estilo.”

Repentinamente Dana, Louie, y Bowie estaban hablándole apresuradamente. Grant estaba diciéndolo algo sobre haber sido transportado por un ascensor invisible a los brazos de una hermosa mujer de cabellos verdes con la que él había tocado música, o algo así. Pero había habido una persecución –y ese era por supuesto él por qué ellos no tenían su Hovertank con ellos porque no tuvieron la oportunidad de regresar a recogerlo– pero esto no quiere decir que ellos pudieran encontrar su camino hacia allí de todos modos. Y luego hubo este centro de población del que ellos acababan de escapar que se parecía a la antigua Roma y estaba lleno de clones idénticos y androides soldados armados...

Cuando hubo terminado todo lo que Sean pudo hacer fue intercambiar miradas de confusión con sus igualmente confundidos

compañeros de equipo.

“Buenos, nosotros llegamos a ver el famoso bosque de los árboles bombilla de luz,” él dijo a Dana. “Supongo que los soldados nos estaban evitando por alguna razón.”

Al momento que Sean estaba diciendo esto, el contingente del Sargento Dante –menos el Hovertank de Road, y desafortunadamente, menos Road mismo– aparecieron en la vista y se les unieron en el pasillo. Dante les contó del intercambio de disparos, cómo los alienígenas les habían caído encima y los habían detenido, sólo para retirarse inesperadamente al último momento...

Él estaba en medio de su explicación cuando el piso se abrió debajo de ellos. Nueve Hovertanks y diez humanos se zambulleron en la oscuridad.

“¿Se encuentran todos bien? ¿Bowie?” Dana preguntó en la negrura.

Ella sabía que ella estaba mojada y pegajosa, no por sangre sin embargo, sino por donde ella había aterrizado. El tocar la sustancia a oscuras sólo la guió a imágenes más aterradoras, así que ella fue a tientas en la dirección opuesta, preguntándose si encontraría de casualidad uno de los Hovertanks. Sería un milagro si nadie hubiese sido aplastado bajo los mechas que cayeron, e igualmente así si todos tuvieron un aterrizaje tan blando como el que ella tuvo. Aquí parecía haber algún tipo de ingravidez –una superficie lunar oscura y empapada.

Pero uno a uno los compañeros de equipo le respondieron.

“Todos presentes. Y aparentemente ningún daño,” Bowie gritó.

“Habla por ti,” Dana oyó a Louie decir. “Tengo suficientes magulladuras para todos ustedes.”

“Y yo me siento tan liviano como un gatito aquí dentro.”

“¿Dónde diablos estamos, de todos modos?” Angelo preguntó.

“¿Y qué es ese olor a podrido?”

“He realizado suficiente trabajo en la cocina en mis días como para reconocer este olor en cualquier parte,” dijo Woodruff. “No tengo idea de qué es lo que comen estos alienígenas, pero esta es su

basura, apostaré mi dinero a eso.”

Sean, Marino, y Xavez todos hicieron sonidos de asco.

Pero fue Kuri quien voceó el primer uh-oh...

La maquinaria había sido activada sobre sus cabezas, los servos estaban poniéndose en juego y el sonido estaba aumentando.

“Oigan... esperen un minuto,” Angelo dijo. “¡Esto debe ser un maldito compactador! ¡¿Y adivinen quienes están a punto de ser compactados?!”

“¡He visto esta película, Sargento!” Xavez repentinamente estaba lamentándose. “¿Están tratando de jugar con nuestras cabezas, o qué?”

“¡Aplastar nuestras cabezas parece ser la idea!” Kuri gritó a través de la negrura.

“Las lecturas del eco indican que hay de hecho una placa enorme descendiendo sobre nosotros,” Louie reportó calmadamente. “Calculo cuarenta y ocho segundos hasta que nos convirtamos en los crepés del desayuno de mañana por la mañana.”

Dana oyó a dos o tres de sus compañeros de equipo recoger puñados del lodo y lanzarlos en la dirección de Louie. A casi el mismo tiempo Louie fue golpeado y gritó, escupiendo palabras y cualesquiera basura había golpeado con él. Dana, quien había estado moviéndose hacia delante paso a paso en la oscuridad, manos al frente como una persona ciega, hizo contacto con uno de los Hovertanks. Por el tacto de aquel, éste había aterrizado derecho, y ella rápidamente subido a bordo y encendió las luces.

Ese fue su primer error.

Ahora todos podían ver el estado lamentable en el que estaban. Todos miraron alrededor de la habitación, y luego hacia arriba a la plancha descendente del compactador. Sí, era muy parecida a una escena de una película que todos ellos habían visto.

“¡Teniente, tiene que sacarnos de aquí!” gritó Xavez.

“Apártense, todos. Voy a sacarnos de aquí.”

“No puede, Teniente,” Louie le advirtió. “Éstas son paredes cerámicas de alta densidad. Son resistentes al láser. No creo que vaya a ser una buena idea. Si usted recuerda aquella película—”

“Entonces dime una mejor idea, Louie. Entretanto, todos cúbranse y esperen lo mejor.”

Cubrirse significaba zambullirse en la porquería, pero repentinamente aún eso parecía preferible a sentir el calor de un rayo de plasma que rebotaba.

“¡No-o-o!” gritó Louie otra vez antes del fin.

El disparo hizo precisamente lo que todos temían haría: éste impactó contra la pared inútilmente y se dirigió directamente de vuelta de donde vino, apenas errando a Dana quien se agachó dentro de la cabina en el último segundo, luego hizo carambola alrededor de la habitación como una bola de billar homicida de energía, dando a todos por igual la oportunidad de esquivar o ser freídos. Finalmente la cosa loca golpeó el piso de la cámara y explotó, directamente a los pies del mecha de Dana.

No parecía haber esperanza de que ella hubiera sobrevivido al disparo. Donde había estado el Hovertank ahora había sólo un enorme cráter de basura, humeando como un caldero en el infierno. Afortunadamente el maldito compactador había cesado su movimiento descendente, y el agujero estaba dejando entrar luz a la sala. Todos estaban pensando que Dana había muerto por nada, cuando repentinamente oyeron su voz saliendo del agujero. El 15to salpicado de basura se agrupó alrededor del cráter, entornando los ojos.

Dana todavía estaba sentada en el mecha, el cual estaba ahora sobre el piso de un pasillo que corría debajo del compactador. Varios otros Hovertanks habían caído con ella, junto con Xavez y Marino que estaban cubiertos con mugre y sacudiéndose como víctimas de parálisis.

“Ven –yo sabía que funcionaria,” Dana estaba diciendo inconstantemente pero deliberadamente. “El piso no era resistente al láser.”

Nadie se molestó en decirle que el compactador se había detenido por sí mismo. Uno a uno ellos bajaron por el agujero, quitándose la basura que podían.

Un monitor de pasillo parpadeó una vez y trajo la situación dada

vuelta a la atención de los Maestros. Las cosas no habían salido como se habían planeado, pero el trío de ancianos estaba listo a conceder que sin importar lo que había sucedido, ellos estaban aprendiendo más sobre los Terrícolas y ese era el propósito del ejercicio –aun cuando la mujer soldado había conseguido una huida favorable encontrando el disparo de su cañón el piso desprotegido. Y quizás, esto sólo sugería que la suerte misma debía figurar en la ecuación al tratar con esta raza.

Los próximo plan de los Maestros era separar a este más afortunado, el aparente comandante, de su equipo, para ver cómo los dependientes funcionarían sin ella. Precisamente cuánto pensamiento independiente estaba disponible en ellos; ¿cómo ingeniosos eran ellos sin un liderazgo adecuado?...

Ellos habían logrado recuperar siete de los nueve restantes Hovertanks; dos estaban tan enlodados con el lodo de basura que hasta los propulsores de los mechas no podían liberar a las cosas – no sin usar más tiempo del que tenían.

El 15to estaba montado en sus mechas ahora, Bowie todavía montando detrás de Dana, Xavez detrás de Marino, Woodruff detrás de Cranston. El sargento, Louie, Sean, y Kuri estaban de vuelta en sus unidades originales.

“Usted seguramente venció las probabilidades esa vez, Teniente,” Louie comentó.

Dana ajustó su casco e hizo una cara mientras quitaba pedacitos pegajosos de desperdicios de las hombreras de su uniforme. “No celebremos hasta que salgamos de aquí,” ella advirtió a todos ellos.

“¿Pero por dónde?” Louie preguntó al equipo. “Sin nuestros monitores de casco, no podemos diferenciar una dirección de otra. Debemos haber descendido al menos un nivel, quizá dos, y a menos que podamos encontrar la manera de ascender no sé cómo conseguiremos salir de esta cosa.”

“La navegación a estima nos llevará de regreso a ese agujero; apostaré a que puedo encontrar mi camino con los ojos vendados,”

el sargento dijo.

“Sólo nos abriremos una salida volando algo,” Dana dijo. “Logramos entrar: podemos salir. Pero estén alertas... tengo esa graciosa sensación de que estamos siendo observados de nuevo...”

Apenas ella había dicho esto cuando algo saltó hacia ella desde el techo del pasillo. Ella oyó la advertencia de Sean y el rápido estallido de su rifle –adrenalina atravesándola como octano elevado– y atrapó el movimiento de la cosa periféricamente.

Extrañamente, algo le dijo a ella: serpiente. Y cuando ella levantó su cabeza para mirar hacia atrás a la cosa que Sean había volado en pedazos, ella se dio cuenta que esa imagen que su imaginación conjuró no estaba muy equivocada: parecía una anticuada manguera de aspiradora, sólo que mucho más ancha, y coronada con un dispositivo semejante a una boquilla de apariencia maligna. En sus momentos finales, antes de que la segunda ronda de Sean cortas el cuerpo tubular de la cosa, la manguera liberó una carga eléctrica masiva que apenas erró la cabeza de Dana y explotó contra la pared lejana del pasillo. La manguera tuvo espasmos alrededor de su cuello fracturado vomitando un humo que olía a sucio, pero no más disparos.

“¡Buen disparo, Sean!” Bowie gritó.

Louie observó al tecno asesino sacudirse por un momento, luego bajó la vista hacia su consola, notando instantáneamente que el radio había comenzado a funcionar de nuevo. Él se lo comunicó al equipo, y ellos se dieron cuenta que debían estar cerca de la pared exterior de la fortaleza. Existía una buena posibilidad de que el cuartel general estuviera monitoreándolos una vez más.

“Bien,” Dana dijo, bajando el visor de su casco. “Salgamos.”

“Manténganse juntos esta vez,” El Sargento Dante se apresuró a agregar.

Los Maestros ya no estaban entretenidos por los artificios de sus huéspedes, y llegaron tan cerca como podían a demostrar emoción real. Y la emoción hizo que fuera necesario que ellos rompiesen su

armonía telepática y hablasen directamente al Exterminador. Era imperativo que a los Terrícolas no se les permitiera dejar la nave vivos.

“Vea que todas las salidas sean selladas,” dijo uno de los Maestros. “Mueva sus guardias al corredor M-79 y utilice máxima fuerza si es necesario para impedir su escape.

“Y vea que Zor Prime esté con sus guardias,” un segundo Maestro pensó añadir, su voz delatando un móvil ulterior.

A toda marcha, los Hovertanks se movían por los pasillos laberínticos de la fortaleza, sus luces de halógeno penetrando la oscuridad.

“Prepárense,” Dana dijo a sus compañeros de equipo por la red táctica. “Parece que vamos a tener que abrírnos paso luchando.”

Ella en realidad no había visto nada adelante, pero cuando subían la rampa que los regresaba al nivel apropiado, las luces de los mechas iluminaron una línea completa de Bioroids en el pasillo de adelante.

Zor Prime estaba liderándolos –el piloto de cabellos color lavanda del Bioroid rojo, quien había estado frecuentando los pensamientos de Dana desde el encuentro en los montículos de Macross. Diminuto contra los monstruos de metal de quince metros de alto detrás de él, el alienígena parecido a un duende estaba parado calmadamente a su cabeza y sosteniendo su mano arriba en un gesto que decía a los Humanos que se detengan. Cuando en cambio los Hovertanks aceleraron, la mano de Zor cayó concluyentemente, una señal para su tropas de abrir fuego.

Dana trató de sacar al alienígena de su mente y demandó maniobras evasivas. “¡Concéntrate en manejo táctico!”

Los Bioroids abrieron fuego sobre los Hovertanks que se acercaban con sus armas de disco, llenando el pasillo con luz blanca y ruido que podía despertar a los muertos. Los mechas terrícolas zigzagueaban entre guiones de calor chamuscante, entrecruzándose uno delante del otro y regresando el fuego a la pared de alienígenas

que estaba entre ellos y la libertad.

Dana tuvo una imagen efímera de Zor mientras desviaba su Hovortank alrededor de él, incapaz de dispararle o pasarle por encima. Pero en breve habría otra imagen que reemplazaría esta última. En los rayos de las luces delanteras el equipo vio a dos de sus compañeros de equipo tendidos sin vida en el piso del pasillo en charcos de su propia sangre.

Dana gritó: “¡Son Simon y Jordon! ¡No podemos dejarlos así!”

Angelo disintió. “Es demasiado tarde para hacer algo por ellos, Teniente –tenemos problemas más adelante.”

Un último Bioroid estaba montando guardia en la salida. Ellos ciertamente podrían haberlo atropellado sin problema, pero sería mucho más provechoso llevarse a la cosa viva.

Dana pensó a su tanque a través de la reconfiguración a Battloid. Mientras ella y Bowie se movían hacia dentro de la gigantesca cabeza del tecno guerrero, Dana se alistó en los controles.

“No puedes tomarlo tú sola,” Bowie dijo. “¡Es demasiado grande!”

“No es más grande que mi Battloid,” Dana le recordó. El Bioroid saltó, y Dana instó a su mecha a seguirlo. Ella pensó las manos metálicas del Battloid en movimiento y agarró al mecha alienígena por su armadura pectoral.

Luego Valkyria y su presa salieron volando a través de la apertura no reparada. Dana no se molestó en mirar atrás.

Capítulo 6

Pienso que pasé con facilidad el resto del reconocimiento en un tipo de trance, mis pensamientos tan envueltos alrededor del ¡Eureka! El encuentro de Bowie con Musica se había calzado en mi mente. La fortaleza de los Maestros se había destransposicionado de su viaje hiperespacial con las partículas del Continuo de la Cuarta Dimensión todavía adheridas a ella, limaduras de hierro hacia el imán –como la memoria misma, viva en el cerebro Humano a pesar de un transcurso de cálculo cronológico. Inmediatamente me puse a trabajar en una nueva teoría basada en la hipótesis de que ese tiempo, como la luz misma, estaba compuesto de paquetes de cuantos de materia que yo luego llamé cronons. A lo que finalmente llegué –años más tarde– no era nada más que un teorema adaptado de finales de siglo de Macek (entonces desconocido para mí): ¡si puedes tomar el tiempo y viajar, seguramente puedes viajar y tomar el tiempo!

Louie Nichols, Bailar con Agilidad

Diez de los trece originales de la Teniente Sterling habían retornado de la misión de reconocimiento; basado en las bajas sufridas por las fuerzas terrestres y el apoyo aéreo que habían contribuido con el operativo de penetración, esto resultó estar del lado inferior del promedio, y Dana encontró algo de consuelo allí. Pero no eran los números los que permanecían con ella, sino la imagen del soldado Jordon y Simon yaciendo en ese piso frío, bañada en la áspera luz de su Hovertank, sus vidas fluyendo fuera de ellos. Eso, y los breves

momentos que ella y Bowie y Louie habían pasado en el corazón románico de la fortaleza. ¿Eran esos gemelos y trillizos clones Humanos, o habían sido moldeados de las partes de cuerpos que el Cabo Nichols había encontrado por casualidad durante la misión? Su corazón le decía que eran clones, hermanos y hermanas de su mitad Zentraedi, pero el cuartel general no estaba interesado en sus sentimientos; con toda razón, ellos necesitaban evidencia concreta, y el hecho triste era que los dispositivos de monitoreo habían cesado de funcionar temprano. Estaba, sin embargo, el Bioroid que el mecha de Dana se había llevado en secreto de la nave, y seguramente el piloto de esa nave alienígena enterraría todas estas preguntas; él o ella no necesitaría decir nada: sólo quedaba por ser visto si las Fuerzas de la Tierra estaban enfrentándose a androides o seres como ellos mismos.

Dana había repasado estos asuntos en su mente durante el interrogatorio y por ello, incapaz de dormir, ella había dejado su litera a mitad de la noche. La salida del sol la encontró a ella y a la mitad del 15to en la sala de alistamiento del cuartel. Todos ellos habían discutido de atrás para delante, incapaces de llegar a un consenso, así de variadas fueron sus experiencias individuales dentro de la fortaleza. El escuadrón estaba registrado para patrullar en menos de una hora, y ella desesperadamente buscaba convencerlos de que sus instintos eran correctos.

“¿Cómo pueden esperar que dispare a personas que muy bien podrían ser mis propios parientes?” Dana les había sugerido finalmente. Ella había sacado su arma de mano, y ahora tenía a la distante y silenciosa fortaleza horquillada en la mira de la pistola. El Sargento Dante entró a la sala precisamente entonces, y encontrándola así, puso una mano en su hombro.

“Yo, uh, no quiero interrumpir,” él dijo, despreocupado realmente por la ventana de permaplas de la sala.

Dana giró para soltarse de su mano, y frunció el entrecejo mientras enfundaba el arma.

“¿Práctica de tiro, eh? Es una lástima que no haya ningún alienígena por aquí para apuntarle.”

Dana esperaba ese tanto de Angelo. La misión sólo había servido para convencerlo de la verdad de sus más tempranas creencias: los

alienígenas eran sólo creaciones biodiseñadas que habían sido programados para la guerra. Ella sabía que él sentía lo mismo sobre los Zentraedi, a pesar del hecho que su aspecto humano no solo había sido probado, sino aceptado por los mismos hombres y mujeres que una vez habían luchado contra ellos. Sean, Louie, y Bowie actuaban como si ellos no estuvieran en la sala.

“Usted es increíble, Sargento,” Dana dijo, disgusto e incredulidad en su voz. Ella miró a los otros por apoyo, pero no lo encontró. Ella sabía que Bowie coincidía con ella, especialmente ahora que él había tenido cierto tipo de encuentro propio dentro de la nave, pero él era demasiado tímido para tomar una posición. El voto aún recaía en Louie: al igual que el personal en el cuartel general, él iba a necesitar evidencia inequívoca antes de decir algo. Sean, como siempre, no tenía ninguna opinión de una u otra manera.

“¿Supongo que crees que debemos disparar a cada alienígena a la vista, huh? ¿Te haría eso feliz?”

Angelo sonrió con afectación. Era tan fácil afectarla. Pero ese no era realmente su propósito; él meramente quería llegar al lado humano de ella. “Bueno, estaríamos mucho más seguros, Teniente. Y no pienso que nadie del lado de ellos vaya a vacilar en dispararnos.”

Angelo había vuelto su espalda a ella y estaba alejándose, cuando un mensajero entró sin anunciarse por las puertas corredizas de la sala.

“Señor,” el ayudante dijo tiesamente, ofreciendo su saludo. “El General Emerson requiere su presencia. Debo escoltarla a usted y al Cabo Nichols al laboratorio del Dr. Beckett inmediatamente.”

Dana dijo al mensajero que esperase afuera. Ella puso el comando temporal del equipo en el Sargento Dante, sintiendo como si ella hubiera perdido una batalla menor.

Los Maestros Robotech sentían lo mismo.

Los tres habían convocado a sus triunviratos Científico y Político

al nexo de comando de la fortaleza después de que los terrícolas habían hecho su escape temerario.

“Espero un reporte completo del daño a nuestra nave y una actualización de la posición de los Micronianos,” dijo el Maestro llamado Bowkaz. “Micronianos” era un término que los Maestros usaban al hablar de cualquiera de sus numerosos clones, un remanente de los tiempos de los Zentraedi.

Había una nota inconfundiblemente de desesperación en su voz, un hecho que al instante angustiaba y complacía a los tres clones Científicos –figuras andróginas, con rasgos exóticos y cabello largo en colores brillantes.

“La mayor parte del daño está aislado de los módulos de poder Reflex,” reportó el Científico de cabellos color miel. “Los Micronianos probablemente atacarán de nuevo. Deberíamos intensificar nuestro perfil de combate.”

“¿Cómo pudo llegar la situación a esto?” Dag preguntó retóricamente. Al igual que sus compañeros Maestros él tenía nariz de halcón y ojos líquidos, de aspecto monástico en la larga vestimenta cuyo triple cuello remedaba la estructura tripartita de la Flor de la Vida. “Nunca fue nuestra intención destruir a los Micronianos o a su planeta.”

Uno de los jóvenes Políticos habló sobre eso. Él se asemejaba a los Científicos en forma y figura, excepto por el hecho que él estaba vestido con mantos semejantes a togas, y por supuesto había sido biodiseñado para funciones políticas antes que científicas.

“Los Micronianos se sienten amenazados por nuestra presencia aquí,” él recordó a los Maestros ahora.

“Pero deben comprender que nuestros clones no están aquí para manipular su civilización,” dijo Shaizan, quien era de muchas formas el vocero verdadero de los Maestros, frecuentemente teniendo la obligación de comunicarse directamente con los Ancianos de Tirol. “La verdadera amenaza a nuestras razas son los parásitos Invid, quienes vendrán en persona en búsqueda de la Protocultura.”

Lo que era y no era verdad: pero los Maestros estaban forzados a hacer sentir a sus clones que el viaje a la Tierra era más noble de lo que en realidad era.

“Debemos completar nuestra misión antes de que el Invid llegue,” Bowkaz contestó. “Los Micronianos son peligrosos y deben ser destruidos si continúan obstruyéndonos.”

“Coincido,” Dag dijo después de un momento de reflexión. “La ignorancia de los Micronianos de nuestro propósito y su inexperiencia con la Protocultura lo convierte en una amenaza peligrosa a nuestra causa.”

“Y muchos de nuestros propios pilotos de Bioroid han sido severamente heridos para montar un ataque efectivo contra ellos en este momento,” Bowkaz se apresuró a agregar.

“¿Resisten nuestros escudos?” Shaizan preguntó a los Científicos.

Representaciones esquemáticas de las capacidades del sistema de energía de la fortaleza cobraron vida en la pantalla de formada oval que llenaba los intersticios de la estructura como neurona del centro de mando.

“Estimamos una capacidad funcional de sólo veinte por ciento,” replicó uno de los Científicos. “Ni siquiera bastante poderoso para sellar las roturas en el casco de la fortaleza.”

“¿Si no podemos irnos y no podemos luchar, entonces qué opción nos queda?” preguntó un segundo.

Los tres Políticos y los tres Científicos esperaron los pronunciamientos de los Maestros. Finalmente fue Shaizan quien les respondió.

“Debemos usar a los Micronianos,” él dijo algo vacilantemente. “Primero tomaremos a algunos de su tipo y los someteremos a un sondeo cerebral xilónico para determinar si podemos o no convertirlos en los pilotos de Bioroid. Esto servirá un doble propósito: en primer lugar, nos permitirá fortalecer nuestras fuerzas. En segundo lugar, permitiendo a uno de estos pilotos rediseñados ser capturado, seremos capaces de convencer a los Micronianos de que han sido manipulados para combatir a su propio tipo. Esto nos comprará el tiempo que necesitamos para efectuar reparaciones o llamar a una nave de rescate. Entretanto, debemos reformular nuestro pensamiento y salir con un plan para asegurar la matriz de la Protocultura antes de que sea demasiado tarde.”

El esqueleto parcialmente disecada del Bioroid alienígena capturado yacía sobre su espalda en una enorme plataforma en el laboratorio del Centro de Defensa del Dr. Beckett. Los Coroneles Anderson y Green, junto con varios ingenieros y técnicos de computadora forenses, ya estaban de servicio cuando el General Emerson entró con Dana y Louie al remolque.

“Creo que encontrarán esto muy interesante,” Beckett dijo a modo de introducción.

Él era un hombre de apariencia indescriptible en sus avanzados treinta años, con anteojos gruesos y matizados de color ámbar y un uniforme blanco firmemente almidonado que él mantenía estrechamente apretado en el cuello y los puños. Conocido por el puntero de un metro de largo que él se decía llevaba dondequiera que él iba, Beckett tenía poco del sentido común del profesor Cochran, y ni de lejos el poder intelectual de alguien como Zand; pero él era lo bastante competente, y Louie Nichols le dejó vagar durante varios minutos antes de decir algo.

“Déjenme empezar por decir que esta cosa es una red complicada de partes mecánicas controladas por estímulos biológicos, el origen de los cuales es desconocido hasta ahora.” Beckett usó su puntero para indicar un tablero de control localizaba abajo y hacia la izquierda de la cabeza del Bioroid. “Sin embargo, pensamos que este módulo aquí actúa como un dispositivo sensor, o mecanismo de circuito de sobrecarga.” Él dio al tablero varios toques con el puntero.

“Entonces si uno desvía ese relevador,” Louie interpuso, extendiéndose para alcanzar uno de los cables sensor del Bioroid y enrollándolo alrededor de su antebrazo, “...ah, éstos deberían actuar como algún tipo de músculo.”

Dana, quien estaba parada junto al cabo, observó el brazo del Bioroid comenzar a crispase cuando Louie flexionaba los músculos en su antebrazo. Sobresaltada, ella se alejó de la plataforma, preocupada de que la cosa fuera a atacar.

“No se preocupe, Teniente,” Louie dijo, lleno de confianza. “No va a ninguna parte.” Él señaló con un ademán a su antebrazo y una

vez más lo flexionó; el brazo del Bioroid tembló otra vez. “Sólo está respondiendo al estímulo que yo le estoy dando.”

“Como la armadura corporal de poder amplificado,” Dana dijo, relajándose algo.

“Bingo,” dijo Louie, quitándose de sus envolturas.

Emerson, Green, y Anderson señalaron a Beckett que explicase en detalle. El doctor aclaró su garganta y dijo: “Sí... En muchas maneras funciona más bien como nuestros propios Veritechs, sólo que en lugar de nuestros guantes y cascos sensores, parece estar directamente armonizado a su piloto.”

Beckett instruyó a uno de sus técnicos proyectar los datos que él había preparado para el reporte preliminar. Todos los ojos se volvieron hacia la pantalla pared sobre la plataforma forense. Varias representaciones esquemáticas y lecturas de los sistemas del Bioroid llenaron la pantalla mientras el doctor hablaba.

“Es en realidad un tipo de traje blindado que responde a los estímulos proveídos por un piloto. A través de una red compleja de diodos biomecánicos, en realidad interactúa con su piloto y lleva a cabo las órdenes del piloto en cuestión de nanosegundos.” Beckett hizo una pausa mientras un nuevo esquemático se armaba. “La diferencia aquí está en que el piloto, también, parece haber sido biodiseñado para interactuar con el mecha.”

“Por eso es que son tan maniobrables,” Dana dijo.

“¿Entonces este Bioroid es una extensión de su piloto?” preguntó el barbudo de Green, aún inseguro de lo que Beckett y este joven cabo con las gafas oscuras estuvieran queriendo decir.

“Exactamente,” el doctor dijo. “Los circuitos de uno duplican los circuitos del otro. Aún tenemos que determinar cómo tal impresión ha sido hecha posible, pero no hay ninguna equivocación del logro.”

“Pero esto es increíble,” Emerson dijo. “Usted está sugiriendo una forma de vida biomecánica.”

Beckett sacudió su cabeza. “Se requiere de un piloto,” él empezó a decir antes de que el Coronel Green interrumpiese.

“¿Cuál es la forma más efectiva de detener estas cosas de una vez por todas?” el coronel exigió.

Dana, entretanto, tenía ahora el cable enrollado alrededor de su

propio brazo. Si el Bioroid requería un piloto vivo, entonces su caso por el aspecto humano de los alienígenas estaba hecho. Habría sido redundante poner androides en las cabinas de los Bioroids...

Ella sintonizó la respuesta de Beckett a la pregunta de Green, conteniendo su lengua hasta el momento indicado. El doctor estaba una vez más golpeando su puntero sobre el módulo de cuello del Bioroid.

“Bueno, considerando lo que sabemos ahora sobre el diseño, yo diría que el disparo más efectivo tendría que ser colocado en el área de este mecanismo de control.”

Rolf Emerson ahora dio un paso hacia delante, como para acallar a todos. “Me gustaría tener su opinión, Teniente Sterling. Usted y su equipo han combatido a estas cosas mano a mano, por decirlo así. ¿Alguno de ustedes observó algún punto débil en sus sistemas de defensa individuales?”

Dana se encogió de hombros. “Yo estaba muy envuelta en las tácticas para notar algo.”

“¿Está el Bioroid equipado con algún tipo de micro grabador?” Louie preguntó al Dr. Beckett. “Porque de serlo así,” él continuó sin esperar por una réplica, “debe haber algún tipo de sistema de monitoreo de control de daños internos... Nuestra computadora principal podría acceder los datos y—”

“Ya hemos pensado en eso, Cabo,” Beckett interrumpió, perceptiblemente irritado. “Despliegue los datos pertinentes,” él dijo al técnico en la consola.

“Creo saber porque estas cosas han sido tan difíciles de detener,” Louie murmuró a Dana mientras nuevos esquemáticos se desplazaban a través de la pantalla pared. “Muestre las secciones dañadas individualmente,” él instruyó al técnico de la computadora, adelantándosele a Beckett.

Louie se acercó a la pantalla y dio una explicación de los datos al General Emerson y a los otros jefes, pero fue Beckett quien dijo: “Los Bioroids no son afectados por impactos directos a menos que se pueda destruir la cabina.”

“Es como yo lo leo,” Louie secundó, ningún rastro de competencia en su voz.

“Muy bien,” dijo un complacido Coronel Anderson. “Haré que

sea orden permanente apuntar sólo a la cabina.”

Era el momento por el que Dana había estado preocupada, la orden que ella temía. “¡No puede hacer eso, Coronel!” ella dijo abruptamente, sorprendiendo a todos ellos. “¡Usted destruirá a los pilotos así como a los Bioroids!”

Anderson parecía ligeramente absorto por la explosión. “Bueno creo que eso debería ser obvio, Teniente. El piloto androide será destruido junto con su máquina...”

“¡Pero no son androides! Eso contribuiría a un sistema redundante,” ella dijo, mirando a Louie por ayuda. Ella hizo mención de sus experiencias en la nave, la ciudad de los clones.

Green hizo un gesto de descarte. “Pero usted no tiene pruebas de que esas, ah, personas no fueran simplemente androides. Qué hay de esta línea de montaje de androides que usted afirma haber visto—”

“¿Exactamente lo que sabemos sobre el piloto capturado?” Emerson preguntó a Beckett. El doctor hizo un gesto y miró a Green, quien contestó satisfactoriamente la pregunta, enrojecido.

“Siento reportar que el piloto recibió algunas heridas serias a causa de nuestros esfuerzos más bien apresurados para removerlo del Bioroid. Sin embargo, nuestros equipos médicos están haciendo todo lo posible...”

Green dejó a sus palabras apagarse cuando un mensajero entró al laboratorio.

“General Emerson, se requiere su presencia en la sala de guerra. El Comandante Leonard está recibiendo información sobre el piloto alienígena capturado.”

“¿Cómo está el piloto?” Emerson preguntó.

Con los ojos al frente, el mensajero contestó: “Dejó de funcionar hace alrededor de una hora, Señor. Pero la autopsia está terminada.”

El General Emerson pidió a Dana que lo acompañase a la sala de guerra; era la primera vez que ellos habían tenido una oportunidad

para hablar en algunas semanas, pero Rolf fue cuidadoso en alejar la conversación del asunto de los alienígenas. Él sabía perfectamente lo que debía estar pasando por la mente de Dana, pero hasta ahora no había ninguna prueba sobre la naturaleza o identidad de los invasores. Rolf esperaba que la información pusiera fin a esto de una vez por todas, y se preguntaba lo que la madre de Dana habría hecho. Pero entonces, si el Almirante Hunter, Max, Miriya, y los otros, no hubieran ido en su Misión Expedicionaria, nada de esto estaría sucediendo ahora. Miriya se había vuelto en contra de los suyos una vez, y Rolf estaba seguro de que ella habría permanecido del lado de la Tierra en el conflicto presente.

Dana debía comprender que los Zentraedis no estaban de ninguna manera relacionados con los Maestros Robotech. Por supuesto que era verdad que como clones de ese mismísimo grupo existía linaje entre ellos, pero los Zentraedis se habían largado por su cuenta; ellos se habían convertido en su propia gente, y Dana era más que cualquier otro Zentraedi representante de este gran cambio. No existía ningún parentesco entre ella y estos clones que los Maestros Robotech habían traído a la Tierra; sólo había enemistad entre ellos; ella no tenía hermanos o hermanas en esa nave, no más que las personas de la Tierra que habían luchado unos con otros en el curso de la historia siendo hermanos.

Los jefes del estado mayor estaban sentados alrededor de esa agrupación de mesas que Rolf aún deseaba fuera triangular, con Leonard en su lugar acostumbrado al ápice curvo, y el Dr. Byron de la Defensa Médica retirado hacia su derecha. Byron era un hombre alto, cuya cabeza a menudo parecía demasiado pequeña para su enorme torso. Él tenía rasgos marcados y agudos, y un bigote castaño oscuro que era la correspondencia perfecta invertida de sus cejas arqueadas y espesas, dando a su cara un giro algo cómico, en desacuerdo con la naturaleza enérgica seria de su personalidad.

El ingreso de Emerson y de Sterling había interrumpido obviamente al hombre. Rolf presentó a Dana a Leonard y al personal, viendo el destello analítico en los ojos del comandante supremo ahora que tenía una imagen visual de esta persona que él no había visto en años, a excepción de un apretón de manos breve en las ceremonias de la Academia. Pero él fue más que atento con

Dana, felicitándola por la misión de reconocimiento y la captura del Bioroid.

Leonard ordenó al Dr. Byron que continuase con sus informes.

“Ante todo, encontramos algo notable dentro del cuerpo del piloto,” Byron dijo, leyendo sus notas. “Había un tipo de dispositivo bioeléctrico implantado en su plexo solar. Análisis posteriores de esto mostraron que era similar a los chips animadores usados anteriormente por los equipos de Robotécnicos del Dr. Emil Lang en la manufactura de mechas terrestres.”

La mano de Emerson se levantó como una bala. Él gesticuló impacientemente hasta que Byron lo acusó.

“Siento interrumpir, Doctor. ¿Pero era el piloto humano o no?”

“Oh, definitivamente no era humano,” Byron dijo, sacudiendo su cabeza.

Rolf oyó el suspiro pesado de desilusión de Dana mientras el doctor continuaba.

“Pero diré que sobrepasa todo lo que alguna vez intentamos en la dirección de creaciones biomecánicas. De hecho, este dispositivo animador que encontramos en el plexo solar del androide es más que todo semejante a un alma artificial.”

El comandante supremo aclaró su garganta ruidosamente. “Mantengamos la teología fuera de esto,” él se dirigió a Byron. “Sólo apéguese a los hechos, doctor.”

Byron cejó ante la reprimenda y nerviosamente ajustó el cuello de su chaqueta.

“Creemos que esta raza fue forzada a adaptarse a entornos hostiles al comenzar su expansión a través de la galaxia, y que un biosistema androide fue el resultado natural de esto.”

Leonard interrumpió de nuevo. “Estos alienígenas no son los Zentraedis micronizados que al principio pensamos que eran, sino un ejército de androides programados en el control de armas de devastación biomecánicas. Es obvio para mí que los Maestros Robotech encontraron mucho más fácil usar androides que clones.” Él miró alrededor de las mesas, luego se paró, las manos apretadas contra la mesa. “Tanto más fácil para nosotros, entonces. Estamos librando una guerra contra una forma de vida artificial, señores, y no debemos tener ningún escrúpulo en destruirla –totalmente.”

Repentinamente Dana estaba de pie. “Comandante, usted está equivocado,” ella dijo. Ella levantó su voz un nivel para atravesar los comentarios. “Ese piloto del Bioroid puede haber sido un androide, pero yo creo que estamos tratando con una raza de seres vivos –no un ejército desalmado de máquinas.”

Byron entrecerró sus ojos y se meció hacia delante sobre las yemas de sus pies. “Mis observaciones están completamente documentadas,” él contestó. “¿Qué prueba tiene para respaldar esta posición absurda?”

“He tenido cierta experiencia de primera mano tratando con ellos,” Dana replicó. Pero ella ahora sintió la mano de Rolf apretada sobre su brazo.

“¡Sterling, siéntese!” él le dijo.

Leonard parecía furioso. “Mire, estoy familiarizado con su reporte, pero es posible que usted haya interpretado mal sus experiencias, Teniente. Los alienígenas podrían haber implantado ciertas cosas en su mente. ¿Si ellos son capaces de crear androides de esta forma avanzada, quién saben qué más son capaces de hacer?”

“No,” Dana le respondió. “¿Por qué se niega a aceptar la posibilidad de que yo pueda tener razón?!”

Leonard dejó caer pesadamente su puño sobre la mesa. “No nos provoque, Teniente. Cálmese al instante o me veré forzado a hacerla remover de esta sesión.”

Pero Dana estaba sacada, la naturaleza persistente de su lado alienígena en control de ella ahora. “¡Son unos tontos si se niegan a oírme!” ella dijo al estado mayor.

“¡Retiren a esta insubordinada!” Leonard ordenó. “¡He oído suficiente!”

Dos guardias se habían adelantado y tomado sus brazos.

Pero Emerson, también, estaba de pie ahora. “Tal vez deberíamos escucharla.”

“No tengo tiempo para sus interrupciones,” Leonard dijo tiesamente.

Dana fue sacada a tirones de la sala, retorciéndose y dando puntapiés, hasta liberándose de su asidero una vez para llamar a todos idiotas. Rolf sólo esperaba que Leonard estuviera dispuesto a

pasar por alto algo de ello. Él se sentó como un gesto conciliatorio, intercambiando miradas con el comandante supremo.

“Continúe con su reporte, Dr. Byron,” Leonard dijo después de un momento.

Byron enrolló las cosas, perdiendo a la mayor parte del estado mayor cuando pasó a las tecnicidades.

Leonard aclaró su garganta.

“Señores, me parece que nuestro curso es claro: debemos comprometernos a la destrucción total de estos androides.”

Todos a excepción de Emerson concurrieron.

Leonard dio al jefe del estado mayor una mirada sucia mientras se ponía de pie. “¿Tiene algo que añadir, General?”

Emerson mantuvo su voz controlada. “Sólo esto: si estos alienígenas poseen cualesquiera características humanas, deberíamos tratar de negociar. La lucha no puede ser la única alternativa. Miren lo que sucedió durante la Guerra Robotech—”

“Seguramente usted no cree que podríamos llegar a un acuerdo con un grupo de bárbaros, ¿o sí Emerson?”

“Eso es probablemente lo que Russo y Hayes y el resto del UEDC dijo antes de que la armada de Dolza incinerara este planeta,” Rolf dijo con una mofa. “Yo creo que cualquier cosa es mejor que una pérdida continua de vidas.”

“Tal vez, tal vez,” el comandante supremo permitió. “Pero su tecnología avanzada no nos deja otra elección. Aún si pudiéramos negociar, lo estaríamos haciendo desde una posición de debilidad, no de fortaleza, y ese podría resultar ser fatal. ¡Está fuera de cuestión! Ahora, ¿habrá algo más de su parte, General?”

Leonard ni siquiera lo había oído, Rolf dijo para sí mientras tomaba asiento. Peor aún, el comandante estaba de hecho repitiendo la justificación que Russo y su condenado consejo habían usado antes de disparar el Gran Cañón a una armada alienígena de más de cuatro millones de naves de guerra.

“No, Comandante,” Emerson dijo débilmente. “No ahora.”

Alguien susurrará las palabras apropiadas sobre nuestras tumbas.

Capítulo 7

Confrontados con el asunto de la megalomanía militarista [del Comandante Supremo Leonard], estamos tentados a apuntar al pasado y recordarles uno a otro que la historia se repite. No conozco ninguna otra manifestación que nos rebaje tanto como una raza planetaria. Desde que la humanidad miró al Monolito de frente esta teoría sin autor ha sido usada para excusar y justificar nuestra miopía y deficiencias; para disculpar dando explicaciones nuestras tontas acciones y nuestras violentas elecciones. ¿Pero no es hora de que nos preguntemos por qué la historia tiene que repetirse? Cortos de postular una nueva teoría de la reencarnación –con los mismos hombres codiciosos atrapados en un retorno eterno para librar la misma guerra repetidamente de nuevo– nos quedamos a oscuras. Ciertamente Leonard estaba siendo presionado por el Presidente Moran, y desde luego él había heredado la mancha de sangre dejada atrás por T. R. Edwards; ¿pero dónde están las cadenas reales, biogenéticas o de otra manera, que lo esclavizan a la corriente oscura de la historia? Tal vez deberíamos buscar a los Maestros Robotech por respuestas. O la Protocultura misma.

*Mayor Alice Harper Argus (ret.), Fulcrum:
Comentarios sobre la Segunda Guerra Robotech*

“Los oficiales en el estado mayor son sólo un manojo de idiotas,”
Dana reportó a sus compañeros de equipo cuando se les volvió a

unir en Monumento Sector Cinco, un distrito céntrico normalmente atestado de tiendas y oficinas que estaba casi desierto hoy.

Con Angelo Dante al comando en temporal, el escuadrón acababa de relevar al escuadrón Táctico Blindado 14to y ya posicionado sus Hovertanks. Dana había salido rugiendo de ninguna parte, ejecutando un diestro salto frontal desde la nariz de Valkyria, e inmediatamente comenzó a deleitarlos con una narración de la sesión de información con el Comandante Leonard. Ambos, Sean y Angelo, se preguntaron cuál podría ser el resultado de que Dana fuera expulsada forzosamente de la sala de guerra; uno de ellos tenía la oportunidad de recibir una promoción si la teniente era arrestada debido a sus acciones.

Louie esperó a que Dana terminase antes de contarle lo que él había aprendido en el laboratorio forense después de que ella se había ido.

“Descubríamos que el relevo que nosotros pensábamos era un dispositivo de control es en realidad algún tipo de receptor de frecuencia sónico.”

“¿Y?” Dana le preguntó.

Louie ajustó sus anteojos. “Por lo que el Bioroid es probablemente controlado por una mezcla de sugestión telepática y señales de sensores artificiales.”

La cara de Dana se derrumbó. “¿Quieres decir que los Bioroids no son controlados por los pilotos? Después de hablar fuera de lugar allá—”

“Estoy seguro de que pueden ser,” Louie dijo alentadoramente, “pero no como pensamos originalmente. Parece como si una inteligencia superior estuviera controlándolos por control remoto.”

“No lo entiendo,” dijo Angelo, tratando de rascarse la cabeza a través de su casco.

“Alguien o algo en realidad está alimentando instrucciones a los pilotos androides,” Louie explicó.

“¿No son clones entonces?”

Louie sacudió su cabeza.

Dana aún se negaba a creer algo de esto. “Bueno, de todos modos,” ella empezó a decir, “yo les dije...”

De repente sirenas de alerta estaban resonando por la ciudad.

Dana ordenó a todos regresar a sus Hovertanks (ejecutando un segundo salto gimnástico al montar el suyo), y encendió su radio. La red estaba llena con mil voces, pero ella no necesitó tratar de sacar algún sentido a los reportes. Una mirada hacia arriba lo explicó todo: los cielos sobre Ciudad Monumento estaban llenos de naves de transporte de tropas semejantes a escarabajos de los alienígenas.

“¡Es un ataque enemigo a gran escala!” Sean dijo.

“Si tiene la posibilidad, no disparen directamente a sus cabinas,” Louie gritó antes que tirarse dentro del asiento del Hovertank. “¡Podríamos capturar uno!”

Cientos de naves alienígenas se estaban acercando a la ciudad, pero ahora, aún más alto, aparecían las trazas atmosféricas reveladoras de los Guerreros Alpha, rompiendo formación y zambulléndose en picada para trabar combate con sus enemigos Robotech. Un granizo de fuego amarillo brillante, calculado para alejarse en ángulo de la ciudad misma, fue lanzado contra los invasores, misiles Skylord y Swordfish y salvas Teflón impactando en los cascos blindados de las naves de color rojizo produciendo poco o ningún efecto. El cielo era iluminado con trazadores, semicírculos deslumbrantes de luz, y explosiones ardientes. Pero las naves de transporte de tropas continuaban su ataque, no solo resistiendo la tempestad, sino regresando su propia marca de fuego del infierno cuando los Alphas completaban su descenso y bajaban debajo de ellos. Las armas de cuatro cañones de las torretas giratorias de chasis vomitaban luz y muerte a través del cielo, derribando Guerreros más rápidamente de lo que el ojo podía seguir. Con colas de humo negro y denso, los Alphas se zambullían fuera de control hacia la ciudad, mientras que otros eran simplemente desintegrados en medio del vuelo. Los pilotos que caían a la deriva hacia casa en paracaídas de seda sintética también eran derribados.

“Parece que son más de lo que podemos manejar, Teniente,” Angelo gritó por la red.

Dana no dijo nada. Tenía que haber una manera de inhabilitar a esos Bioroids sin dañar a los pilotos, ella pensaba. Tenía que haber una manera –¿pero cómo?

Ahora escotillas en los costados de las naves de transporte de tropas se abrieron. Bioroids montados en sus Hoverplatforms eran vomitados de las naves en una línea aparentemente inacabable. Ellos cayeron sobre la ciudad, no tocados por los Guerreros Alpha, maniobrando mejor que ellos en casi cada caso y apuntando sus propias armas de disco contra ellos. Los Bioroids se dispersaron en abanico sobre la ciudad, como si buscando algo que hasta ahora los había eludido. De cada sector llegaban reportes de su descenso, pero no existía ningún sentido claro de su móvil. Ellos finalmente aterrizaron en grupos invariables de tres y se desplegaron por las calles de la ciudad a pie.

La mayor parte de Ciudad Monumento se había marchado apresuradamente a los enormes refugios subterráneos que se habían convertido en tanto una parte de la vida de la ciudad desde la Guerra Civil Global como un paseo de domingo en el parque. Pero, como siempre, estaban aquellos que habían optado por regresar a casa primero para salvar alguna baratija preciosa, o asegurarse de que la familia o los amigos ya habían partido; y luego estaban los intransigentes quienes simplemente se rehusaban, y los buscadores de emoción que vivían para este tipo de cosas. Y fueron contra estos últimos grupos que los Bioroids se movieron, cumpliendo las directivas de los Maestros de capturar tantos Micronianos como fuera posible. No visto por Dana y el resto del 15to, y hasta ahora no reportado por las redes de la Defensa Civil, los Bioroids estaban comprometidos en una forma nueva de saqueo: usando sus masivos puños metálicos para abrirse paso por la fuerza a través de las paredes de moradas y tiendas, y agarrando en esas mismas manos cualquier paseante humano que encontrasen, a menudo aplastándolos sin saber hasta la muerte antes de regresarlos a las naves de transporte de tropas.

Finalmente los Bioroids entraron a los cañones del centro de la ciudad y encontraron al 15to esperando por ellos.

Sean dijo, “¡Alerta, gente, aquí vienen!”

“¿Tienes alguna idea brillante, Louie?” el sargento preguntó.

“Sí, la tengo,” el cabo respondió, ignorando el sarcasmo de Dante. “Si se apunta a uno u otro lado de la cabina, se puede paralizar temporalmente al piloto.”

“¡¿Ahora porque diablos querría yo hacer eso, Nichols?!” Dante bramó.

Dana irrumpió en la red táctica. “Angelo, sólo haz lo que él dice –es importante,” ella anunció misteriosamente. “Tenemos que trata de evitar golpear a los pilotos directamente.”

“¿De qué lado está?” Dante dijo justo a tiempo.

Los Bioroids soltaban descargas de plasma desde las armas montadas en las Hoverplatforms mientras se acercaban, uno de los primeros disparos encontrando el mecha de Dante; la explosión arrojó al Hovertank quince metros de su posición en el centro de la calle, pero el sargento lo soportó, reconfigurando a modo Gladiador durante el resultante salto mortal hacia atrás y girando el cañón alrededor para un contragolpe. Dana también había reconfigurado su mecha. Ella hizo saltar el cañón autopropulsado hacia el nuevo lugar de descanso de Dante, justo cuando el sargento sacaba del aire a uno de los Bioroids.

“Angelo, escúchame –quiero que trates de derribar sus Hovercraft primero.”

“¿Qué se trae, Teniente?” él le respondió.

“Una vez que los hayas sacado de sus Hovercraft,” Dana continuó, “dispárales a las piernas e inutilízalos.” Ella estaba tratando de hacer lo mejor posible para hacer sonar esto implorante a Dante, pero ella podía imaginar su cara, torcida con ira bajo el casco.

Los Bioroids estaban viniendo a poca altura ahora, a no más de diez metros del suelo. Bowie, Sean, y Louie eran una barricada que ellos nunca lograrían pasar. El trío del 15to derribó las Hoverplatforms de debajo de los atacantes, aún mientras las explosiones mecían la calle todo a su alrededor. Los Bioroids caían con choques que sacudían el suelo, mientras que otros decidían saltar de sus naves y tomar posiciones en entradas ahuecadas y frentes de tiendas. El centro de la ciudad se convertía en una zona de guerra mientras ambos lados bombeaban fuego de pulsos por las calles. Los lados de los edificios de muchos pisos se derrumbaban y las cornisas y los frisos se desmenuzaban hacia la calle craterizada. Vidrio llovía en astillas mortales desde las ventanas voladas hacia el exterior muy en lo alto sobre la lucha.

Dana ordenó a su equipo reconfigurar de Gladiador a Battloid para posibles encuentros mano a mano.

La calle y el área circundante era pura devastación ahora, pero el enemigo había sido contenido en la línea del 15to. Nadie se molestaba en preguntar qué estaban buscando los alienígenas, o a dónde esperaban llegar. Aún en modo Battloid, el escuadrón se dirigió a buscar cubierta y continuó trocando salvas con el grupo atrincherado que había tomado el extremo lejano de la avenida. Una vez más, Dana les recordó ir por las piernas y no las cabinas. Pero esta vez Sean disintió con ella.

“Ellos aún nos pueden hacer volar si hacemos eso,” él señaló. “Tenemos que arriesgarnos y apuntar a un área cercana a esas cabinas, Teniente.”

“¡Son androides, maldita sea, androides!” Angelo gritó por la red.

“¡Estoy convencida de que no lo son, Sargento!”

“¡¿Bueno, cuál es la diferencia si son androides o clones?!” Dante dijo cuando escombros del letrero de un almacén destrozado cayó sobre él. Él pensó a su Battloid por un salto frontal que lo llevó claramente al otro lado de la calle. “¡Aún nos están disparando!”

“¡Tenemos que capturar uno!”

Sin advertencia, un Bioroid apareció detrás del mecha de Dana y liberó una ráfaga sobre ella. Ella giró pero no a tiempo. Afortunadamente Angelo vio el movimiento y alcanzó a poner fuera de combate a la cosa, los proyectiles de su arma automática desgarrando la cabina del enemigo.

“Eso basta en cuanto a los disparos a las piernas,” Dante dijo.

“Te debo una,” Dana respondió con los labios firmes.

Los Bioroids habían llegado a los tejados y estaban vertiendo todo lo que tenían en la calle. Naves de transporte de tropas estaban bajando allí para auxiliarlos, y las cosas rápidamente empeoraron.

“¡No seremos capaces de contenerlos!” Sean dijo, expresando en voz alta lo que todos ellos estaban pensando.

Pero repentinamente, la batalla empezó a dar marcha atrás, por ningún esfuerzo del 15to. Los Bioroids estaban regresando a sus Hoverplatforms y dirigiéndose hacia las naves escarabajo, aparentemente en retirada.

Dante dijo esto por la red y enfocó el visor delantero de Caballo de Troya. Unos de los Bioroids tenía a un civil agarrado en su mano. Dante giró y encontró a otro –el civil flácido, probablemente muerto. A todas partes que él miraba ahora, veía la misma escena.

“¡Están tomando rehénes!” él dijo a Dana. Cruzando su cañón, él apuntó a uno de los Bioroids, murmurando para sí, “Está perdido, amigo...”

Pero Dana posicionó su Battloid delante de él, impidiendo un tiro limpio a su objetivo.

“¡Angelo, detente! Matarás al rehén–”

Dos Bioroids borraron sus palabras, con disparos que la habrían arrojado de cara contra el suelo si Dante no hubiese estado allí para atraparla.

“Son dos las que te debo,” ella dijo con algo de esfuerzo.

Ambos acuclillaron sus Battloids y regresaron el fuego. Muchos de los Bioroids estaban sin sus Hovercraft y obviamente estaban empeñados en caer luchando. No habría ningún prisionero aquí, sólo una pila de sobrantes de partes de mechas y androides.

Dana logró volar las piernas de uno de ellos, pero un segundo más tarde la cosa pareció auto destruirse. Y cuando lo hacían, ni siquiera quedaban partes, sólo recuerdos.

Muy adelante calle abajo las naves de transporte de tropas estaban despegando. El 15to estaba inmovilizado, incapaz de detenerlos. Sin embargo otros transportadores estaban desembarcando cerca de la lucha, recogiendo tropas que habían sido abandonadas. ¿Podrían estar quedándose sin poder de fuego, Dana se preguntó?

El 15to empujó su línea hacia delante y recuperó dos cuadras más de la ciudad del número menguante de las tropas enemigas. Entonces finalmente se encontraron disparando sobre los transportadores mientras éstos despegaban, probablemente regresando a la fortaleza.

“Allí van,” Dante dijo, poniendo su arma a un lado. “¿Me pregunto qué planean hacer con todos esos rehénes?”

“Esa es una buena pregunta, Sargento,” dijo Bowie.

“Sí, una pregunta realmente buena,” dijo Sean.

El General Emerson y el Comandante Leonard observaban el retiro desde la torre central del centro de comando. Abajo, gran parte de la ciudad estaba en ruinas; arriba, el cielo era humo y llamas anaranjadas.

“¡Negociar no podía haber sido peor que esto!” Emerson dijo disgustado, volviéndose de la ventana.

“No haga suposiciones,” Leonard le dijo desde su asiento. “¿Quién puede decir que si hubiésemos tratado de sentarnos y razonar con ellos los resultados habrían sido diferentes? Podemos haber impedido un desastre peor.”

Emerson estaba demasiado frustrado para contender la observación.

Un oficial del estado mayor entró a la habitación precisamente entonces y Leonard se puso de pie ansiosamente.

“¿Y bien, cuál es la cifra?” él demandó.

“Más de doscientos ciudadanos han sido secuestrados, señor. Pero la cifra puede ser aumentar una vez que todos los sectores se hayan reportado.”

“Ya veo...” Leonard dijo, visiblemente angustiado. “En el reporte oficial, enlístenlos como bajas de la batalla.”

Emerson dio a Leonard una mirada, la cual el comandante recibió sin alterarse. ¿El tonto realmente esperaba que él le dijera a la población civil que los alienígenas ahora se llevaban a las personas de sus casas para algún propósito desconocido?

“Sí señor,” el sargento del estado mayor dijo abruptamente.

“No sé qué se traen entre manos,” Leonard dijo en voz baja. “Pero sea lo que sea, no funcionará –no mientras yo tengo un hombre que los combata.”

Capítulo 8

Vamos, gente, hemos hecho esto antes y podemos hacerlo de nuevo. No hay uno de nosotros –excepto por los niños– que no haya visto nuestras casas y vidas destruidas por las salvas y los misiles de una facción u otra. Así que, recuerden aquellos días, recuerden cómo tuvimos que construir y reconstruir. Y recuerden que nunca perdimos de vista el mañana. Podemos apoyarnos mutuamente y salir de esto, o todos podemos retirarnos a nuestra miseria individual y perderlo todo. Se lo dejaré a todos y cada uno de ustedes. Pero yo sé lo que voy a hacer: ¡voy a arremangarme, a tomar esta pala, y a sacarme de este revoltijo!

Del discurso del Mayor Tommy Luan a los residentes de SDF-1 Macross, como se cita en El Alto Mando de Luan

El botín humano que resultó de la incursión de los Bioroids en Ciudad Monumento fue almacenado en una enorme esfera estasis dentro de la nave insignia en tierra de los Maestros –una esfera luminiscente de más de quince metros de diámetro que una vez había sido usada para almacenar a los clones especímenes derivados de los tejidos celulares del científico Tiroliano, Zor. De las trescientas y pico de víctimas del secuestro, sólo setenta y cinco habían sobrevivido a la experiencia. Estos hombres, mujeres, y niños estaban flotando sin peso en la cámara gaseosa ahora, mientras los Maestros contemplaban desapasionadamente. Había llegado la hora de someter a uno de los prisioneros a un sondeo

cerebral xilónico para determinar no solo la composición psicológica de los humanos, sino para averiguar su involucramiento con la Protocultura también.

A la orden de los Maestros un rayo antigravedad recuperó uno de los machos terrícolas inanimados y lo transportó a la mesa de sondeo mental, una plataforma circular algo así como una mesa de luz, iluminada por el sistema de circuitos interno de sus numerosos dispositivos de exploración. El sujeto era un joven técnico, todavía en uniforme, su bien parecida cara una máscara de muerte. Él fue cuidadosamente colocado supino sobre la superficie transparente de la plataforma por el rayo antigravedad, mientras que los Maestros se colocaban en la consola de control de la mesa, un aparato semejante a un tazón ligeramente más grande que el escáner xilónico, su borde una serie de almohadillas de activación sensibles a la presión.

“¿Pero podremos extraer la información que deseamos de lo que es indudablemente un ejemplo inferior de la especie?” Bowkaz sugirió a sus compañeros. Su elección se había basado en el hecho que éste vestía un uniforme de las Fuerzas Terrestres; había habido prisioneros de rango más alto, pero habían expirado en tránsito.

“Al menos seremos capaces de determinar la profundidad de su confianza en la Protocultura,” Dag replicó.

Seis manos arrugadas fueron puestas sobre las almohadillas sensoras; la voluntad combinada de tres mentes dirigía el proceso de exploración. Imágenes de rayos X y esquemáticos internos del humano eran mostrados en la pantalla central de la consola de control.

“Su desarrollo evolutivo es más limitado del que pensábamos,” Shaizan comentó.

Cuando las sondas fueron enfocadas en los centros de memoria cerebrales, imágenes de vídeo reemplazaron los gráficos de montaña rusa; estos así llamados esquemáticos mnemónicos traducían en realidad los pulsos cerebrales electroenográficos a longitudes de onda visuales, permitiendo a los Maestros ver el pasado del sujeto. Lo que se ejecutó en la pantalla del monitor circular fueron escenas que eran cierta extensión arquetípica humana: recuerdos preverbales de la infancia, recuerdos de la vida

escolar, entrenamiento de cadete, momentos de amor y pérdida, belleza y dolor.

Los Maestros tenían pocos problemas entendiendo las imágenes de entrenamiento e inducción jerárquica, pero estaban menos seguros cuando las escenas contenían cierta medida de contenido emocional.

“Estructura de comando poco eficiente y sistema de armas grotescamente primitivo,” Bowkaz ofreció, cuando recuerdos militares salieron a la superficie.

Ahora una imagen efímera de una corrida por un campo de hierbas verdes y altas de la Tierra, una compañera junto a...

“¿Es esta la contraparte femenina del espécimen?”

“Muy probablemente. Nuestros estudios previos han mostrado que los dos sexos se entremezclan bastante libremente y que los terrícolas aparentemente seleccionan compañeros específicos. Creo que estamos viendo un ejemplo de lo que puede ser aludido como el ritual del cortejo.”

“Un patrón de comportamiento barbárico.”

“Sí... La especie se reproduce a través de un proceso de parto autónomo. No hay evidencia de ingeniería biogenética de ninguna clase.”

“Al azar... tonto,” murmuró Dag.

“Pero algo sobre ellos es aprensivo,” dijo Shaizan. “No es de extrañar que los Zentraedi fueran derrotados.” Él alzó sus envejecidas manos de las almohadillas sensoras, efectivamente desactivando la sonda.

El joven cadete sobre la mesa se sentó, aparentemente no afectado y despierto; pero no quedaba vida en sus ojos: sea cual fuera alguna vez su identidad individual había sido sacada de él por la sonda de los Maestros, y lo que quedaba estaba vacío de consciencia, como una mano limpiada de las huellas digitales y las líneas, esperando ese primer pliegue y flexión...

“Hay poca oportunidad de usar a estos seres para pilotear nuestros Bioroids,” Bowkaz pronunció. “El solo proceso de exploración ha destruido gran parte del sistema nervioso de este individuo. Necesitaremos reacondicionar a cada uno de ellos para satisfacer nuestro propósito...”

Pero si esta parte de su plan estaba frustrada, era al menos alentador haber aprendido que no todos los humanos tenían conocimiento de la Protocultura, excepto desde el punto de vista de su aplicación al realce de la tecnología. Ellos aún no habían descubierto su verdadero valor...

“... Y esto es nuestra ventaja,” dijo Dag. “Ignorantes, ellos no se opondrán a que quitemos la matriz de la Protocultura de las ruinas de la fortaleza dimensional de Zor.”

“Pero debemos impedirles que lleven a cabo estos ataques contra nosotros. ¿Se podrá razonar con ellos?”

Bowkaz frunció el entrecejo. “Pueden ser amenazados.”

“Y fácilmente manipulados... siento que ha llegado la hora de pedir una nave de rescate.”

“Pero estamos tan cerca de nuestra meta,” Dag se opuso.

Shaizan miró a su compañero. Había un elemento inconfundible de impaciencia en la actitud de Dag, seguramente un contagio diseminado por los terrícolas a los que se les había permitido explorar la fortaleza. O tal vez por los mismísimos especímenes que los Bioroids había traído. Mayor razón para abandonar la superficie del planeta tan pronto como fuera posible.

“Ha llegado la hora de que activemos a Zor Prime y lo insinuemos entre los humanos. El clon se asemeja tanto a ellos que lo aceptarán como uno de los suyos.”

Bowkaz concurreó. “Lograremos un propósito doble: implantando un neuro sensor en el cerebro del clon, seremos capaces de monitorear y controlar sus actividades.”

“¿Y en segundo lugar?” Dag preguntó ansioso.

“La realización de nuestro plan original para el clon: a medida que la contaminación lo vaya tomando, las imágenes nerviosas de Zor serán despertadas. Y una vez que eso ocurra, no sólo sabremos precisamente dónde ha sido ocultado el dispositivo de la Protocultura, sino exactamente cómo opera.”

Shaizan casi llegó a sonreír. “El Invid será detenido y la galaxia será nuestra una vez más.”

Bowkaz miró al sujeto humano, luego la esfera estasis misma. “¿Y qué hacemos con éstos?” él preguntó a sus compañeros.

Shaizan volvió su espalda. “Destruirlos,” él dijo.

“El espécimen está en posición y el eliminador de protón está listo,” reportó el técnico del bio-laboratorio.

El Comandante Leonard se acercó a la ventana de observación de permaplas y dio una última mirada al androide alienígena. Éste había sido extendido sobre su espalda en una plataforma central al enorme tanque de saneamiento. Curiosamente, alguien en forense había pensado en volver a vestir a la cosa disecada con su uniforme. Por ende, esta disposición rutinaria estaba comenzando a sentirse más como una vigilia que algo más, y a Leonard no le gustaba eso ni un poco.

La cámara de saneamiento se asemejaba al barril sellado de un revólver enorme, su superficial interior curva un conjunto de puertos circulares vinculados por conductos a tanques de químicos depuradores o aceleradores de rayos de partículas. Nadie había esperado que el comandante supremo hiciera una visita casual, y sólo era la ocurrencia la que explicaba su presencia —él y su comitiva habían estado en el área y el Coronel Fredericks de la PMG lo había invitado a testificar el proceso. Rolf Emerson también estaba presente.

Leonard estaba poco más o menos listo a dar al técnico la señal de proceder, cuando la Teniente Sterling entró corriendo, instándole a esperar, instándole a que no de la señal.

“Comandante,” ella dijo sin aliento. “No puede sólo destruirlo. Él debe ser regresado a su gente. Tal vez podamos negociar—”

Leonard aún estaba ardiendo por las interrupciones de Dana en la presentación del informe, así que él giró hacia ella ásperamente ahora, gesticulando hacia la forma sin vida en el tanque. “¡Es una pieza no pensante de protoplasma aún cuando estaba viva, Teniente! ¡¿En realidad cree que los alienígenas negociarían por esto?!”

Rolf Emerson estaba listo a sacar a rastras a Dana antes que ella pudiera responder, pero ella ignoró su mirada iracunda, hasta levantó su voz un poco. “¿Por qué ‘piezas no pensantes de

protoplasma' se molestarían en tomar rehenes humanos, Comandante? ¡Responda eso!"

Leonard cejó y miró a su alrededor, preguntándose si alguien sin una autorización había oído el comentario de Sterling. Fredericks comprendió, y se colocó detrás de Dana, suavemente tomando asidero de sus brazos.

"¡Suélteme!" Dana dijo por sobre su hombro.

Fredericks retrocedió, luego dijo en tonos bajos: "Cálmese, Teniente. No se tomaron rehenes ayer, sólo hubo bajas. Y en todo caso, este asunto no tiene nada que ver con usted."

"¡Activar!" Dana oyó al comandante decir. Él se había vuelto, las manos cruzadas detrás de su espalda, dibujada la silueta contra la ventana de observación ahora cuando un destello de luz brillante desintegraba el cadáver alienígena. Enseguida productos químicos fluyeron de dos puertos quitando cualquier rastro remanente de tejido.

Dana quedó inmóvil; indiferente a Leonard cuando él la empujó con los hombros al pasar, desechándola. Fredericks y Emerson se acercaron a ella.

"Ya, Teniente," el coronel de la PMG empezó siniestramente.

"¡¿Quítame sus manos de encima?!" Dana dijo a gritos, liberándose de su puño.

Rolf se colocó frente a ella. "Dana," él dijo, controlado pero obviamente furioso, "considerando su historial, se arriesga mucho viniendo aquí de esta manera. Usted sabe que el castigo por insubordinación es severo –y no piense ni por un momento que intervendré en su favor."

"¡Sí, por supuesto. Señor!"

Rolf se ablandó algo. "Créeme, comparto tu preocupación que el Comandante Leonard ha sido demasiado resuelto en este asunto, pero no estoy en posición para debatir sus acciones y tampoco tú. ¿Está claro?"

Los labios de Dana eran una línea delgada. "Claro, señor," ella dijo tiesamente. "Claro como el día."

El 15to, al igual que muchos de los otros escuadrones del ATAC, había sido asignado al deber de limpiar el terreno de restos del enemigo. Había secciones de Ciudad Monumento no tocadas por el ataque reciente, pero esto estaba más que compensado por la devastación en otra parte. Sin embargo, todo seguía igual para los civiles: gracias a la Robotecnología, la reconstrucción no era la tarea que hubiera sido veinte años atrás, aunque había relativamente pocas unidades mecha asignadas a la construcción. Muchos se admiraban de cómo Macross había podido reconstruirse tan a menudo sin la ventaja de las técnicas y materiales modernos, sin mencionar las innovaciones de diseño modular. Uno oíría historias sobre Macross constantemente, comparaciones y tales cosas, pero lo que siempre surgía era un sentido de nostalgia por las maneras más viejas y crudas, nostalgia por un cierto espíritu que se había perdido.

La generación de Dana no veía las cosas de esa manera, sin embargo. De hecho, ellos sentían que Monumento tenía más espíritu que cualquiera de sus prototipos. Mientras que la generación de Hunter se había educado durante una era de guerra – la Guerra Civil, luego la Robotech– Dana y sus pares habían disfrutado casi veinte años de paz. Pero ellos habían sido criados para esperar la guerra, y ahora que ella estaba aquí, ellos simplemente hicieron su parte, luego regresaron a las búsquedas hedonistas que siempre los habían gobernado y provisto de un equilibrio necesario a las predicciones oscuras de sus padres y ancianos.

De este modo, las operaciones de limpieza eran normalmente excusas para fiestas en grupo. Los civiles dejaban los refugios y empezaban a festejar tan pronto pudieran, y los miembros más jóvenes del Ejército de la Cruz del Sur eran tan fácilmente distraídos y seducidos...

“¡Date prisa, Bowie!” Dana gritó sobre su hombro, mientrasladeaba su Hovercycle en un giro.

Bowie estaba a unos seis cuerpos detrás de ella, con poder suficiente para alcanzarla, pero falto de ánimo. Ella lo había persuadido engañosamente de escabullirse de la patrulla para tomar unos cuantos tragos rápidos en el club que él frecuentaba cuando

tenía permiso. Era un truco loco para cometer, pero Dana era inmune a sus advertencias. Cuál es la diferencia, ella le había dicho. El Alto Mando nunca escucha una palabra de lo que tengo que decir de todos modos, ¿así que por qué debería escucharlos?

Oh, él había concordado con ella, pero como siempre ella lo superaba.

“¡Hey, ve más despacio!” él le rogó desde su motocicleta. “¿Estás loca o qué?”

Era una pregunta tonta para preguntar a alguien que acababa de abandonar la patrulla, así que Bowie simplemente sacudió su cabeza y dio al mecha más poder.

El club (llamado Pequeña Luna, un término afectuoso para el Satélite Fábrica Robotech que había estado en órbita geosincrónica hasta la llegada de las naves alienígenas) estaba SRO (solamente se podía estar de pie) para cuando Dana y Bowie llegaron; estaba atestado en la pista de baile y más apretado que en los demás lugares. Pero Bowie disfrutaba de cierto prestigio porque tocaba allí muy a menudo, y no pasó mucho tiempo antes de que tuvieran dos asientos en la barra.

“Dame una botella de su mejor whisky escocés,” Dana dijo al cantinero. Ella le pidió a Bowie unírsele, pero él se rehusó.

“No sé lo que te está molestando,” él dijo, “¿pero no crees que podrías estar tratando esto de la forma equivocada? Me refiero a que, lograr que te metan al calabozo no probará nada—”

Dana lo acalló poniendo su mano sobre su boca. Su atención estaba remachada en alguien que acababa de aparecer en el escenario.

“Señoras y caballeros, muchachos y niñas, ricos y pobres,” el disc jockey anunció. “¡George Sullivan!”

Bowie hizo aun lado la mano de Dana y se inclinó alrededor de ella. Sullivan estaba haciendo una rápida reverencia para la multitud. Él era un hombre apuesto en sus tempranos treinta y bastante conservador además. Bien afeitado y de apariencia sana, él llevaba su cabello castaño ondeado en un tipo de jopo arcaico, y gustaba lucir fraques con solapas de terciopelo. Bowie nunca pudo comprender su encanto, aunque cantaba bastante bien.

“¡Qué atractivo!” Dana comentó.

Bowie hizo una mueca. “Tocamos juntos a veces.”

“¿Tú tocas con ese bombón? Bowie, debí haber viniendo a este club contigo hace mucho tiempo.”

Dana estaba demasiado preocupada para notar el encogimiento de indiferencia Bowie. “Es un recién llegado.” Sullivan había divisado a Bowie y estaba dejando el escenario y dirigiéndose hacia la barra, manoseado por algunos de los más mayores. “Viene hacia acá,” él le dijo a Dana serenamente. “No hagas un papelón.”

Los ojos de Dana chispearon cuando Sullivan estrechó la mano de Bowie. “Me alegra que hayas venido, Bowie,” Dana le oyó decir. “¿Te gustaría acompañarme en ‘It’s You’? Estoy teniendo algunos problemas con mi imagen romántica.”

Dana pensó que él era aún mejor parecido de cerca. Y olía maravillosamente. “Es difícil de creer,” ella dijo con voz aflautada.

Sullivan giró hacia ella. “¿Nos conocemos?” él dijo molesto.

“Esta es la Teniente Dana Sterling, George,” dijo Bowie.

Sullivan la miró con fijeza: ¿sus ojos se entrecerraron con interés justo entonces, o me lo imaginé? Dana se preguntó. Él extendió el brazo para tomar su mano. “Es un placer,” ella dijo, refrenándose de darle el apretón de manos masculino que ella estaba acostumbrado a dar.

“El placer es mío,” dijo Sullivan, algo demasiado enérgicamente. Él sostuvo la mano de ella más tiempo del que tenía que hacerlo, comunicando algo con sus ojos que ella no pudo sondear.

Los tres Maestros estaban de pie frente a una pared curva altísima de luces estroboscópicas y esquemáticos centelleantes. Sus manos extendidas hacia las almohadillas sensoras de una consola de control.

“Los vectores están coordinados,” dijo el número tres. “Listos para interferir la red de comunicaciones de los Micronianos.”

“¡Comencemos inmediatamente!” dijo Shaizan, dándose cuenta demasiado tarde de la urgencia implicada por su tono. Bowkaz le preguntó por ello.

“¿Es esto impaciencia? ¡Ahora estás comenzando a dar muestras de contaminación!”

Shaizan gruñó ligeramente a través de dientes vestigiales y apretados, amarillos por la edad y el desuso.

“Suficiente,” dijo Dag, poniendo un fin rápido a la discusión. “Comiencen interferencia...”

Desde su despacho en Los Cuarteles Generales de la Tierra Unida, el Comandante Leonard hablaba con el primer ministro de la República vía vídeo teléfono. Un politiquero de bigotes blancos quien había trabajado al igual que Leonard para T. R. Edwards, el Presidente Moran vestía su insignia de oficial en su pecho derecho, y su arma de mano enfundada. Él había aprendido tácticas de Edwards, y eso lo hacía un hombre peligroso en realidad.

“Su Excelencia,” Leonard dijo respetuosamente, “debemos esperar hasta saber más sobre los alienígenas antes de lanzar un golpe preventivo. Francamente, mi personal está dividido—”

“La decisión final es por supuesto suya,” el presidente interrumpió. “Pero espero que comprenda que se está volviendo cada vez más difícil para mí defender su inacción. Si no es capaz de ello...”

Leonard trató de mantener sus emociones refrenadas cuando Moran dejó su amenaza inconclusa. “Entiendo mis obligaciones para con el consejo,” él dijo tranquilamente.

La cabeza de Moran asintió en el campo del monitor. “Bien. Espero que usted coordine sus planes de ataque cuanto antes.”

La imagen de la pantalla se desvaneció y Leonard pasó una mano por su cara en señal de frustración. ¡Maldigo a Edwards por dejarme para esto! él se dijo.

Pero repentinamente la pantalla estaba viva de nuevo: Leonard abrió sus ojos para ver barras de estática ondulantes y líneas de contorno multicolores. Entonces apareció una voz anexa a las oscilaciones —de tono alto y sintetizada, sin embargo su mensaje era claro.

“Consideren esto una advertencia final,” ella empezó.
“Interfieran con nuestros intentos para dejar este planeta y
enfrentarán la extinción.”

Una segunda amenaza en el mismo número de minutos.

La pantalla del monitor se puso deslumbrantemente blanca.

Capítulo 9

Cualquier evaluación de la herencia de T. R. Edwards debe tomar en cuenta las estructuras feudales que sus programas sociales y políticos fomentaban. No es suficiente decir que el Consejo estaba organizado según lineamientos feudales; las convenciones y costumbres humanas como a menudo reflejaban la naturaleza del cuerpo gobernante como influencia de este. El feudalismo gobernaba, como doctrina política y espíritu de los tiempos, desde el gobierno hasta el grupo de votantes.

*“Jefes Supremos,” Historia de la Segunda Guerra
Robotech, Vol. CXII*

Dana y Bowie pasaron dos horas en el club –dos maravillosas horas para Dana, hablando con George, escuchándolo cantar. Él ejecutó una mezcla de canciones antiguas, incluyendo varias de Lynn-Minmei que estaban disfrutando actualmente de un renacimiento. Ella estaba sentada al piano, la barbilla descansando en sus manos cruzadas, mientras Bowie tocaba y la audiencia aplaudía. Y George cantaba para ella. En lo venidero él quería saber todo sobre ella – Bowie, ese estimado, a menudo le había hablado a él de ella– pero él quería saber más. Todo sobre sus misiones con el 15to, especialmente la más reciente, cuando ellos habían sido responsables por derribar la fortaleza alienígena. Él la dejó continuar y continuar –tal vez demasiado lejos debido al whisky escocés que ella había consumido. Pero se había sentido tan bien soltar todo eso, hablar con alguien que estaba intensamente interesado en su vida. En realidad, él apenas habló de sí mismo en

modo alguno, y eso era desde luego algo que lo separaba de la mayor parte de los hombres que ella conocía.

Ella estaba montada en su Hovercycle ahora, esperando que Bowie se despidiera y se le uniese para el viaje de regreso a los cuarteles. De regreso al mundo real. Sin embargo, era un mundo diferente del que ella había contemplado sólo horas atrás; fresco y revivido, repentinamente lleno de posibilidades ilimitadas.

Bowie apareció y balanceó una pierna sobre su ciclomotor.

“No puedo quitarme esa última canción de mi mente,” Dana le dijo, estrellas en sus ojos. “Te he oído mencionar a George antes, ¿pero por qué no me habías dicho que era tan especial?”

“Porque realmente no lo conozco tan bien,” Bowie dijo. “Es muy reservado.” Él activó su ciclomotor y se sujetó mientras se calentaba. “Es mejor que nos pongamos en marcha.”

“¿Va a actuar aquí de nuevo?” Dana quiso saber.

“Sí, él actuará en conjunto más tarde esta noche,” Bowie retornó ausentemente. Entonces él notó que Dana había apagado su ciclomotor.

“Dana...”

Ella estaba regresando al club. “No te preocupes por mí. Sólo quiero decirle buenas noches. Vete. Te alcanzaré más tarde.”

Bowie suspiró, exasperado, sin embargo él tenía pocas dudas de que ella lo alcanzaría.

Dana ingresó por la entrada del escenario esta vez, notando dentro que algún cómico había alterado el letrero sobre la puerta – en vez de leerse EXIT DOOR, se leía ahora EXEDORE. La porción posterior del edificio era compartida por un almacén adyacente, y había numerosos embalajes apilados acá y allá, y muy poca luz. Dana llamó a George en la oscuridad, y se dirigió hacia esa luz magra que ella discernía. Finalmente ella oyó el parloteo de las teclas de un teclado y se acercó.

Era un cubículo pequeño, brillantemente iluminado, con una cortina de paño como entrada, y aparentemente servía de camarín y oficina. George estaba sentado al escritorio, tipeando datos en una terminal de computadora portátil. Ella dijo su nombre, pero él estaba obviamente demasiado compenetrado en su tarea para oírla. Así que ella esperó en silencio en la puerta, preguntándose en qué

podría estar trabajando tan diligentemente. Líricas de canciones, quizá, o un relato detallado de las dos horas que ellos acaban de pasar juntos...

Dana miró de nuevo a la unidad portátil. Había algo familiar sobre ella... Entonces ella notó la pequeña insignia: la columna aflautada sobre el círculo atómico... ¡el emblema de la Policía Militar Global!

Reflexivamente ella contuvo su aliento y retrocedió fuera de la vista, esperando no haber delatado su presencia. George se había detenido. Pero entonces ella lo oyó decir: “Como lo pensaba... Yo sospechaba que la fortaleza enemiga tenía una debilidad en el casco exterior.”

Líricas bastante extrañas, pensó Dana.

Cautamente, ella escudriñó el interior de la habitación una vez más. ¿No había visto ella a alguien, o George estaba hablando consigo mismo? En realidad, él estaba solo y un momento más tarde expresó –su peor miedo:

“Ahora si sólo pudiera sacar un poco más de información de la encantadora Teniente Sterling, quizá seré capaz de poner mis teorías a prueba.”

Un relato detallado de sus dos horas, como no, Dana dijo para sí. Sullivan era un espía de la PMG. ¡Y lo que esos doble negociantes no podían sacar del Cuartel General, esperan saberlo por ella! ¡Y ella les había dicho! Todo lo referido a la incursión en la fortaleza, la misión de reconocimiento, la red de biogravedad...

George murmuró algo, luego la sorprendió aún más cuando lo oyó decir: “¡Oh, Marlene, si sólo estuvieras aquí!”

Ella podría haber entrado en ese momento si el director de escena no hubiera aparecido en la puerta opuesta. “Cinco minutos,” él dijo a Sullivan.

Sullivan agradeció al hombre y cerró la computadora.

Dana retrocedió y corrió hacia la puerta de salida, su mano en su boca.

Los Maestros estaban complacidos consigo mismos, aunque cada uno fue ahora cuidadoso en evitar cualesquiera exhibiciones que podrían ser interpretadas como emocionales.

“¿Escucharán nuestra advertencia?” Dag preguntó en voz alta.

“No creo que sean tan tontos como para ignorarla,” dijo Bowkaz. Él había sido su voz con el Comandante humano.

Shaizan gruñó. “Todas nuestras preguntas serán respondidas pronto.”

“Ha llegado la hora de avisar a la flota.”

Seis manos se extendieron hacia delante hacia la consola.

Dag quitó sus manos por un instante, rompiendo su enlace con el comunicador. “Su comportamiento durante las próximas horas indicará si tenemos algo más que temer de ellos,” él dijo oscuramente.

“¿Dónde ha estado?” Angelo Dante dijo cuando Dana ingresó como un tornado en los cuarteles del 15to. El equipo estaba reunido en la sala de recreación, hablando de tácticas y engullendo comidas. Dana había oído bocinas de advertencia cuando ella entró al complejo, pero no tenía idea de lo que comunicaban.

“La hemos estado buscando por todas partes, Teniente,” de Sean ahora. “¿Dónde ha estado?”

“No pregunten,” Dana les dijo ásperamente. “Sólo díganme qué está sucediendo –¿estamos enlistados para patrullar de nuevo?”

“Mañana por la mañana,” el sargento explicó. “Parece que otra nave enemiga está en camino hacia la Tierra, probablemente para intentar reunirse con la fortaleza en tierra. El alto mando nos quiere allí en el terreno para que los encontremos.”

“Ellos ya han enviado a Marie con una comité de bienvenida de interceptores del TASC,” Sean agregó. “Por supuesto ellos parecen olvidar que no tenemos modo de combatirlos hasta que los brillantes muchachos de análisis de datos nos den algo de información.”

Dana tragó su sorpresa inicial y sonrió para sus adentros.

“Sean, ya me he hecho cargo de eso. Sé dónde conseguir toda la información que necesitamos.”

Todos quedaron congelados, en medio de la acción, esperando que ella terminase.

“Es cierto. Tengo una vía para conseguirla directamente de la PMG.”

“¿Qué saben ellos que nosotros no?” Louie le preguntó. “Nosotros somos los que derribamos esa nave en primer lugar.”

“¿Pero cómo sabemos que ellos no aprendieran nada de ese piloto de Bioroid?” Dana indicó. “Encuentro terriblemente extraño que él haya espirado, así como así.” Ella chasqueó sus dedos. “Ellos saben algo que no nos están diciendo. Quizá hasta estén ocultando algo en el cuartel general. ¿Por qué más Fredericks se habría aparecido en el tanque de eliminación? Se los digo, la PMG está detrás de esto.”

“Aún si tiene razón,” Angelo dijo lleno de sospechas, “¿usted y qué ejército accederán a esos datos?”

“Esos archivos son secretos máximos, sólo para ver,” Louie se apresuró a agregar.

“Vamos,” Dana rió, levantando sus manos. “Denme algo de crédito, muchachos. Uno de sus agentes principales está trabajando para mí –sin su conocimiento, por supuesto.”

Ello fue suficiente para callar a Angelo y ladear los anteojos de la nariz de Louie. Bowie y Sean sólo la miraban fijamente.

La canción regresó a ella mientras acogía sus miradas.

Siempre pienso en ti
Sueño contigo tarde en la noche
¿Qué haces
Cuando apago la luz?

Espías para la PMG, desalmado, Dana se respondió y a la canción. Pero ahora eres tú quien está perdido, George Sullivan...

A la mañana siguiente (mientras Dana derramaba con abundancia sentimientos románticos por George, decidió que “Marlene” era probablemente alguna cantante de rock envejecida que utilizaba demasiado maquillaje, e ideaba un plan para ponerle

las manos encima al afable de Sullivan), la unidad TASC de la Teniente Marie Crystal atacó a la fortaleza que se había separado de la flota alienígena para reunirse con su gemela derribada. Transportadores espaciales de carga modificados habían liberado a los Leones Negros al filo del espacio y el asalto estaba montado con una ausencia de los exámenes preliminares usuales.

Leonard, Emerson, y los jefes de coyuntura monitoreaban el ataque desde la sala de guerra en los Cuarteles de Defensa.

“¡Les estamos dando con todo lo que tenemos, pero les resbala como el agua a un pato!” Leonard oyó al Teniente observar por la red de comunicación.

Él se habría sorprendido de oír algo diferente; sin embargo, esta era una ocasión en la que el presidente no tendría la oportunidad de acusarlo de inacción. Había cierta esperanza prematura en que el escuadrón de Crystal podía derribar la fortaleza como Sterling lo había hecho la primera vez, pero aparentemente los alienígenas eran rápidos para aprender y no iban a repetir errores: aún si los Leones Negros lograban desarmar los escudos defensivos de la fortaleza descendente, ellos encontrarían el puerto del reactor de biogravedad sellado e inaccesible. Y, como el General Emerson había sido rápido para señalar, tener una segunda fortaleza estrellada en la Tierra no era exactamente óptimo en todo caso. Mejor que dejarles recuperar su naufragio, Leonard dijo para sí mismo mientras estudiaba los esquemáticos en el tablero de situación.

Leonard estaba tratando duramente de no pensar en el mensaje que había sido enviado a través de su monitor más temprano aquel día, y se había medio convencido de que era una alucinación o el resultado de alguna conspiración tramada por el ala de Emerson del estado mayor que quería ponerlo a él en desacuerdo con el Consejo del Presidente Moran.

“El grupo de asalto reporta daño limitado a la superestructura de la nave,” un controlador reportó ahora, “pero los escudos de fuerza del enemigo permanecen intactos y operacionales.”

“El ataque no está teniendo ningún efecto, Comandante,” Emerson dijo airadamente.

Leonard adoptó el mismo tono. “Entonces destruiremos la nave

estrellada antes de que esta otra pueda llegar a salvarla.”

Emerson sonrió falsa e irónicamente. ¿A quién engañaba el comandante? Tal vez él estaba pronunciando estos absurdos para la posteridad, Rolf pensó. Leonard tenía la idea correcta, ellos dirían. Leonard hizo todo lo que pudo. Excepto por el hecho que todos sabían que la destrucción de cualquiera de las fortalezas no estaba dentro de su poder. Sin embargo, las unidades Tácticas Blindadas serían desplegadas para poner en evidencia las grandiosas mentiras de Leonard.

O al menos morir en el intento.

Dana le había pedido a Bowie que averiguase dónde vivía George. Su amigo encontraba difícil de creer que ella pudiera pensar en el amor en un momento como este (lujuria fue el término que él en realidad usó), pero él cedió y cumplió. Ella lamentaba tener que mantenerlo a oscuras sobre su plan; sin embargo, ella no quería que él fuera a la batalla con nada más en su mente que no fuera lo absolutamente necesario.

Una vez más ella puso a Dante al mando temporal de la unidad y partió en su misión privada, rastreando a Sullivan desde su apartamento de bajo alquiler no muy lejos del ministerio de la PMG, hasta una colina herbácea en una zona prohibida en las afueras de la ciudad. Era un desafío tedioso, ya que George había optado por caminar hacia el lugar. Pero una vez que Dana estuvo segura de su destino, ella dio potencia a su Hovertank por los caminos alternativos que llevaban hacia la colina y llegó poco después de que él lo hiciera.

Él estaba parado debajo de tal vez el único árbol de sombra en la línea de cerros, su portafolio computadora sostenido en su mano izquierda. “¿Qué diablos estás haciendo aquí?” él dijo, cuando ella lo llamó desde la cabina del mecha. “¿No deberías estar con tu escuadrón o algo por el estilo?”

“No podía soportar estar lejos de ti más tiempo,” ella le dijo dramáticamente. “Y esperaba poder conseguir que te unieras a mi

equipo... ¿a menos que tengas que reportarte a la PMG?”

George se apartó del mecha como si él hubiera sido golpeado. Dana desmontó y le dijo que no se preocupara sobre ello –su secreto estaba a salvo con ella.

“Pero tú me usaste,” ella dijo, no disimulando la herida en su voz. “Y quiero saber por qué. ¿Qué estás tratando de probar?”

La cara de Sullivan registró furia. “No estoy tratando de probar nada.” Entonces él cerró sus ojos por un momento y sacudió su cabeza. “Muy bien,” él dijo después de un momento. “Pero nunca le he dicho esto a nadie.”

Dana se mantuvo en silencio mientras él explicaba. Su hermana había sido una baja de la primera incursión alienígena en Ciudad Monumento, y Sullivan, entonces un técnico del Ministerio de Defensa del Cuartel General, se culpaba por su muerte –él había olvidado recogerla después de la escuela y ella se había visto atrapada en el ataque esperándolo.

El tipo de historia que Dana había oído muy frecuentemente y a la que se había vuelto un poco habituada, a pesar de la simpatía que ella sentía por él. Uno habría culpado a la casualidad o al destino, ella se dijo mientras Sullivan continuaba.

Él había desertado de su puesto para visitarla en el hospital y –aunque severamente quemada y no se esperaba que pasase la noche– ella había dicho el nombre de él como si nada hubiera sucedido, no asignándole ninguna culpa y preocupada porque él pronto estaría solo en el mundo entero. Allí fue cuando la policía militar se había hecho presente; ellos habían venido a arrestarlo, pero cuando ellos entendieron lo profundo de su pesar comprendieron que él era alguien que ellos podían usar para sus propios propósitos. Él había estado con ellos desde entonces, jugando a ambos lados de la cerca siempre que podía.

“Así que has estado librando una campaña de un solo hombre contra los asesinos de tu hermana,” Dana dijo cuando él terminó.

“Siempre que pueda,” él le dijo.

“Dime una cosa: ¿la PMG tiene nueva información sobre las fortalezas –lugares vulnerables o debilidades, algún lugar en el que pudiéramos golpearlos e incapacitarlos?”

George asintió gravemente, consciente que estaba rompiendo su

juramento de seguridad. “Sí. Tenemos razones para creer sí la tenemos.”

“¿Y está en esa computadora tuya?”

De nuevo él asintió.

Dana sonrió y tomó su mano. “Pues bien, démosle buen uso a lo que has aprendido.” Ella lo llevó de regreso al Hovertank y señaló con un ademán hacia el asiento trasero descubierto. “Con tus datos y mi poder de fuego, podemos despedir a estos invasores alienígenas.”

Con discos de aniquilación lloviendo sobre ellos desde todos lados, el 15to estaba arrojando todo lo que tenía contra el enemigo, a menudo con buen resultado cuando se trataba de derribar tríos de Bioroids en sus Hoversled (especialmente en la ausencia de Dana), pero ineficazmente desde el punto de vista de su objetivo primario – la mismísima fortaleza. Los reportes del cuartel general indicaban que al equipo León Negro de Crystal no le había ido mejor con la nave entrante, ahora visible en el cielo lleno de explosiones sobre la línea de cerros.

“¡Estos sujetos son pequeños demonios resbaladizos!” Sean dijo por la red. “¿Qué se necesita para atraparlos?”

“Mantén tus ojos abiertos y te mostraré,” Dante respondió.

Ambos tenían sus mechas en modo Gladiador, sus cañones vomitando descargas cerradas tronadoras sin disminución.

Dante regló su arma y voló uno de los Bioroids aerotransportados en pedazos, poco después de que éste desatara un disparo que logró derribar el tanque de Sean.

“¿Está todo bien?” Dante preguntó cuando Sean enderezó la cosa.

“Viviré, si a eso te refieres.”

“Estaba hablando sobre el tanque,” el sargento le dijo.

Esto de un tipo que él una vez había comandado, Sean murmuró para sí. “Gracias por su preocupación, Sargento.”

Entonces de repente el Valkyria de Dana estaba en medio de

ellos, por raro que parezca con un pasajero civil en el asiento trasero descubierto. Bowie identificó al extraño para el equipo y la red táctica fue sólo comentarios detestables durante un minuto más o menos. Sean metió la última palabra: “¡Oiga Teniente, no sabía a que usted le gustaba las anormalidades vibrantes!”

“Sólo corten la charla y denme algo de cubierta,” Dana ordenó.

A todo marcha, su tanque se estaba dirigiendo directamente hacia la fortaleza, inmutable en presencia del fuego antiaéreo que éste recibía de tropas de Bioroid resistiendo el perímetro. Sean la observó ir aerotransportada cuando el tanque coronó una pequeña elevación a menos de cien metros de la nave, luego la perdió entre los destellos cegadores de luz de plasma que Alphas y Halcones estaban vertiendo contra el escudo defensivo de la fortaleza.

Un trío de Hovercrafts perseguía a Dana mientras ella deslizaba rozando el tanque a través de la superficie blindada de la nave, discos de aniquilación pasando volando más allá la cabeza desprotegida de George mientras él estudiaba los datos de la computadora. Si su casco no hubiera sido esencial para armonizarse con el mecha, Dana se lo habría dado a él.

“¿No has coordinado los datos aún?”

“Sigue cambiando,” él gritó contra el viento.

“Sigue intentando,” ella lo instó, piloteando el tanque a través de cuatro sendas de fuego de discos.

Ellos ya habían hecho una pasada sobre la fortaleza y ella ahora viraba el tanque para una segunda, eliminando un hovercraft cuando completaba la salida. No había tiempo para centrar sus disparos y ella estaba apenada por ello; pero si la computadora de Sullivan hacía su trabajo, el fin haría más que justificar los medios. Dependiendo de las armas laterales del mecha, sus manos aferradas en el control semejante a un manillar y mecanismos de disparo, ella destruyó un segundo y tercer Bioroid.

Entretanto la segunda fortaleza estaba eclipsando el cielo sobre sus cabezas, amenazando intercalar su pequeña nave entre ella y la nave estrellada. Las unidades tácticas estaban disparando rondas de cañón contra su parte inferior enchapada, sólo añadiéndose a su predicamento cuando los proyectiles a menudo rebotaban y detonaban a lo largo del curso del Hovertank. Dana también había

notado Logans sobre ella antes de que la fortaleza bloqueara su vista; posiblemente los remanentes del escuadrón León Negro de Marie Crystal.

“El área vulnerable será expuesta cuando las fortalezas intenten un enlace de nave a nave,” Sullivan dijo por último. “¡Ese será el momento de golpearles!”

Dana levantó la vista, tratando de calcular cuánto tiempo les quedaba antes de que las fortaleza la convirtieran a ella y a su nuevo amor en un recuerdo. La superficie ventral de la nave era una vista fea, como la boca de una tecno araña a punto de devorarlos.

“Estoy enlazando la información directamente a tus computadoras de abordo, Dana. El descanso depende de ti.”

“Déjame a mí,” ella empezó a decir, acelerando el mecha a través de la brecha que se estrechaba formada por las dos naves. Pero repentinamente un Hovercraft había aparecido de la nada, haciendo llover guiones de energía sobre ella. Entonces un Bioroid bajó en picada desde su lado de babor, forzándola a acercarse peligrosamente a algún tipo de guante de radar, una pequeña montaña en el casco de la nave. Cuando ella viró para evitarlo, perdió a George.

Ella oyó su grito cuando él volaba fuera del asiento trasero descubierto, y levantó su cabeza girándola justo a tiempo para verlo ser atrapado con el puño metálico de un piloto de Hovercraft.

Dana giró violentamente, pero perdió de vista la nave alienígena. Pero Marie Crystal estaba en la red diciéndole que ella había visto la colisión posterior y tenía el enemigo directamente frente a ella.

Dana no pudo deducir qué estaba haciendo Marie en la brecha, pero ella no se detuvo a pensarlo. Ella se lanzó hacia delante y alcanzó los cielos abiertos de nuevo, buscando el Veritech en modo Logan de Marie.

Debajo de ella, uno de sus compañeros de equipo acababa de reconfigurarse de tanque a modo Guardián y desataba una descarga a uno de los trineos aéreos alienígenas. Dana tuvo una sensación de aprensión cuando trazaba la trayectoria del tiro: éste dio al Bioroid que sostenía a George, enviándolo carenando en un giro ardiente, y en un curso de colisión con el Guerrero de Marie.

Crystal rompió demasiado tarde, impactando contra el trineo fuera de control cayendo en una barrena propia. Dana no sabía a quién cuidar: al Bioroid que tenía a Sullivan o a Marie. Repentinamente el tanque que había disparado esa ronda fatal –el tanque de Sean– se estaba reconfigurando a Battloid, y saltando para atrapar la nave de Crystal. A pesar de su fascinación, Dana involuntariamente desvió sus ojos; pero cuando miró de nuevo, ambos Veritechs estaban razonablemente intactos.

Entonces de repente hubo una explosión a las nueve en punto. Ella giró, al tiempo que su mecha era mecido por las ondas de choque.

El Bioroid era historia.

Y George Sullivan estaba muerto.

Ella gritó su nombre y voló en la cara de la furiosa bola de fuego, deseando, esperando encontrar quien sabe que. Y mientras su tanque chamuscado emergía ella recordó sus últimas palabras hacia ella: El resto depende de ti.

Dentro de la fortaleza estrellada, los Maestros miraban una exhibición esquemática de su descendente rescatador, a unos cien metros sobre ellos ahora y ya extendiendo los arpeos y zarcillos que asegurarían el vínculo.

“Estamos listos,” Dag reportó.

Shaizan asintió con la cabeza ansiosamente. “Bien. Desplieguen al clon de Zor hacia sus defensas más fuertes... Debemos asegurarnos que sea convenientemente capturado por los Micronianos...”

Un momento Angelo Dante estaba sentado en la cabina del Gladiador haciendo todo lo posible letalmente, y lo próximo que supo fue que estaba volando por el aire, girando una y otra vez...

Él golpeó el suelo con un golpe que le quitó el aliento de sus pulmones y lo dejó inconsciente por un momento. Cuando el mundo se reenfocó, él reconoció lo que quedaba de su destrozado Hovertank, volcado sobre su costado y quemándose.

Dante se puso de pie, prometiendo destrozar a los alienígenas, aún cuando un Bioroid en trineo bajaba para la matanza. Era ese destellante asunto rojo, Angelo notó, ya fuera de sí y encarándolo de modo desafiante, el héroe que él había nacido para ser. Pero precisamente entonces una cosa extraña sucedió: una ráfaga precisa desde la fortaleza acertó en el Hovercraft, enviando al trineo y al piloto a estrellarse fieramente en los afloramientos escabrosos cerca de las líneas del frente de las Fuerzas de la Tierra.

Dante oyó un grito atonal de agonía salir de la nave cuando ésta caía.

“¡Derribaron a su propio sujeto!” un confundido Dante dijo en voz alta, figurando que él viviría para ver otro día después de todo...

Dana trataba de borrar la imagen ardiente de la muerte de Sullivan mientras piloteaba el Hovertank de regreso hacia la fortaleza una vez más. Esquemáticos de datos en una pantalla dividida estaban corriendo en paralelo a través de la pantalla del monitor de la computadora de objetivo de Valkyria, dirigiendo los sistemas de armas del mecha hacia las coordenadas que deletrearían fatalidad para la fortaleza. Y por como lucían las cosas, no quedaba mucho tiempo.

Con la nave de rescate sobre ella ahora, la fortaleza estrellada estaba en realidad elevándose, aún el objetivo de incontables ojivas de combate que estaban detonando inocuamente contra el casco de aleación –su compleja red de artillería de corto alcance en silencio– y aparentemente haciendo uso de todo el poder de reserva disponible para ello. La cordillera montañosa entera parecía estar siendo afectada por su despedida; un rugido ensordecedor llenaba el aire, y la tierra estaba retumbando, precipitando rocas y pizarras

pendiente debajo de aquellos peñascos antinaturales. Torbellinos masivos de grava y escombros giraban del lado de debajo de la nave ascendente, como si liberados de trampas colocadas una eternidad atrás.

Al Dana acercarse a las fortalezas gemelas, ella podía ver que cuatro paneles se habían abierto a lo largo del lado dorsal de la primera, revelando masivos conectores semejantes a enchufes, arreglados para aceptar fustes –resplandecientes como tubos de radio extra grande– que se extendían telescópicamente desde portales circulares en el ancla bulbosa y espinosa mostrada por la segunda.

“¡Más rápido!” Dana urgió a su Hovertank, la pantalla de la cabina destellando, las series paralelas de esquemáticos alineadas. Entonces el mecha estuvo repentinamente reconfigurándose a modo Gladiador, retropropulsándose a un alto abrupto, el cañón ya moviéndose transversalmente y ajustando su alcance. Habiéndose rendido a los dictados de la computadora, Dana no pudo hacer más que recostarse y rogar que haya llegado a tiempo.

Las fortalezas estaban unidas en un tecno apareamiento obsceno, una encima de la otra, ascendiendo y acelerando ahora, apenas una brecha de tres metros de ancho entre ellas.

El mecha de Dana disparó una vez, su rayo de energía hallando esa estrecha interface y detonando de frente contra el ancla de conexión. Por todas partes, luces de explosiones hicieron erupción desde el espacio vacío entre las naves, y la fortaleza superior pareció temblar, inclinarse, y desplomarse sobre su camarada.

Pero las naves continuaron elevándose.

“¡No puede ser!” Dana gritó por la red. “¿Por qué no funcionó?!” Mientras ella decía eso, sin embargo, ella sabía la respuesta. La computadora le estaba destellando su cálculo interno a ella, pero ella no necesitaba verificar dos veces la pantalla por lo que sabía en sus entrañas: ella había llegado tarde por una fracción de segundo y doscientos metros fuera del cono letal requerido.

Dana dio una última mirada a las fortalezas antes de que desaparecieran en las nubes y el humo de la batalla, un encuentro cercano del peor tipo.

Capítulo 10

Creo que yo sentía algo por el piloto alienígena aún antes de que Cochran se dirigiera a mí con los resultados de sus informes. Aún ahora no puedo decir dónde ese sentimiento se originó o a dónde mis pensamientos presentes están dirigidos. Sólo sé que el momento parecía lleno de importancia y de gran propósito; algo sobre el alienígena disparó un cambio en mí que está comenzando a ensombrecer mi vida entera.

*Del diario personal del General de División Rolf
Emerson*

El auto oficial del General Emerson (una Hoverlimosina negra con aletas posteriores grandes, una parrilla frontal clásica meramente decorativa, y un antiguo ornamento de capó alado) partió del estacionamiento del Ministerio un poco después de las tres en punto de la mañana siguiente al despegue de las fortalezas enemigas. Rolf iba en el asiento trasero, silencioso y contemplativo, mientras que su joven ayudante, el Teniente Milton, se sentía compelido a proceder con cautela. Ciudad Monumento se sentía como un pueblo fantasma.

Emerson había cubierto dos horas de sueño cuando la llamada de Alan Fredericks de la PMG lo había despertado: algo interesante había sido descubierto cerca del sitio de despegue –un piloto alienígena, vivo y aparentemente bien.

Rolf se preguntó qué estaría tramando Fredericks: él había llevado al alienígena al laboratorio de Miles Cochran, y aún tenía que informar al Comandante Leonard de su hallazgo. Con la

rivalidad corriendo alto entre la PMG y la facción militarista del estado mayor, la posición de Fredericks era sospechosa. Tal vez, sin embargo, esta era meramente la manera de los PMGs de compensar el trabajo malicioso y prejuizado que ellos hicieron en el primer piloto de Bioroid capturado. Emerson sabía cuando reutilizó su microteléfono combinado exactamente a lo que se estaría exponiendo pero sintió que el riesgo era justificado. Él le había pedido al Coronel Rochelle que se encontrara con él en el laboratorio de Cochran, luego pidió su automóvil.

“Esto va a parecer sospechoso, señor,” Milton le dijo por tercera vez. “El Jefe del Estado Mayor saliendo deprisa del Ministerio a mitad de la noche sin decirle a nadie a donde va.”

“Sé lo que estoy haciendo, Capitán,” Rolf dijo bruscamente, esperando poner fin al incesante fastidio del hombre.

“Sí, señor,” el teniente contestó, con malhumor.

Emerson ya se había vuelto de él para mirar fijamente por la ventana una vez más. Al menos espero saber lo que estoy haciendo, él pensó...

Rochelle, Fredericks, y Nova Satori ya estaba esperando en el laboratorio de alta tecnología de Cochran en las afueras de Ciudad Monumento. El mismísimo buen doctor, algo de un corsario que caminaba esa tierra de nadie entre la PMG y el Estado Mayor, estaba ocupado manteniendo al piloto de Bioroid vivo.

Emerson miraba fijamente al alienígena ahora desde el balcón de observación sobre una de las salas de CI del laboratorio. Cochran tenía al joven androide de rasgos de duende y apuesto sobre su espalda, un gotero intravenoso funcionando, una inserción traqueal en su cuello. El piloto estaba aparentemente desnudo bajo las sábanas, y rodeado por grupos de monitoreo y aparatos de exploración.

“Nuestro último prisionero murió por maltrato oficial,” Rolf estaba diciendo a los otros, su espalda vuelta hacia ellos. “Quiero estar seguro de que eso no sucederá de nuevo.”

“Sí, señor,” Fredericks habló en favor del grupo.

Rolf giró para enfrentar a los tres. “¿Quién lo encontró?”

Nova Satori, la atractiva teniente de cabellos negros y brillantes de la PMG, dio un paso hacia delante y ofreció un saludo. “Yo lo

hice, señor. En donde estaba la fortaleza.”

Las cejas de Emerson sobresalieron. “¿Qué estaba haciendo allí, Teniente?”

Satori y Fredericks intercambiaron miradas nerviosas. “Uh, ella estaba buscando a uno de nuestros agentes,” Fredericks dijo.

Emerson miró con dureza al coronel de rostro de halcón. “¿Y qué estaba haciendo precisamente uno de sus agentes allí?”

Fredericks aclaró su garganta. “Estamos tratando de determinar eso nosotros mismo, General.”

Satori narró su breve explicación, adrede manteniendo el nombre de George Sullivan fuera de ella. Pero era al cantante/espía a quien ella había estado buscando; más importante aún, la terminal que él había estado llevando cuando fue visto por último vez –algo que Dana Sterling habría estado en mejores condiciones de explicar. Nova había oído sonidos viniendo de uno de los Hovercrafts derribados y tras la investigación había descubierto al piloto alienígena. Él estaba ambulando entonces, pero colapsó poco después de ser tomado en custodia, como si alguien lo hubiese puesto repentinamente en modo pasivo.

“Y él parece hablar fluido en inglés,” Nova concluyó.

“Con mayor razón para dejar a Cochran manejar esto personalmente,” dijo Emerson. “Y a partir de este momento quiero una supresión de información absoluta con respecto al prisionero.”

Rochelle estaba diciendo poco, esperando a que Emerson terminase; pero ahora él se sintió compelido a agregar el asunto que lo había estado atormentando desde la llamada telefónica del general algunas horas antes. Era un privilegio de alguna clase estar incluido en la pandilla de Emerson, pero no si ello significase una corte marcial.

“¿General,” él dijo por último, “está usted proponiendo que mantengamos esto en secreto del Comandante Leonard?”

Satori y Fredericks estaban pendientes de la réplica de Emerson.

“Lo estoy,” él les dijo serenamente.

“¿Exactamente qué quiere que hagamos con el espécimen?” Fredericks preguntó después de un momento.

“Quiero que le hagan toda clase de pruebas que se les pueda ocurrir. Necesito saber cómo respiran estas criaturas, cómo piensan,

comen, ¿me entiende? Y necesito la información ayer.”

“Sí señor,” los tres dijeron al unísono.

Justo entonces el Profesor Cochran ingresó a la sala de observación, quitándose su máscara quirúrgica y guantes, mientras todos le interrogaban. Él esperó a que las voces se apagaran lentamente y miró a cada cara antes de hablar, una expresión ligeramente absorta en su cara.

“Tengo un hecho importante que reportar enseguida.” Él giró y señaló con un ademán al piloto de Bioroid. “Este alienígena... es Humano.”

Los tres Maestros convocaron a su triunvirato Científico al centro de comando de la fortaleza recientemente subida. El clon de Zor había sobrevivido y estaba al presente en las manos de los Micronianos. El neuro sensor en funcionamiento que se había implantado en el cerebro del clon les decía este tanto, aunque hasta ahora no había ninguna visual. Esquemáticos que llenaban la pantalla oval de la cámara mostraban que algún daño había recibido, pero todas las indicaciones sugerían que no era nada que necesitaba preocuparlos. Estaba claro, sin embargo, que los Científicos no compartían el entusiasmo de sus Maestros por el plan.

“Al capturar al clon de Zor, los Micronianos nos han facilitado las cosas,” Shaizan dijo a modo de defensa. Era desde luego innecesario que él se explicase al triunvirato, pero estaba claro que cierta rebeldía estaba en el aire, penetrante a lo largo de la nave, y Shaizan esperaba aplacar algo de ella. “Ellos mismos nos llevarán a la Matriz de la Protocultura.”

“¿Y supongamos que los Micronianos nos ataquen de nuevo?” el andrógeno de cabellos color lavanda preguntó insolentemente.

“Un propósito del neuro sensor es mantenernos al corriente de todas sus actividades militares,” Bowkaz le dijo, indicando los esquemáticos de la pantalla. “Tendremos advertencia amplia.”

“Sí... ¿y qué sucederá si los Micronianos descubren su preciado neuro sensor? ¿Qué entonces?”

“¿Descubrirlo?” Shaizan levantó su voz. “¡Es absurdo! La detección de la hiperfrecuencia del dispositivo está más allá del reino de sus crudos instrumentos científicos. ¡La idea es ridícula!”

El científico frunció el entrecejo. “Esperemos que así sea,” su voz sintetizada aparentemente siseando.

Dana sintió el golpecito cortés de Sean en su hombro y oyó un coro de antebrazo de sostenidos y bemoles. Ella abrió sus ojos a la salida del sol, despeñaderos distantes como dedos artríticos se levantaban entre capas de color rosado y gris del cielo. Ella se había quedado dormida en el piano de la sala de alistamiento, aunque le tomó un momento darse cuenta de ello, la cabeza descansada sobre antebrazos cruzados a través del teclado. Sean estaba de pie a su lado, disculpándose por molestarla, haciéndole una broma sobre que ella había vigilado a las ochenta y ocho toda la noche y preguntándole si quería algo de desayunar. El resto del 15to estaba esparcido por la sala, argumentando y abatiéndose por el aspecto de ello.

“... ¿Y quién rayos estuvo roncando toda la noche?” ella oyó a Angelo preguntar con su voz más alta. “Alguien sonaba como una máquina excavadora de correa de turbina con un silenciador descompuesto.”

Louie se encontraba lejos sentado en un sillón trabajando afanosamente con cierto artefacto que se parecía a un Bioroid en miniatura. Bowie estaba con cara de malhumor en otro, distanciado de la escena por los auriculares.

“No pude pegar un ojo,” Dana dijo a Sean débilmente. Ella recordó ahora que había estado pensando en Sullivan y su muerte sin sentido, que había estado tratando de arrancar la melodía de esa vieja tonada de Lynn-Minmei...

“Necesita liberarse de esa responsabilidad de vez en cuando,” el ex teniente le estaba diciendo. “Suéltese y diviértase un poco, tome la vida un poco menos seriamente.”

Dana se levantó, se estiró para tomar el vaso de jugo que ella

había dejado sobre el piano, y fue a rellenarlo al dispensador. “Hay una guerra en marcha, amigo,” ella dijo, pasando de un empujó más allá de Sean. “Por supuesto tú no eres el primer soldado con el que me he tropezado que encuentra la llamada de la naturaleza más atractiva que la llamada del deber.”

“Miren quien está hablando,” Sean rió.

“Me refiero a que no pensaría que la guerra estaba interfiriendo algo, Soldado.”

“Yo no dejo que eso me corte las alas, Dana.”

¿Las alas? ella pensó, sorbiendo el jugo: Déjeme tener en cuenta las réplicas a eso... Pero cuando ella se decía esto a sí misma, fragmentos del sueño de anoche comenzaron a salir a la superficie. Allí estaba George, por supuesto, pero entonces él se confundió con las imágenes de ese piloto de Bioroid de cabellos largos con el que ella y Bowie habían cruzado rayos láseres semanas atrás –¡Zor! Y entonces de algún modo su madre había aparecido en el sueño, diciéndole cosas que ella no podía recordar ahora...

“... y definitivamente no estoy metido romances sin esperanzas.”

Dana giró rápidamente, no segura de si debía estar enfadada, habiéndose perdido de su introducción; pero vio que Sean estaba señalando con un ademán a Bowie.

“Ahora aquí tenemos a un sujeto que estaba funcionando bien hasta hace unas cuantas semanas atrás. Ahora está allí afuera donde los transbordadores no corren. ¡Y por una muchacha de ensueño para colmo!”

Bowie no oyó una palabra de esto, lo que Dana calculó daba lo mismo. Sean hizo unos cuantos comentarios inaceptables más mientras dejaba la sala. Dana se acercó a su amigo y se colocó donde ella podía ser vista, aunque no oída.

“Sean dice que estás enojado,” Dana dijo cuando él se quitó los auriculares.

Bowie hizo una mueca. “¿Qué sabe él?”

“Es esa chica alienígena,” dijo el Sargento Dante desde el otro lado de la sala, su nariz sumergida en el periódico. “Sería mejor que pongas los ojos en algo un poco más terrenal, mi amigo.”

Dana dio a Angelo una mirada que él pudo sentir claramente a través de la edición matutina. “¿Así como así, huh Sargento? Él sólo

chasquea sus dedos y la olvida.”

“¡Para decirlo en voz alta, ella es una alienígena!... Uh, sin ánimo de ofender, por supuesto,” él se apresuró a agregar.

“Sin ánimo de ofender recibido,” Dana le dijo. “Sé que tu clase no puede evitarlo. Pero a mí me tiene sin cuidado si esta muchacha Musica es ‘la Mujer Araña,’ Angelo. No puedes decirle a alguien que sólo encienda y apague su corazón como un interruptor de luz.”

“¿Su corazón, Dana? ¿Su corazón?”

Dana había abierto su boca para decir algo, pero ella notó que Bowie estaba llorando. Cuando ella colocó su mano sobre su hombro, él lo quitó ásperamente encogiéndose, se puso de pie, y salió corriendo de la sala.

Dana comenzó a perseguirlo, pero lo pensó mejor a medio camino en el pasillo. ¿Tuvo su padre que tolerar esto de su escuadrón? ella se preguntó. ¿Su madre? ¡¿Y dónde estaban ellos, ella preguntó al techo –dónde?!

La Teniente Marie Crystal había dormido bastante bien, gracias a los anodinos que ella recibió en el hospital de la base después del estrellamiento de su nave. Pero los efectos de las pastillas se habían disipado ahora, y no podía localizar una articulación o músculo en su cuerpo que no estuviera pidiendo a gritos más de la misma medicación. Ella se extendió para alcanzar el espejo de mano al lado de la cama y echó un vistazo a su reflejo desgreñado y pálido. Afortunadamente su cara no lucía tan mal como el resto de ella se sentía. Estaba mortalmente caliente y seco dentro de la habitación, así que ella cautamente salió de la cama, temblando mientras se ponía de pie, y se cambiaba la vestimenta de hospital por un manto satinado azul que alguien había sido bastante considerado en dejar junto a la puerta. Ella la dejó abierta mientras subía de regreso bajo las sábanas; después de todo, no era como si ella estuviera esperando visitantes o algo.

Pero apenas esa idea había cruzado su mente cuando oyó la voz de Sean del otro lado de la puerta. Literalmente el haber aterrizado

en los brazos del don Juan de la Cruz del Sur era tal vez sólo una sombra preferible a haberse estacado en una montaña, pero era algo con lo que ella iba a tener que vivir por algún tiempo. Ella no había, sin embargo, previsto que las mortificaciones fueran a empezar tan pronto.

Marie pasó una mano por su cabello corto e indisciplinado y se cerró el manto; Sean estaba tropezándose con cierta artillería antiaérea en la puerta.

“¿No podría tener sólo cinco minutos con ella?” Marie oyó a Sean decir. “¿Sólo para dejar estas hermosas flores que escogí con mis propios dientes?”

La enfermera estaba resuelta: a nadie se le permitía entrar.

“¡Pero yo soy el sujeto que prácticamente le salvó la vida! Escuche: no le hablaré o le haré reír o llorar o nada –en serio–”

“Ningún visitante significa ningún visitante,” la enfermera le dijo.

¿Dé que lado está ella? Marie comenzó a preguntarse.

“Bueno, es mi mala suerte encontrarme a la única enfermera en este hospital que es inmune a mis muchos encantos.”

Ahora eso sonaba como el Sean que Marie conocía.

“Tome,” ella lo oyó decir ahora. “Usted conserve las flores. Quien sabe, quizá nos encontremos de nuevo, dulzura.”

Los ojos azules pálidos de Marie se abrieron ampliamente.

Ella estaba equivocada: ¡el aterrizar en los brazos de su Battloid era peor que haberse estallado!

El General Emerson estaba en la sala de guerra cuando Leonard finalmente lo alcanzó. Él había estado esquivando los mensajes del comandante todo el día, víctima de una premonición oscura de que Leonard se había enterado de algún modo del piloto alienígena. Y tan pronto como Leonard abrió su boca, Emerson supo que sus instintos habían sido correctos. Pero extrañamente, el comandante parecía estar tomando todo el asunto sin alterarse.

“Se me ha dicho que usted me oculta un secreto, General

Emerson,” Leonard empezó, con casi una música alegre en su voz. “Pensé en venir aquí y preguntárselo yo mismo: ¿es cierto que otro espécimen de Bioroid ha sido capturado?”

“Sí, Comandante,” Rolf contestó después de saludarlo. “En realidad, el Profesor Cochran está llevando a cabo una serie completa de pruebas en él.”

Leonard repentinamente giró rápidamente hacia él enrojecido de ira.

“¿Cuándo precisamente planeaba decírmelo, General?!”

Los técnicos por toda la sala giraron de sus estaciones de trabajo.

“¡O tal vez estaba considerando mantener en secreto esta información de mí!” Leonard estaba bramando.

Rolf ni siquiera tuvo la oportunidad de tartamudear su explicación a medio formar.

“Voy a quitar el prisionero de sus manos, General. Él será analizado por científicos militares, no por profesores renegados, ¿me entiende?”

Rolf luchó para sujetar su propia ira mientras Leonard salía tempestivamente, los tacos de sus botas taconeando contra el piso acrílico de la sala en otro respecto en silencio. “No debemos dejar que este prisionero sea destruido,” él logró decir sin gritar. “No aprendimos nada del último. Esta vez debemos proceder imparcialmente, y Miles Cochran es nuestra mejor esperanza para eso.”

El comandante se había detenido en sus pasos y giró para enfrentar a Emerson, mirándolo de la cabeza a los pies antes de responder. Y cuando dejó salir su voz ésta fue fuerte pero controlada.

“Estoy seguro que nuestra gente puede hacerlo también, General. Pero me parece que usted ha tomado un interés personal en este prisionero. ¿Estoy en lo cierto?”

“Lo he hecho,” dijo Emerson, y Leonard inclinó la cabeza a sabiendas.

“¿Hay algo más que deba saber sobre este particular androide?”

Rolf estaba con los labios firmes. “No por el momento, Comandante.”

“Pues bien, ya que usted está tan...determinado... Pero tenga presente que éste es su responsabilidad, General. Ya hay demasiados variables en esta situación.”

Emerson saludó y Leonard estaba volviéndose para salir, cuando de repente una cresta de eco nueva apareció en el tablero de amenaza. El juego de poder se olvidó, todos los ojos enfocados en la pantalla. Cada terminal en la sala estaba tirando papel. ¡Los técnicos estaban encorvados sobre sus consolas, tratando de encontrarle sentido a la cosa que acababa de aparecer en órbita sublunar de ninguna parte!

“¿Qué es eso?” exigió Leonard, sus manos presionadas contra la consola de mando. “¡Que alguien me responda!”

“Una nave, señor,” dijo una enlistada sin rango. “¡Y parece estar acercándose para enfrentar al enemigo!”

Capítulo 11

El Mayor Carpenter y su tripulación partieron hoy. “La conjetura al azar de Lang,” como algunos lo llaman. Pero yo ha lo he dejado saber que la responsabilidad es mía, y una parte de mí hasta envidia su partida. Simplemente de intentar un regreso a la Tierra, de abandonar este rincón maligno del espacio, esta guerra loca y maníaca contra nuestros propios hermanos y hermanas y las imparables criaturas nacidas del salvajismo y la injusticia de los Tirolianos... Es claro para mí que mi destino se encuentra en otra parte, tal vez en Optera mismo, Lisa mi vida y fortaleza a mi lado.

De los Diarios Completos del Almirante Rick Hunter

La nave que se había materializado del hiperespacio y creado esa cresta de eco en el tablero de amenaza estaba muy retrasada en su llegada al espacio terrestre. Diez años eran apenas una cantidad medible por las normas galácticas estándar; pero para un planeta una vez traído al borde de la extinción y ahora enredado en una guerra que amenazaba lo poco que quedaba, diez años eran una eternidad –y la aparición de la nave una fortuna. Desafortunadamente tales sentimientos pronto probarían ser prematuros...

Perdido en el espacio por los pasados cinco años terrestres –perdido en corredores de tiempo, en continuos cambios y lazos mobius hasta ahora no mapeados– el crucero finalmente había encontrado su camino a casa. Antes de eso, había sido parte de la Misión Expedicionaria Pionero –ese intento malaventurado de

alcanzar el mundo hogar de los Maestros Robotech antes de que las siniestras manos de los Maestros alcanzasen la Tierra. La Misión, y esa maravillosa nave construida en el espacio y lanzada desde Pequeña Luna, habían tenido tan nobles comienzos. La Matriz de la Protocultura que se creía había sido ocultada dentro de la SDF-1 por su creador alienígena, Zor, nunca había sido localizada; la guerra entre la Tierra y los Zentraedi terminada. Así qué que mejor paso para tomar, sino uno diplomático: un esfuerzo por borrar toda posibilidad de una segunda guerra llegando a un acuerdo con la paz de antemano.

¿Pero cómo los miembros de la SDF-3 podían haberlo sabido – los Hunter, Lang, Breetai, Exedore y el resto– cómo podían haber previsto lo que les esperaba en Tirol y que traicionera parte T. R. Edwards vendría a jugar en el despliegue de los eventos? La misma Tierra no tendría ningún conocimiento de estas cosas durante años por venir: de la importancia de cierto elemento nativo del gigantesco planeta Fantoma, de cierta criatura cuasi canina nativa de Optera, de un joven genio en capullo llamado Louie Nichols...

Por el momento, por lo tanto, el crucero rastreado por el Control de Defensa de la Tierra parecía como la respuesta a una oración.

La nave era un curioso híbrido, fabricada al otro lado del centro galáctico por los Robotécnicos de la SDF-3 antes del cisma entre Hunter y Edwards, para el propósito expreso de experimentación hiperespacial: la SDF-3 no tenía los medios para regresar a la Tierra, pero era concebible que una pequeña nave pudiera realizar lo que su masiva madre no podía. Aquellos versados en las clasificaciones de las naves de guerra Robotech podían señalar a las influencias Zentraedi en ésta, notablemente la forma alisada y en forma de tiburón del crucero, y el elevado puente y centros de navegación espacial que se elevaban como una aleta dorsal precisamente a popa de su proa enromada. Pero si su casco era alienígena, su centro de poder Reflex era puramente Terrícola, especialmente el diseño cuadripartido de las unidades de propulsión triple que comprendían la popa.

El comandante del crucero, el Mayor John Carpenter, se había distinguido durante la campaña Tiroliana contra el Invid, pero cinco años en el hiperespacio (¿eran cinco minutos o cinco vidas, quién

podría decir cuál?) le habían cobrado su peaje. No solo a Carpenter, sino a la tripulación entera, todos ellos víctimas de una enfermedad espacial que no tenía nombre excepto locura, tal vez.

Cuando la nave había emergido del hiperespacio y una visión de su mundo hogar azul y blanco había llenado los puertos de observación delanteros, no hubo un miembro de la tripulación a bordo que creyera lo que veían sus ojos. Todos ellos habían experimentado los trucos crueles que aguardaban a los tecno viajeros incautos, los horrores... Luego habían identificado las masivas fortalezas de la flota alienígena. Y no había ninguna forma de confundirlas, ninguna forma de equivocarse el intento de los desalmados Maestros que las guiaban.

Carpenter había ordenado un ataque inmediato, convencido de que el mismo Almirante Hunter hubiera hecho lo mismo. Y si ello parecía insano, el comandante se dijo a sí mismo cuando equipos Veritech partían de los puertos del crucero –una nave relativamente más pequeña contra tantas– ¡uno meramente tenía que recordar lo que la SDF-1 había hecho contra cuatro millones!

Hasta la estrategia iba a ser la misma: todo el poder de fuego sería concentrado contra la nave insignia de la flota alienígena; una vez destruida ésta, seguiría el resto.

Pero la tripulación de Carpenter se basó demasiado en la historia, lo que, a pesar de las demandas en contra, raramente se repetía. Más importante aún, Carpenter olvidó exactamente contra quien estaba luchando: después de todo, éstos no eran los Zentraedis... ¡éstos eran los seres que habían creado a los Zentraedis!

En el centro de comando de la nave insignia alienígena los tres Maestros intercambiaban miradas de asombro por sobre la corona redondeada del casquete de Protocultura. Al alzar sus ojos hacia las pantallas de datos del puente, la mirada que los tres registraban casi pudo haber pasado por diversión: una nave de guerra aún más primitiva en diseño que aquellas que las Fuerzas de la Tierra habían

enviado contra ellos en el pasado reciente acababa de destransponcionarse del hiperespacio y estaba intentando atacar a la flota a solas.

“Absurdo,” Bowkaz comentó.

“Tal vez deberíamos añadir el insulto a la lista de estrategias que ellos han intentado usar contra nosotros.”

“Primitivos y barbáricos,” dijo Dag, observando cómo los cañones segmentados de la fortaleza aniquilaban los mechas terrestres, como si fueran un enjambre de garrapatas. “Les hacemos un servicio aniquilándolos. Se insultan a sí mismos con tales gestos.”

Detrás de los Maestros el triunvirato Científico estaba agrupado en su estación de trabajo.

“Hemos fijado objetivo sobre su crucero en marca seis rumbo cinco-punto-nueve,” uno de ellos reportó ahora.

Shaizan miró la pantalla. “Prepárense para un cambio de planes,” él dijo al clon de cabello azul. “Ignoren a los zánganos y combatan directamente con el crucero. Todas las unidades convergirán en sus coordenadas. Nuestra nave tendrá el liderazgo... por la gloria de la matanza.”

Los técnicos, el personal, y los oficiales en la sala de guerra aún estaban diciendo yahoo y celebrando el retorno de la Misión Pionero. El Comandante Supremo Leonard había partido inmediatamente para conferenciar con el Presidente Moran, dejando al General Emerson a cargo de la sorpresiva situación.

“¡Señor!” dijo uno de los técnicos. “El Comandante de la Pionero solicita refuerzos. ¿Debemos enviar nuestros guerreros y Ghosts?”

Emerson gruñó su asentimiento e inclinó la cabeza, curiosamente inquieto, casi alarmado por el súbito vuelco de los eventos. ¿Era posible, él preguntó mientras los técnicos sonaban la llamada –el regreso de sus viejos amigos, un nuevo comienzo?...

Bowie y Dana, cada uno encerrado en pensamientos privados, resultados de meditaciones interrumpidas más temprano, estaban

en la sala de recreación del 15to cuando oyeron la alarma de lucha.

“Todos los pilotos a los puestos de combate, todos los pilotos a los puestos de combate... Todas las tripulaciones de tierra presentarse a las áreas seis a la dieciséis... ¡Preparen los guerreros para reunirse con el ala de ataque de la SDF-3!”

Dana estaba de pie aún antes de la parte final de la llamada, desatendiendo como siempre los pormenores y detalles. Pasando precipitadamente al lado de Bowie, ella tomó su brazo y prácticamente lo arrastró dentro del pasillo del cuartel, donde todos estaban corriendo a paso ligero hacia los tubos de descenso y los puertos de los mechas. Ella no había visto tal frenesí, tal entusiasmo, en meses, y se preguntó por la causa. O la ciudad estaba bajo un ataque a gran escala o algo milagroso había sucedido.

Ella vio a Louie pasar corriendo y le gritó que se detuviera. “¡¿Oye, a que se debe todo el tumulto?!” ella le preguntó, Bowie sofocado a su lado.

Louie regresó una ancha sonrisa, los ojos brillantes aún a través de los anteojos siempre presentes. “¡Parece que la caballería llegó en el momento preciso! ¡Recibimos refuerzos desde el hiperespacio –la Pionero ha vuelto a casa!”

Dana y Bowie casi se desmayaron.

¡Algo milagroso ha sucedido!

“Necesitamos un milagro, John,” el navegante del Comandante Carpenter dijo sin esperanza. “Hemos arrojado todo lo que tenemos. Nada penetra esos escudos.”

Los dos hombres estaban en el puente del crucero, junto con una docena de oficiales y técnicos que habían atestiguado mudamente la destrucción completa de su fuerza de ataque. Esos mismos hombres que habían pasado por tanto terror debían perecer en la puerta principal de la Tierra, Carpenter pensó, medio loco por el horror de ello. Pero él estaba determinado a que sus muertes valieran algo.

“Que la primer ala haga un ajuste a cincuenta-y-siete marca

cuatro-nueve,” él empezó a decir cuando el crucero recibió su primer golpe.

Carpenter fue enviado dando vueltas a través del puente por la fuerza del impacto, y varios técnicos fueron sacados de sus sillas. Él no necesitaba que le dijeran cuán serio era pero pidió reportes de daño sin embargo.

“Nuestros escudos están abajo,” el navegador actualizó. “Fracturado. Los propulsores primarios de estribor han sido todos neutralizados.”

“¡La fortaleza enemiga está justo detrás de nosotros, Comandante!” dijo un segundo.

En shock, Carpenter miraba las pantallas. “¡Desvíen todo el poder auxiliar a los propulsores de babor! ¡Todas las armas abran fuego hacia popa a voluntad!”

“¡¿Qué diablos está sucediendo allí arriba?!” Leonard gritó mientras andaba a pasos regulares delante del Tablero Gigante de la sala de guerra.

Rolf Emerson giró desde una de las consolas del balcón para responderle. “Hemos perdido toda comunicación con ellos, Comandante.”

Leonard hizo un gesto de asco. “¿Qué sucede con nuestra ala de apoyo?”

“Lo mismo,” Emerson dijo tranquilamente.

Leonard giró hacia la pantalla de situación, levantó y sacudió de un lado a otro su puño, un gesto tan significativo como lo era patético.

Una erupción radiante estalló a través de la puntiaguda proa de la nave insignia de los Maestros, puntas de alfiler de energía cegadora que reventaron un nanosegundo más tarde, emitiendo líneas

devastadoras de corrientes calientes que penetraron rasgando el indefenso crucero, destruyendo en una serie de explosiones el cuarto trasero entero de la nave.

Más de la mitad de la tripulación del puente yacía muerta o moribunda ahora; Carpenter y su segundo estaban hechos pedazos y sangrando pero vivos. El crucero, sin embargo, estaba terminado, y el mayor lo sabía.

“Aliste todas las cápsulas de escape,” él ordenó, el talón de su mano en una severa herida de la cabeza. “Evacúe la tripulación.”

El navegador llevó a cabo la orden, iniciando la secuencia de auto destrucción de la nave mientras lo hacía.

“Estamos fijados en un curso de colisión con una de las fortalezas,” él dijo a su comandante. “Diecisiete segundos para el impacto.” Jalando de un interruptor final, él agregó: “Lo siento, señor.”

“No se disculpe,” Carpenter dijo, encontrando su mirada. “Hicimos lo que pudimos.”

En una meseta sin vida sobre Ciudad Monumento, Dana y Sean, lado a lado en los asientos delanteros estrechos de un Hovertransporte, miraban los cielos. El resto del 15to no estaba lejos. Cápsulas de escape de la derrotada nave Pionera caían a la deriva casi perezosamente del cielo azul celeste, esferas metálicas destellantes colgadas de paracaídas brillantemente coloreados. Observando esta escena tranquila, uno habría estado apremiado a imaginar la que ellos habían vivido sólo momentos antes, el infierno celestial del que ellos habían sido arrojados.

Dana había aprendido la triste verdad: no había sido la SDF-3 la de allí afuera, sino una única nave hace mucho tiempo separada de su madre. Como ella misma. El último esfuerzo de la tripulación de lanzar el crucero hacia una de las seis fortalezas alienígenas había probado ser fútil. Sin embargo, ella tenía la esperanza de que uno entre los valientes sobrevivientes que ahora estaban saliendo quemados y heridos de las cápsulas de escape tuviera alguna noticia

para ella personalmente, algún mensaje, aún uno de cinco o quince años de antigüedad.

Sean condujo su Hovercamión hacia una de las cápsulas que había aterrizado en su área. Dana se bajó de un salto y se acercó a la esfera, dando la bienvenida a casa a sus dos pasajeros ensangrentados, y haciendo lo poco que podía para curar sus heridas faciales. Los hombres eran ásperamente de la misma altura, de apariencia pálida y atrofiada después de sus muchos años en el espacio y muy estremecidos por su prueba reciente. El más viejo de los dos, quien tenía cabello castaño, un rostro bien parecido si bien con ojos muy abiertos, se presentó como el Mayor John Carpenter.

Dana les dijo su nombre y contuvo su aliento.

Carpenter y el otro oficial se miraron uno al otro.

“¿La hija de Max Sterling?” Carpenter dijo, y Dana sintió que sus rodillas se debilitaban.

“¿Conoce usted a mis padres?!” ella preguntó ansiosamente. “Dígame... ¿ellos están...?”

Carpenter colocó su mano en su hombro. “Lo estaban cuando los vimos por último vez, Teniente. Pero eso fue cinco años atrás.”

Dana exhaló ruidosamente. “Tiene que contármelo todo.”

Carpenter sonrió débilmente y estaba a punto de decir algo más cuando su compañero lo asió por el brazo expresivamente. De nuevo los dos se miraron mutuamente, intercambiando cierta señal sorda.

“Teniente,” el mayor dijo después de un momento. “Me temo que eso tendrá que esperar hasta que hable con el Comandante Leonard.”

“Pero—”

“Eso significa ahora, Teniente Sterling,” Carpenter dijo más firmemente.

El Comandante Supremo Leonard no había registrado muchas horas en el espacio intergaláctico, pero estaba bastante familiarizado con los altibajos para reconocer un caso de psicosis del vacío cuando lo

veía; y eso es exactamente lo que él sentía que él y el General Emerson estaban enfrentando al escuchar los desvaríos locos del Mayor Carpenter y su navegante igualmente obsesionado con el espacio. En la oficina de Leonard en el Ministerio, los dos hombres divagaban sobre la Misión Expedicionaria Pionero, repetidamente refiriéndose a un cisma entre las Fuerzas Terrestres –T. R. Edwards en un lado, el Almirante Hunter y cierto grupo que se llamaba a sí mismo los Sentinels en el otro. Pero a pesar de todo ello, la pregunta principal del Alto Mando había sido contestada: estos alienígenas eran en realidad los Maestros Robotech. Ellos habían abandonado su mundo hogar de Tirol y viajado a través de la galaxia hacia el espacio terrestre; y le estaba comenzando a parecer obvio a Leonard que ellos no habían venido a reclamar algo, sino a destruir al género humano y reclamar y colonizar el propio planeta.

Los dos oficiales heridos tenían su propias preocupaciones, como cualquiera después de quince largos años fuera de su mundo, y el comandante hizo su mejor esfuerzo para responder a estas sin romper la seguridad. Él describió la aparición inicial de las naves Robotech; la lucha centrada alrededor de la base lunar y la estación espacial Liberty; la desaparición voluntaria del Satélite Fábrica Robotech por los Zentraedi que lo operaban.

Leonard miró intensamente a los tecno viajeros después de su breve resumen de los varios meses pasados, esperando regresar el tema al modo presente.

“Naturalmente, estamos agradecidos por lo que intentaron hacer allí afuera,” el comandante les decía ahora. “Pero por dios santo, señores, ¿en qué estaban pensando? ¡Una nave contra tantas! ¿Por qué no esperar hasta que el resto de la Misión Pionero llegase?”

Leonard notó que Carpenter y el navegante intercambiaron miradas y se preparó para lo peor. Carpenter lo estaba mirando gravemente.

“Me temo que usted nos ha mal entendido, Comandante,” el mayor empezó. “La Misión Pionero no regresará. El Almirante Hunter y el General Reinhardt sólo pueden ofrecerle sus oraciones, y su firme convicción de que el destino de la Tierra yace en buenas manos, con usted y las valientes fuerzas de defensa bajo su comando, señor. Pero no espere ninguna asistencia de la SDF-3,

Comandante, ninguna en absoluto.”

“Y que Dios los ayude,” el navegante murmuró en voz baja.

Leonard hizo un sonido de desaprobación.

“Me pregunto si quedará alguien en la Tierra para apreciar sus oraciones para cuando regresen del espacio,” Rolf dijo, su espalda hacia la sala mientras observaba comenzar a caer una lluvia negra sobre Ciudad Monumento.

Capítulo 12

Por supuesto, Cochran me dijo sobre el piloto alienígena. Emerson fue un tonto al creer que podía ocultar esto de mí. Él no tiene la menor idea de la existencia de la Fraternidad Secreta, la que une las grandes mentes, todas las lealtades insignificantes condenadas... Pero estoy agradecido por su necesidad; eso me da más libertad en estos asuntos. Desafortunadamente, sin embargo, el piloto fue movido antes de que yo pudiera intervenir. Y ahora que me he enterado de su nombre, es imperativo que llegue a él cuanto antes. Si él es quien yo creo que es... mi mente da vueltas por la posibilidad. ¡En cierto sentido, yo, Zand, soy su hijo!

Dr. Lazlo Zand, Horizonte de Eventos: Perspectivas sobre Dana Sterling y la Segunda Guerra Robotech

En el ahora pesadamente vigilado laboratorio de Miles Cochran, el piloto de Bioroid quien vendría a ser conocido como Zor Prime, se retorció en aparente agonía, sus brazos delgados pero bien músculos luchaban con las cintas que lo mantenían confinado a la cama. Enmascarados y vestidos con batas, Rolf Emerson, Nova Satori, y Alan Fredericks observaban con preocupación, mientras el profesor monitoreaba los signos vitales del prisionero desde la zona de estacionamiento de la sala estéril. El joven alienígena de rasgos delicados había salido de su coma tres horas antes (impulsando la segunda visita de Emerson antes del atardecer al laboratorio), pero aseguraba no saber nada de sus circunstancias presentes o pasadas.

“Un caso muy conveniente de amnesia,” Fredericks sugirió,

rompiendo el silencio inquieto que prevalecía cuando los gritos de Zor se habían calmado un poco. “Creo que es demasiado obvio que la criatura es un topo. Estos así llamados Maestros Robotech esperan infiltrar un agente entre nosotros por la más transparente de las maniobras. Un piloto de Bioroid que repentinamente no tiene memoria alguna de su pasado,” el hombre de la PMG se mofó. “Es absurdo. No solo eso, sino que los reportes de después de misión del Decimoquinto Táctico Blindado sugieren que este Bioroid en particular fue deliberadamente derribado por las fuerzas enemigas.”

Rolf Emerson inclinó su cabeza en acuerdo. “Estoy tentado a estar de acuerdo con su evaluación, Coronel. Sin embargo, hay formas en las que lo podemos usar—”

“¿Cómo sabemos que él no es uno de nuestros propios rehenes que se nos ha devuelto?” Fredericks interrumpió. “¿Tal vez los alienígenas nos han enviado un prisionero con el cerebro lavado simplemente para convencernos que estamos librando una guerra contra miembros de nuestra propia especie?”

“General,” Cochran levantó la voz, caminando entre ellos con un brazo lleno de lecturas de diagnósticos. “Discúlpeme, Emerson, pero por favor permítame presentar mis informes antes de que se convenzan de que este piloto es una trampa enemiga.”

“Adelante, Doctor,” Rolf dijo apologeticamente.

Cochran pasó su índice hacia debajo de las columnas de datos de la hoja continua de impresión. “Sí, aquí...” Él aclaró su garganta. “Escanéos del sistema límbico, extendiéndose a lo largo de la formación hipocámpica de los lóbulos temporales intermedios, el fórnix, y los cuerpos mamilares, hasta los núcleos anteriores del tálamo, el cíngulo, área septal, y la superficie orbital de los lóbulos frontales, la mayoría apunta claramente a un deterioro cerebral difuso de los centros de memoria.

“Es totalmente diferente de cualquier cosa que yo haya visto,” él agregó, quitándose sus anteojos. “Es inadecuado clasificarlo como retrógrado o antiretrógrado, y, según parece, sólo marginalmente postraumático. Más cerca a un estado de fuga que otra cosa, pero me gustaría consultar con el Profesor Zand antes de comprometerme en cualquier explicación reductora.”

“Absolutamente no,” Emerson vociferó, dando un paso hacia

delante. “No quiero a nadie más involucrado en este caso, menos a Zand. ¿Está entendido?”

Cochran asintió mal dispuesto.

“¿Ahora cuáles son nuestras opciones, Doctor?” Rolf quiso saber.

Cochran reemplazó sus anteojos. “Bien, el tratamiento varía con el sujeto, General. Podríamos tratar la hipnosis, por supuesto.”

“¿Qué hay sobre la manipulación ambiental?” Nova sugirió. La teniente de la PMG miró al piloto. “Sus patrones cerebrales son obviamente anormales, pero parecen estar estabilizándose. Supongamos que lo transferíamos a otro entorno.”

“Se refiere a un lugar más humano,” dijo Rolf.

“Sí.”

“¿Pero quién supervisará el tratamiento?” Fredericks preguntó.

“Yo lo haré,” Nova dijo confiadamente. “Él no parece tener una naturaleza violenta, y si la amnesia es genuina, él necesitará a alguien en quien confiar...”

“Se sabe que ha dado resultados...” Cochran coincidió.

“Creo que usted está al tanto de algo, Teniente,” Rolf dijo alentadoramente. “¿Pero a dónde sugiere que lo llevemos?”

“Al hospital de la base,” Nova respondió. “Podemos asegurar un piso y gradualmente ponerlo en contacto con el mundo exterior.” Ella señaló con un ademán a los equipos y a las ventanas de observación de la sala. “Este lugar es simplemente demasiado intimidante, demasiado estéril.”

“Hay una razón para eso,” Cochran dijo a la defensiva, pero Emerson lo interrumpió.

“La estoy poniendo a cargo, Teniente Satori. Pero recuerde: la seguridad más estricta debe ser mantenida.”

Marie Crystal dio una mordida saludable a una deliciosa manzana roja (de la cesta de frutas que su escuadrón había enviado, junto con las flores ya en un jarrón en la mesita de noche), y hojeó las páginas de la revista de moda que ella había comprado. Parecía un poco bizarro –leer sobre las tendencias de moda proyectadas para el

año próximo cuando había una guerra en marcha– pero ella aseguró que ello probablemente siempre había sido así: no importa cuán cruel la circunstancia, las cosas fundamentales se aplicaban...

Ella estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama, la revista abierta delante de ella, un retrato atrayente en satén azul oscuro, cuando ella oyó un llamado a la puerta.

“Muy bien, adelante,” una voz severa fingida amenazó. “Esta es la seguridad del hospital, y sabemos que allí dentro hay una persona perfectamente saludable.”

No había ninguna equivocación en que era la voz de Sean. Ella le dijo que esperase un minuto, escondió la revista bajo la cama, y regresó bajo los cobertores, agarrándolos estrechamente en su cuello y haciendo una representación racional de un paciente.

Sean entró un momento más tarde, con flores en las manos. “Hola, Marie,” él dijo, lleno de alegría. “Pensé en pasar por aquí y disculparme por no venir antes, pero nos han mantenido bastante ocupados... ¿Quién rayos te trajo éstas?” él dijo por el regalo del escuadrón, sacando las flores amarillas del jarrón y tirándolas a la basura. Él las reemplazó con su propio ramillete.

Marie hizo una cara a sus espaldas y falsificó un gemido pequeño pero desesperado, amainándolo hasta lloriqueos callados cuando él se volvió hacia ella.

“¿Hey, qué pasa?” él dijo, inclinándose sobre ella ahora.

Ella surgió dura y rápidamente con un revés cuando él estaba extendiendo su mano hacia ella, alejando su brazo de una bofetada.

“¡Aléjate de mí!” ella gruñó en su sorprendida mirada. “¿Qué te sucede, grandísimo bribón –no pudiste encontrar ninguna enfermera con la cual jugar?”

Sean tenía los brazos abiertos de par en par, en un gesto de perplejidad. “Marie, debes haber recibido un golpe en la cabeza. Yo vine a verte a ti–”

“¡Sólo mantén tus manos alejadas!” ella ladró, luego se quejó de veras cuando un dolor abdominal punzante se presentó.

“Mi, mi... pequeña dulzura,” Sean importunó. “Realmente eres motivo de orgullo para tu uniforme, la manera en que manejas la dolorosísima agonía. O quizá debo decir la falta de uniforme,” él añadió, mirándola de reojo cariñosamente.

Marie ignoró el comentario, no molestándose en ocultar el espacio entre sus senos cuando se inclinó hacia delante sobre sus codos. “Lo estoy fingiendo, ¿es eso?” ella dijo airadamente.

Sean se arriesgó a sentarse en el borde de la cama, su mano acariciando su mandíbula contemplativamente. “No... Bueno, en realidad, el pensamiento había cruzado mi mente.” Él cruzó sus brazos y suspiró. “Sabes, reflexionando, me pregunto qué estaba pensando cuando te salvé la vida.”

Los ojos de Marie se estrecharon. “¿Buscando gratitud, Sean?”

“Aw, vamos,” él sonrió. “Quizá sólo un poco de amistad, eso es todo.”

La cabeza de Marie cayó hacia atrás sobre la almohada, los ojos en el techo. “Toda esta confusión nunca debió suceder. Es todo culpa de Sterling que yo esté yaciendo aquí como un tronco.”

“Cálmate,” él le dijo sinceramente. “No puedes culpar a Dana.”

Ella giró hacia él. “¡No me digas lo que puedo hacer soldadito de tierra! Odio al Decimoquinto –a todo el montón.”

Sean levantó sus manos. “Espera un minuto–”

“¡Sal de aquí!” ella le gritó, la almohada levantada como un arma ahora. “¡Fuera!”

Él retrocedió de espaldas y salió de la habitación sin decir palabra, dejándola para mirar con fijeza las rosas rosadas que él trajo y preguntándose si ella no había exagerado un poco.

En el pasillo fuera de la habitación de Marie, Sean se tropezó de cara con Dana, un ramillete en su mano y obviamente en camino a hacer una visita al nuevo enemigo del Decimoquinto. Sean se colocó delante de ella, bloqueando su avance hacia la habitación de Marie con poca plática.

“Y si estás aquí para ver a Marie, puedes olvidarlo,” él finalmente encontró oportunidad para decir. “El personal no dio la aprobación para que ella reciba visitas.”

Dana sospechó. “Lo permitieron hace días. Además, te dejaron verla, ¿no es así?”

“Uh, hicieron una excepción en mi caso,” Sean tartamudeado mientras Dana lo empujaba para abrirse paso. “Después de todo, yo soy quien—”

“¿Ella todavía me odia?” Dana preguntó, repentinamente comprendiendo el propósito del lenguaje ambiguo de Sean.

La sonrisa forzada de Sean se desplomó. “Aún peor. ¡Está lo bastante loca para decir que me odia! Probablemente se olvidará de ello,” él se apresuró a agregar. “Pero en este momento ella te considera responsable.”

“¡¿A mí?! ¿Por qué?” Dana se señaló. “¡Jeez, yo no la derribé!”

“Nosotros lo sabemos,” Sean dijo de modo tranquilizador. “Ella sólo busca a alguien a quien culpar. Y si ella no hubiera estado tratando de salvar a ese fulano Sullivan...”

“Hermano...” Dana dijo suspirando, sacudiendo su cabeza.

Ambos quedaron en silencio por un momento; luego giraron juntos hacia el sonido de conmoción controlada en el extremo lejano del pasillo del hospital. Una docena de soldados de la PMG, armados y blindados, estaban supervisando el rápido tránsito de una camilla hacia los grupos de ascensores.

“¿Qué es todo esto?” Dana se preguntó en voz alta.

“El lugar está repleto de policías militares,” Sean le dijo. “Oí que aislaron todo el noveno piso.”

Dana bufó. “Leonard probablemente esta aquí para su examen físico anual.”

Pero al tiempo que decía eso, algo no sentaba bien. No obstante, ella dio un vistazo final a la forma cubierta en la camilla y se encogió de hombros indiferentemente.

Para evitar una escena como la recientemente hecha en la sala de guerra, Rolf Emerson decidió que era mejor informar a Leonard de los nuevos planes que él había hecho para el piloto alienígena, quien, poco antes de ser transferido al hospital de la base, había dado su nombre como Zor.

¡Zor! el nombre que Dana había mencionado en las sesiones de

interrogación siguientes al rescate de Bowie en los montículos de Macross. Ello había parecido coincidente entonces, pero ahora...

¡Zor!

Un nombre notorio estos pasados quince años; un nombre susurrado en los labios de todo aquel relacionado con la Robotecnología; un nombre a la vez despreciado y altamente reverenciado. Zor, a quién los Zentraedi habían atribuido el mérito del descubrimiento de la Protocultura; Zor, el científico Tiroliano que había enviado la SDF-1 a la Tierra, inconscientemente introduciendo la casi destrucción del planeta, el eclipse del género humano.

Por supuesto que era posible que Zor fuera un nombre común entre estas personas llamadas los Maestros. Pero de nuevo...

Emerson dijo este tanto al comandante cuando él se reportó a él. Leonard, sin embargo, no se impresionó.

“Me tiene sin cuidado cómo diga que se llama, o si es humano o androide,” el comandante gruñó. “Todo lo que sé es que su investigación hasta ahora ha sido improductiva. El nombre del hombre no es ningún gran premio, General. No cuando estamos en busca de información militar.”

“El Profesor Cochran confía en que el cambio en el entorno dará por resultado una brecha,” Rolf contestó.

“¡Quiero hechos!” Leonard enfatizó. “Este piloto de Bioroid es un soldado –tal vez uno importante. Quiero que se le extraiga información y francamente me importa un comino cómo se lleva a cabo eso.”

Emerson mantuvo su postura. “Con mayor razón para ser cautelosos en este punto, Comandante. Su mente es frágil, lo que significa que él puede o partirse en dos o volverse útil para nosotros. Tenemos que descubrir qué buscan los Maestros.”

El puño de Leonard cayó sobre el escritorio. “¿Está usted ciego, hombre? ¡Es obvio que ellos quieren la extinción completa de la raza humana! ¡Un planeta fresco para usar para la colonización!”

“Pero está la Matriz de la Protocultura”

“¡Al diablo con ese artificio místico!” Leonard bramó, de pie ahora, las manos apoyadas sobre el escritorio. “¡Y al diablo con la cautela! ¡Tráigame resultados, o tendré la cabeza de ese piloto,

General –para hacer lo que tenga a bien!”

La lluvia del día parecía haber limpiado la Tierra; incluso había rastros de aromas perfumados en el aire lavado, dulces aromas cargados por el aire en una brisa de tarde que encontró a Dana en el balcón del cuartel. Es extraño mirar fijamente la línea de montañas serradas ahora, ella se dijo, la fortaleza se había ido pero los duros recuerdos de su breve permanencia estaban grabados en sus pensamientos. La misión de reconocimiento, una ciudad de clones; luego Sullivan, Marie, innumerables otros... Y presidiendo todo ellos, robándole el sueño estas noches pasadas, la imagen del piloto del Bioroid rojo: su rostro guapo y de duendecillo, sus larga cabellera de color plata y lavanda...

Dana cerró sus ojos fuertemente, como si en un esfuerzo por comprimir la imagen a nada, atomizarla de algún modo y liberarse. Era peor ahora que ella había recogido cierta información sobre la Misión Expedicionaria.

Ella podría no volver a ver a sus padres de nuevo.

Silenciosamente, Bowie se le unió en la baranda de balcón mientras sus ojos estaban cerrados; pero ella estaba consciente de su presencia y sonrió aún antes de girar hacia él. Ambos sostuvieron mutuamente sus manos sin intercambiar una palabra, bebiendo en el dulce aire de la noche y los sonidos de insectos veraniegos. No había nada que necesitase ser dicho; desde su juventud ellos habían hablado de Max y Miriya, de Vince y Jean, de lo que harían cuando la SDF-3 regresase, lo que harían si nunca regresaba. Ellos estaban lo bastante cerca para leer el pensamiento uno del otro a veces, así que no sorprendió a Dana cuando Bowie mencionó a la chica alienígena, Musica.

“Sé que la fortaleza representa al enemigo,” él dijo suavemente. “Y estoy consciente de que no tengo mucho para continuar, Dana. Pero ella no es uno de ellos –estoy seguro de ello. Algo se disparó en lo profundo de mi corazón... y repentinamente creí en ella.”

Dana dio a su mano un prolongado apretón reforzante.

¿Era eso lo que su corazón le estaba diciendo sobre el piloto del Bioroid rojo? –¡¿que ella creía en él?!

Él había sido trasladado; él sabía este tanto. Esta habitación era más cálida que la primera, vacía de ese corral de máquinas y dispositivos que lo habían rodeado. Él también sabía que había menos ojos en él, mecánicos y de otro tipo. Su cuerpo ya no era rehén de ese conjunto de almohadillas sensoras y transmisores; la vena en su muñeca ya no recibía el lento flujo de alimento nutritivo; su pasajes respiratorios sin restricciones. Sus brazos... libres.

Idas, también, eran las pesadillas: esas terribles imágenes del ataque insensato lanzado contra él por criaturas protoplasmáticas; los guerreros gigantescos que de algún modo parecían haber estado luchando de su lado; las explosiones de luz y un dolor de profeta; ¡la muerte y... la resurrección!

¿Eran aquellas pesadillas o era esto algo vuelto a la vida? –¡algo que una arte de él acostumbraba mantener enterrado!

Allí estaba una hembra sentada en una silla al pie de su cama. Sus hermosos rasgos y cabello negro azabachado le daban una apariencia atractiva, y sin embargo había algo frío y distante sobre ella que solapaba la impresión inicial. Ella estaba sentada con una pierna cruzada sobre la otra, uno primitivo dispositivo de escritura en su regazo. Ella llevaba puesto un uniforme y una vincha semejante a un comunicador que parecía servir ningún otro propósito que la ornamentación. Su voz era rica y melódica, y cuando ella hablaba él la recordaba de la corta lista de recuerdos registrados en su mente virgen, la recordaba como aquella que le había hecho preguntas sobre él antes, antes de que este sueño hubiera intervenido, suavemente pero sondeante. Él recordó que él deseaba confiar en ella, serle confidente. Pero había habido muy poco para decirle. Aparte de su nombre... su nombre...

Zor.

“Bienvenido,” Nova Satori dijo agradablemente cuando notó los

ojos abiertos de Zor. “Has estado dormido.”

“Sí,” él dijo inciertamente. Su mente parecía hablar en varias lenguas simultáneamente, pero primero vino aquella en la que la hembra era versada.

“¿Soñaste de nuevo?” ella preguntó.

Él sacudió su cabeza y se puso derecho en la cama. La hembra – Nova, él recordó– se desplazó hacia un dispositivo que le permitió a él levantar la porción principal de la plataforma acolchada para dormir. Él lo activó, maravillándose por su diseño primitivo, y preguntándose por qué la cama no estaba reconfigurándose espontáneamente. O por un recordatorio de su pensamiento o voluntad...

“¿Cuál es la última impresión intensa que recuerdas de tu pasado?” Nova preguntó después de un minuto.

Por alguna razón incierta, la pregunta lo encolerizó. Pero con la ira regresó el sueño, más claramente ahora, y le pareció a él repentinamente que en otro tiempo él había sido un soldado de cierta clase. Él le dijo este tanto, y ella escribió algo en su notepad.

“¿Y después de eso?”

Zor buscó algo en sus pensamientos, y dijo: “Tú.”

“¿Nada en el medio?”

Zor se encogió de hombros. Una vez más el sueño volvió surgir. Sólo que esta vez era más lúcido todavía. Su cuerpo mismo estaba participando en el recuerdo, recordando donde estuvo y cómo se sentía. Y con esto llegó una remembranza de dolor.

Nova lo observó deslizarse en él y se puso de pie y fue a su lado instantáneamente, tratando de calmarlo, rememorándole de cualesquiera recuerdos lo estaban conduciendo dentro de tan duro sufrimiento y agonía. Ella sintió una preocupación que corría mucho más profundo que la curiosidad o un propósito atroz, y se entregó a ella, su mano sobre su afiebrado rostro, su corazón palpitando casi tan rápidamente como el de él.

“Libérate de ello, Zor,” ella dijo, su boca cerca de su oído. “No te presiones –todo regresará a ti a su tiempo. ¡No te hagas esto!”

Su espalda estaba arqueada, el pecho levantado no naturalmente. Él se quejó y llevó sus manos a su cabeza, rogando que terminase.

“Hagan que se detenga,” él dijo a través de dientes firmes. Entonces, curiosamente: “¡Prometo que ya no trataré de recordar!”

Nova retrocedió un poco, consciente que él no le estaba hablando a ella.

Capítulo 13

*Él es el líder de una raza de clones,
Que ha venido a la Tierra a destrozar algunos
huesos.*

*Él es el Bioroid con gran cantidad de luchas,
El Perturbador de tus sueños en la noche;
Él grita “¡Victoria, cariñito-oo, Victoria!
Soy invencible, soy alguien!”
la lujuria en un duelo con—
el Piloto Carmesí*

*“Piloto Carmesí,” música por Bowie Grant, lírica por
Louie Nichols*

Dana dejó las ventanas de su habitación abiertas esa noche, esperando que la luz de las estrellas y esos aromas perfumados le proveyesen un encantamiento adormecedor y la condujeran al sueño. Pero en vez de ello la luz formaba sombras amenazantes sobre la pared y los olores y sonidos la distrajerón. Ella se movió de un lado a otro y giró la mayor parte de la noche y justo antes de la salida del sol se deslizó en un sueño caprichoso plagado de pesadillas que las caracterizaba quien otro sino el piloto del Bioroid rojo. Como consecuencia ella se durmió tarde. Al despertarse, todavía a mitad del asimiento del miedo y el terror de la noche, ella corrió literalmente al simulador de batalla del complejo, donde escogió un escenario de combate Bioroid con base en tierra uno-D-uno-nueve, y exorcizó sus demonios aniquilando una imagen olográfica del piloto carmesí, estableciendo un nuevo puntaje en la máquina del tamaño de un mecha.

El ingresar sus siglas al paquete del software, sin embargo, no

fue premio suficiente para estabilizar el patrón circular de sus pensamientos, y cargó una mezcla de ira y desconcierto con ella por el resto del día.

La puesta del sol la encontró vagando en la sala de alistamiento del 15to, donde Bowie estaba al piano, improvisando en la secuencia atonal de medias notas que él había oído en la cámara del arpa de Musica y que finalmente había sido capaz de recordar (e instrumentar). Angelo, Louie, Xavez, y Marino estaban haraganeando por ahí.

“Es bueno oírte tocar de nuevo,” Dana le cumplimentó. Ella trató de tararear la curiosa melodía. “¿Qué es eso?”

“Es lo más que puedo acercarme al arpa de Musica,” él le dijo, la mano derecha corriendo por el riff modulador de nuevo. Bowie puso ambas manos en ello ahora, improvisando un realce. “¿Qué clase de gente pueda crear música como ésta y aún sentirse capaz de matar?”

“No confundas a las personas con sus líderes,” Dana empezó a decir cuando Sean irrumpió en la sala. Él se dirigió en línea recta hacia ella y estaba sin aliento cuando habló.

“¡Teniente, no va a creer esto, pero tengo una noticia!”

“Dila,” ella dijo, sin una pista.

“Hice algunas investigaciones y descubrí a quién la PMG ha escondido en el piso noveno del centro médico. Es un piloto de Bioroid capturado –un piloto de Bioroid rojo.”

La boca de Dana quedó abierta. “¿Lo viste?”

Sean sacudió su cabeza. “Lo tienen bajo estrecha vigilancia.”

“¿Cómo averiguaste esto, Sean?” Bowie preguntó desde el taburete del piano.

Sean tocó con su índice su nariz. “Bueno, mi amigo, sólo digamos que rinde sus frutos amistarse con una linda enfermera de vez en cuando...”

Dana hizo un gesto de impaciencia. “¿Crees que sea él, Sean – Zor, al que vimos en la fortaleza?”

“No lo sé,” él confesó.

“Tengo que verlo,” ella dijo, comenzando a andar a pasos regulares.

“Esos policías militares pueden tener algunas ideas diferentes

sobre eso,” Sean dijo a su espalda.

“Me tienen sin cuidado,” Dana escupió. “¡Tengo algunas preguntas, y ese piloto de Bioroid es el único capaz de responderlas!”

“Yeah, pero nunca llegará a verlo,” Louie Nichols hizo oír su voz.

Angelo también se había prendido en la conversación. “No sé lo que tenga en mente, Teniente, pero no creo que sea una buena idea meter nuestras narices donde no pertenecen.”

“En todo caso,” Louie indicó, “él probablemente está programado en contra de divulgar información. No es probable que consiga sacarle algo.”

“Probablemente tienes razón,” Dana coincidió. “Pero no creo que pueda dormir bien hasta que lo confronte cara a cara.”

Sean puso sus manos en su cintura y pensó por un momento. “Bueno, si significa tanto para usted, entonces hagámoslo. ¿Pero cómo vamos a entrar allí?”

Dana consideró esto, luego sonrió en comprensión repentina. “Tengo una idea,” ella rió; luego rápidamente agregó, “¡Ajustense sus cinturones, muchachos –va a ser una noche agitada!”

Una hora más tarde, un transporte de mantenimiento falso estaba rugiendo por las calles oscurecidas de Ciudad Monumento camino al centro médico. Louie tenía el volante. Al ser detenidos en la puerta, Angelo, en el asiento del acompañante, pasó de prisa una orden de requisición y reparación falsa al guardia soñoliento.

“Mantenimiento quiere que reparemos un inyector de iones roto en uno de sus secuenciadores de exploración de rayos X,” el sargento dijo deliberadamente.

El guardia se rascó ausentemente su casco e hizo una seña con la mano al vehículo para que pase. Al entrar en el garaje subterráneo, Louie dijo, “ Por cierto, los inyectores de ion no se rompen. “

“Rompen, shmupen,” Angelo rimó. “Nos izo pasar, ¿no es así?”

Louie dirigió el transporte a un área de estacionamiento

apartada. Angelo saltó desde el asiento delantero y abrió de par en par las puertas posteriores: salieron de allí Bowie, Sean, Marino, y Xavez –todos con monos y gorros con visera– y Dana, en un uniforme de enfermera que era al menos tres tallas más pequeño y le ajustaba como una segunda piel. Louie y Bowie inmediatamente comenzaron a jugar con el teléfono del hospital y los interruptores de las líneas de comunicación, mientras que el resto de los hombres empezaron a desvestirse...

En la habitación del piso noveno de Zor, Nova puso a un lado su portapapeles para responder el teléfono. Una voz nasal en el otro extremo dijo:

“Esta es la oficina del Jefe de Personal Emerson, Teniente Satori, y el general solicita que usted se encuentre con él en el Ministerio cuanto antes.”

Nova mira con ceño al microteléfono combinado y lo colgó. Ella se disculpó con Zor por tener que irse tan repentinamente, y un minuto más tarde estaba en camino...

Bowie, quien tenía una reputación por las impresiones vocales, dejó de presionar su nariz e informó al equipo que Satori había mordido la carnada. Los monos fuera ahora, Angelo llevaba puesto zapatillas de dormitorio y una bata de tela de toalla no notable. Marino y Xavez estaban vestidos como ordenanzas. Sean vestía su uniforme usual.

“Muy bien,” Dana dijo al sargento, “haz tu jugada en diez minutos.”

“Nunca fallé una indicación,” Angelo prometió.

Nova dijo a las dos guardias de la PMG que estaban estacionados a ambos lados de la puerta a la habitación de Zor que mantuvieran sus ojos abiertos.

“Regresaré en breve,” ella dijo.

Al mismo tiempo, alguien presionó el timbre eléctrico afuera de la habitación en el séptimo piso de Marie Crystal. Ella estaba sentada en la cama, leyendo una revista de fisicoculturismo, la que ella rápidamente ocultó de la vista, deslizándose debajo de las sábanas y fingiendo estar dormida.

Un momento más tarde, las puertas se abrieron silbando y entró Sean.

Marie se enderezó, sorprendida. “¿Qué estás haciendo aquí a estas horas de la noche?”

Entretanto, en el primer piso, Dana, cargando un enorme bolso (su gorro de enfermera en su lugar), estaba escoltando una camilla hacia uno de los elevadores; la camilla era sostenida por Xavez y Marino, ambos llevando puesto máscaras quirúrgicas –para ocultar sus sonrisas tanto como cualquier otra cosa. Ellos entraron al elevador, presionando siete en el display de piso, precisamente cuando el ascensor adyacente se abría, permitiendo a Nova Satori salir.

Escalera arriba, Sean estaba arrodillado sobre una rodilla al lado de la cama de Marie. “Llegué a pensar... tú yaciendo aquí sola. Estaba preocupado por ti.”

“Oh, de veras,” ella regresó sarcásticamente.

“Seriamente,” él persistió. “Es una bella noche, Marie. Y pensé que te gustaría subir al techo y disfrutarla conmigo. ¿Un cambio de escenario, tú sabes?”

Marie rió. “Suenas grandioso, pero estos doctores vigilan cada movimiento que hago.”

Sean se puso de pie y bajó su voz conspiradoramente. “¿Qué dirías si te prometo que no te meterás en ningún problema?”

Ella le dio una mirada de confusión.

“Lo arreglé todo con la administración,” él dijo con inocencia elaborada.

Marie no pudo evitar sospechar un poco. “¿Por qué yo, Sean?”

“Porque eres tan dulce y fina,” él la halagó. “¡No puedo evitarlo!” Entonces de repente hubo golpe corto y seco y ligero en la puerta y él pareció repentinamente impaciente. “Vamos, alístate. Tu limosina está aquí.”

Apenas María había pasado una mano por su pelo y cinchado su manto, cuando las puertas se abrieron silbando de nuevo. Dos ordenanzas enmascarados aparecieron conduciendo una camilla.

Marie se recostó, sobresaltada y pensándolo mejor. “Sean, no estoy segura de esto...”

“¿Qué sucede?” él dijo. “A caballo regalado no se le miran los dientes.” Sin advertencia él tiró de las cobijas de la cama, y un segundo más tarde, Marie se encontró en sus brazos, siendo cargada

hacia la camilla que esperaba y esos ordenanzas sonrientes...

Tan pronto como el trío del 15to había transportado la camilla una distancia segura por el desierto pasillo, Dana entró deprisa en la habitación de Marie, se quitó el sombrero almidonado, y abrió la ventana. Ella se inclinó hacia fuera y miró hacia arriba: La habitación de Zor estaba dos pisos directamente arriba. De la bolsa de hombro, ella recuperó un arma de choque, una espiral corta de cuerda, y cuatro copas de succión de trepador. Ella colocó su brazo por el primero, y sujetó las copas a sus rodillas y muñecas. Apretó el arma de choque en el estrecho cinturón del uniforme. Una vez realizado eso, se subió al antepecho de la ventana y comenzó a trepar el lado marmóreo del edificio.

Al alcanzar el noveno piso, ella miró cautamente por la ventana, casi perdiendo su agarre cuando vio a Zor, el piloto carmesí, sentado en la cama de una plaza de la habitación, una chaqueta de uniforme sobre sus hombros. Ella se bajó cuando él pareció sentir su presencia y se volvió hacia la ventana. Ella permaneció allí durante varios segundos, luego verificó su reloj. Decía 9:29.

“Casi la hora,” ella dijo quietamente, fijando una cuerda al marco exterior de la ventana...

Exactamente a las 9:30 un Sargento Dante en bata de baño y pantuflas salió de uno de los elevadores del noveno piso. Tres guardias de la PMG estuvieron sobre él inmediatamente.

“Regrese al ascensor,” uno de ellos le dijo brevemente. “Este piso está cerrado al público.”

Angelo esperó a que las puertas se cerraran y entonces dijo: “Está bien, se me permite estar aquí arriba.” Él comenzó a caminar indiferentemente. Un segundo guardia lo refrenó.

“Verifiquen a este sujeto con seguridad,” el guardia ordenó a uno de sus compañeros. El hombre corrió al teléfono de pared, pero reportó con un grito que la línea estaba muerta.

Gracias a la alteración del sótano de Louie, Dante pensó.

“Déjenme ir, muchachos,” el sargento protestó contra los dos que le habían sujetado de los brazos. “¡Se los digo, estoy aquí para ver a mi esposa!”

“Cálmese, amigo,” dijo el que estaba a la izquierda de Dante. “Vamos a ir a dar un pequeño paseo. ¿Va a venir tranquilamente o

tenemos que arrastrarlo?”

Dante sonrió internamente y se preparó para la batalla...

En su habitación a una distancia corta pasillo abajo, Zor oyó la conmoción y salió de la cama para investigar. Era toda la distracción que Dana necesitaba: ella ingresó de un salto por la ventana, su arma de choque en las manos.

“¡Quédese justo ahí!” ella dijo a Zor, quien estaba a poco de la puerta.

Zor giró y comenzó a caminar hacia ella, en silencio pero determinado.

“¡Retroceda!” Dana le advirtió, armando el arma y colocando ambas manos en el mango. “¡Si no se detiene, dispararé!”

Pero él no fue disuadido, un momento él estaba acechándola, y al siguiente a un metro sobre su cabeza en una supersalto que lo hizo aterrizar precisamente sobre el arma. Cuando éste salió volando de sus manos, Dana retrocedió, adoptando una pose defensiva y esperándolo que viniera.

Zor se inclinó hacia delante como para dar un paso, pero se agachó diestramente cuando ella salió con un gancho derecho. Él se tiró contra su abdomen, tirándola al piso fácilmente y sujetándola contra el piso, su mano izquierda sujetada en la muñeca izquierda de ella, su antebrazo derecho apretado contra su garganta, suficientemente firme para sofocar el aliento de ella.

“¿Por qué estás tratando de matarme?” él exigió. “¿Qué he hecho?!”

Dana jadeó por aire, alcanzando a decir: “¡Eres responsable por matar a hombres bajo mi comando!” ¡Y más!

Ella vio que sus ojos se abrieron ampliamente en sorpresa, sintió disminuir la presión contra su tráquea, y sacó el mayor provecho de ello, levantándolo con sus piernas y arrojándolo sobre la cabeza de ella. Pero el ágil alienígena aterrizó sobre sus pies después de una vuelta carnero hacia atrás, en posición agachada de combate cuando Dana se movió hacia él.

Él esquivó su patada lateral y cayó al piso, barriendo las piernas de Dana de debajo de ella con su pie derecho. Ella cayó duramente sobre el lado de su cara y perdió el conocimiento por un momento. Cuando ella levantó la vista, el alienígena tenía el arma apuntada

hacia ella.

“Tú eres él,” Dana dijo, luchando por ponerse de pie. “El Bioroid rojo,”

“¿Qué dices?!” Él la interrogó.

Dana tenía sus puños apretados, sus pies separados para otro kata. “¿Tú eres al que vimos en los montículos –el que capturó a Bowie! ¡Y el de la fortaleza!”

Zor relajó su arma algo, su cara traicionando la perplejidad que él sentía. “Nova me dijo lo mismo,” él dijo con rostro preocupado. “¿Qué significa –Bioroid?”

Dana se enderezó de su pose. “¿Tu memoria sólo trabaja cuando estás matando a mis hombres, no es así?!” ella gritó. “¿Ni siquiera sé por qué me molesto contigo, alienígena!”

Zor cejó como si hubiese sido pateado. “¿Alienígena?” él pareció preguntarse; luego: “¿Soy un ser humano!”

Lo que él apenas pronunció: la poderosa patada frontal de Dana lo agarró directamente en la barbilla y lo hizo golpear estrepitosamente contra la pared. Él aún tenía el arma, pero ahora colgaba ausentemente a su lado.

“¿Yo estaba allí cuando te arrastraste fuera de ese Bioroid!” Dana bulló. “¿No lo niegues!” Ella estaba de pie esperando a que él se levantara, sus manos listas; pero el alienígena permanecía sobre sus rodillas, sangre saliendo de su boca..

“No lo haré,” él dijo contritamente. “Pero yo no era responsable por lo que estaba haciendo.” Zor la miró y dijo: “¿tienes que creermelo!”

“¿Quién te hizo hacerlo?! ¿Quiénes son ellos?!” Dana exigió.

Resignado, Zor arrojó el arma a los pies de ella. “¿No puedes verlo?” él dijo, muy disgustado consigo mismo. “He perdido mi memoria...”

En los elevadores, Bowie Grant, con un abrigo blanco tan grande para su talla como el uniforme de Dana lo era pequeño para ella, había venido a ayudar a Angie. No era que el sargento necesitase ayuda: un guardia ya estaba inconsciente, el sujetado en el brazo izquierdo de Dante bien de camino, y el tercero estaba más de medio camino hacia allí. De algún modo, todos ellos habían perdido sus cascos en la lucha.

“Ah, disculpe, Sr. Campbell,” Bowie estaba diciendo con su mejor voz docta. “La habitación de su esposa está en el octavo piso.”

Dante arrojó a los dos guardias a un lado desechándolos y pasó a terminar su escena con Bowie, actuando para un público casi inconsciente.

“Así que cometí una equivocación, Doc –¿es esa alguna razón para que estos gorilas suyos estallasen contra mí?!”

Bowie, también, estaba deseoso de divertirse, especialmente ahora que los tres estaban recuperando el conocimiento. “Cálmese, Sr. Campbell. Sólo estaban haciendo su trabajo. Y usted difícilmente puede culparlos por eso, ¿correcto?”

Angelo rió brevemente y dejó a un Bowie silbante llevárselo...

La tonada que Bowie silbaba era una extraña, con una melodía inusual pero persistente. Era la señal de Dana para que hiciera su escape. Ella dijo este tanto a Zor quien estaba sentado ahora en el borde de la cama, su cabeza en sus manos.

“¿No puedes recordar nada en absoluto?” Dana preguntó por última vez.

“No, es irremediable,” Zor empezó a decir pero repentinamente levantó la vista al oír el sonido de la tonada silbada. “Esa música,” él dijo ansiosamente. “¿Qué es esa música?!”

Dana se arrodilló a su lado. “Uno de mis soldados la aprendió de una chica alienígena en la fortaleza,” ella explicó.

“¡Sí... la recuerdo!” Zor exclamó. “Una muchacha llamada... Musica.”

Dana quedó boquiabierta. “¡Es cierto!” Así que la visión de Bowie fue real después de todo, ella dijo para sí.

“Ni siquiera estoy seguro de cómo lo sé,” Zor se encogió de hombros...

En otra parte, la Teniente Nova Satori regresaba furiosa a los elevadores del centro médico. “¡Nadie me hace quedar en ridículo de esa manera!” ella hirvió en voz alta cuando las puertas del ascensor se cerraron...

“¡Pero esto es grandioso!” Dana estaba diciendo al alienígena, ya no ansiosa por dejar la habitación. “¡Parece que tu memoria está regresando!”

Zor sacudió su cabeza en desesperación.

Y repentinamente las puertas se abrieron silbando.

Dana pensó que podían ser Bowie y Angelo, pero cuando se volvió encontró a Nova Satori mirándola con odio.

“¡Tendré sus barras por esto, Sterling!” ella oyó a la teniente de la PMG decir. Dana dio dos pasos rápidos y se lanzó por la ventana, descendiendo a soga hasta la habitación de Marie con las amenazas de Nova sonando en sus oídos.

Capítulo 14

Irónicamente, el hombre que más pudo haber ayudado era también el que más daño pudo haber hecho –el Dr. Lazlo Zand, quien emerge de sus propios trabajos y de aquellos de numerosos comentadores como una especie de voyeur para la devastación de la Tierra por los Maestros Robotech. Su manipulación patológica de Dana Sterling ha salido a la luz sólo recientemente [ver el propio Horizonte de Eventos de Zand] y uno comprende completamente por qué el Jefe de División Rolf Emerson era reacio a involucrar al científico en cualquiera de los tratos de la Tierra con sus nuevos invasores. Pero debe ser señalado que sólo Zand, el discípulo principal de Lang, pudo haber provisto las respuestas a las preguntas que el Comando de la Tierra estaba haciendo. Es en realidad fascinante especular lo que podría haber surgido de una reunión entre Zand y Zor Prime.

Zeitgeist, Perspicacias: Psicología Alienígena y la Segunda Guerra Robotech

El primer pensamiento de Nova fue hacer arrestar a Dana por la PMG por deliberadamente violar la seguridad, cohecho, o cualesquiera cargos fraudulentos que los muchachos en jugadas sucias podían inventar. Pero el hecho era que el encuentro de Dana con Zor había resultado en un adelanto de alguna clase. Cuando Nova lo había interrogado después del escape valentonado de Dana del noveno piso de la habitación del hospital, fue evidente que algo dentro del alienígena se había meneado; él tenía al menos recuerdos

parciales de nombres y caras aparentemente vinculados a su pasado reciente, tal vez mientras estaba a bordo de la fortaleza alienígena misma.

El Profesor Cochran ya estaba revisando su diagnóstico inicial basado en el reporte actualizado de Nova; él estaba rechazando ahora la idea del estado de fuga y pensando más desde el punto de vista del tipo retrógrado, o posiblemente una forma nueva de amnesia global pasajera. Escaneos del cerebro realizados después de la lucha del alienígena con la Teniente Sterling indicaban que las anormalidades límbicas detectadas más temprano habían disminuido hasta cierto punto; pero Cochran estaba aún a oscuras en cuanto a la etiología. Él presionó a Nova para que llamase abiertamente al Profesor Zand, pero Nova se rehusó; ella le prometió, sin embargo, que haría mención de Zand durante su reunión con el General Emerson.

El general estuvo furioso con Sterling durante casi cinco minutos. Después de eso, Nova pudo ver que un nuevo plan había surgido en él, uno que pondría a Dana Sterling en el mismísimo centro de las cosas. Nova retendría el control sobre el interrogatorio de Zor, pero Dana iba a proveer el estímulo.

Emerson explicó todo esto a Dana apenas una semana después de que los actores del centro médico habían hecho unos tontos de los guardias de la PMG.

Dana no había oído una palabra de Nova o el Alto Mando durante ese tiempo y había pasado sus momentos de holgazanería preparándose para el calabozo, trabajando su cuerpo hasta el agotamiento en las salas de entrenamiento del cuartel, y tratando de sacar algún sentido de las emociones contradictorias que ella sentía ahora hacia el piloto alienígena. Zor había sido extraído del hospital de la base e incluso Sean no había sido capaz de sacar ninguna información adicional del personal de cuidado.

Así que Dana apenas se sorprendió cuando le llegó la llamada para que se reportase con el General Emerson en el Ministerio. Pero había sorpresas esperándole que ella no podía haber supuesto.

Rolf estaba sentado rígidamente en su escritorio cuando Dana se anunció y entró caminando a la espaciosa oficina. El Coronel Rochelle estaba parado lejos a un lado, Zor al otro lado. Dana

ofreció un saludo y Rolf le dijo con una voz regañona que se acercase al escritorio.

“Supongo que no hay ninguna necesidad de que le presente a Zor, Teniente Sterling. Entiendo que ustedes dos ya se conocen.”

Dana engulló y dijo, “Sí, señor. Verá—”

“No quiero oír tus explicaciones, Dana,” Rolf interrumpió, moviendo de un lado a otro su mano despreciativamente. “Este asunto ya es bastante confuso.” Él aclaró su garganta significativamente. “Lo que tú puedes o no saber, es que Zor está aparentemente amnésico —o a causa del choque o tal vez por cierta salvaguarda neural que los Maestros vieron a bien incluir en sus pilotos Humanos. Sin embargo, creemos que él puede ser sacado de esto. En realidad, su previo... encuentro con él parece haber provisto un principio en esa dirección.”

“Uh, gracias, señor,” Dana murmuró, instantáneamente deseando desdecirse de ello. Los ojos de Rolf estaban destellando de ira.

“¡No me agradezca, Teniente! ¡Lo que usted hizo fue excesivo, y hasta cierto punto se esperará que lo compense!” Rolf bufó. “Pero por ahora, quiero poner a Zor bajo su dirección personal. Quiero que él participe en las actividades del Decimoquinto.”

Dana estaba espantada. “¿Señor?... ¿Quiere decir?...” Ella miró a Zor, afectada por cuán brutal él lucía en el uniforme y las botas que alguien le había suministrado: un uniforme azul marino y escarlata muy ajustado, cinchado por un cinturón ancho y dorado, y de cuello de tortuga, haciendo parecer a su cabellera color lavanda aún más larga. Su sonrisa tímida trajo una similar al rostro de ella.

“Creo que comprendo la lógica aquí,” ella dijo, volviéndose hacia Rolf. “Una asignación militar puede ayudar a su memoria de alguna forma.”

“Precisamente,” dijo Rolf. “¿Piensas que puedes manejarlo, Dana?”

De nuevo ella miró a Zor; luego inclinó la cabeza. “Estoy deseosa de intentarlo, señor.”

“¿Y qué hay de su equipo?”

Dana pensó sus palabras cuidadosamente antes de hablar. “El Decimoquinto es la mejor unidad en la Cruz del Sur, señor. Todos

harán su parte.”

“¿Y Bowie?”

Los labios de Dana se apretaron. Bowie sería más difícil de manejar. “Hablaré con él,” ella dijo a Rolf. “Él lo hará bien, y estoy dispuesta a apostar mis barras a ello.”

Emerson la miró duramente y dijo, “Lo está, Teniente.”

Cuando Dana había dejado la habitación con Zor, el Coronel Rochelle tuvo algunas cosas para decir a Emerson, empezando con desaprobar el proyecto entero. “Es una locura,” él dijo a Rolf, gesticulando mientras se paseaba frente al escritorio. “Y no quiero otra parte más. Un piloto alienígena –un puesto, para colmo– vagando por ahí con una de nuestras mejores unidades... ¿Supongamos que es un topo? ¿Supongamos que está cableado o arreglado de alguna forma que nosotros ni siquiera podemos imaginar? Podríamos de igual manera dar a los Maestros una invitación abierta para que echen un vistazo a nuestras defensas.”

Emerson le dejó hablar; Rochelle no estaba diciendo nada que Rolf no hubiera pensado ya, que no hubiera temido, escudriñado, y analizado en extremo.

“¿Y por qué Sterling? Ella es un problema de disciplina y una–”

Rochelle se cortó a poco de decir la palabra, pero Emerson terminó el pensamiento por él.

“Es cierto, Coronel. Es mitad alienígena. Parte Humana, parte Zentraedi, y por lo tanto la elección perfecta en este caso.” Rolf exhaló ruidosamente, cansadamente. “Sé perfectamente cuán arriesgado es esto. Pero este Zor es nuestra única esperanza. Si podemos mostrarle quienes somos, entonces tal vez él pueda convertirse en nuestra voz con los Maestros. Si ellos están en busca de lo que creo que están buscando, tenemos que usar a Zor para convencerlos de que no lo tenemos.”

“La legendaria fábrica de Protocultura,” Rochelle dijo deliberadamente. “Sólo espero que sepa lo que está haciendo, señor.”

Con los ojos cerrados, Emerson se recostó en su silla y no dijo nada.

“Nuestro nuevo recluta es un soldado muy habilidoso,” Dana decía a los miembros reunidos del 15to. “Puedo decirles que él ha sido asignado a nosotros personalmente por el General Emerson, y que yo tengo suma confianza en él.”

El equipo, incluyendo un par de verdes recién salidos de la Academia, estaba reunido en posición de descanso en la sala de alistamiento de los cuarteles. Dana había estado dando publicidad al nuevo recluta durante los pasados cinco minutos y Angelo por lo menos estaba comenzando a sospechar. Especialmente con toda esta plática sobre tener fe suficiente en la decisión del Alto Mando para aceptar una misión que parecía un poco extraordinaria a primera vista.

“Muy bien, puedes entrar ahora,” la teniente decía, media girada hacia las puertas corredizas de la sala de alistamiento.

Las puertas se abrieron silbando y el delgado y bien afeitado recluta entró. Él era guapo en casi modo andrógino, de altura arriba de la media, y luciendo una sombra de tinte púrpura claro en su largo cabello. Los hombros de su uniforme eran verdes en contraste al rojo de Dana, el amarillo de los cadetes, y el azul de Louie. Dana lo presentó como Zor.

El nombre no tenía ningún significado para algunos de ellos, pero Angelo expresó en voz alta las repentinas inquietudes del resto.

“¿Es este el alienígena?!”

Dana dijo, “Zor es oficialmente parte de nuestra unidad.”

Ahora todos se chiflaron –todos excepto Bowie, con quien Dana había hablado de antemano y quien ahora estaba haciendo rechinar sus dientes. Murmullos de incredulidad y confusión barrieron por las filas de la tropa, hasta que Dante airadamente les dijo que se callaran.

“¿Teniente, es este el bobo real?” el Cabo Nichols preguntó escéptico.

“Battloids Llameantes,” Dana respondió. “¿Crees que estoy inventando esto?”

De nuevo los comentarios empezaron y de nuevo Dante los

acalló, dando un paso hacia delante esta vez y fijando a Zor con una mirada fija y penetrante.

“¡Teniente, yo vi a este alienígena ser derribado por sus propias tropas! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡El sujeto es un espía! ¡¿No es demasiado obvio para que lo vea el Alto Mando?! ¡Él es un maldito espía!”

“No hay modo de que lo quiera como mi piloto de flanco,” Sean expresó.

“¡SILENCIO!” Dana gritó cuando las cosas comenzaron a escalar.

“¡Ahora, yo aún estoy en comando aquí, y les estoy diciendo que Zor está oficialmente asignado a nuestra unidad! Dejen al estado mayor preocuparse sobre si es o no es un espía. ¡Es nuestro trabajo hacerlo sentirse bienvenido y esa es la esencia del asunto!” Dana se quedó parada, los brazos en jarra, con su barbilla hacia delante. “¿Alguna pregunta?” Cuando nadie habló, ella dijo: “¡Dispérsense!”

Todos excepto Louie Nichols comenzaron a marcharse en fila de la sala, arrojando miradas hostiles al nueva recluta. El cabo, sin embargo, se acercó a Zor y extendió su mano.

“Bienvenido al Decimoquinto,” Louie dijo sinceramente.

Zor aceptó la mano ofrecida vacilantemente. Era bastante fácil ver de qué lado estaba la mayor parte del equipo; ¿pero qué se suponía debía sentir él hacia aquellos que repentinamente le estaban dando la bienvenida?

“Así que, amigo,” Louie sonrió. “¿Tú y Dana –se llevan bien?”

La situación era, por supuesto, fascinante para Nichols: la hija de una XT biodiseñada genéticamente y un Humano, ahora era responsable de un XT quien muy bien pudo haber contribuido con su propia materia celular al embrollo genético... Dana y Zor podían ser padre e hija, hermana y hermano, las posibilidades eran ilimitadas. Pero lo que más intrigaba a Louie era la idea de que este Zor estaba relacionado de alguna forma con su tocayo Tiroliano –¡el genio que había descubierto la Protocultura misma!

El recluta Zor estaba confundido por la pregunta de Louie; pero Dana parecía haber conocido el juego del gesto amistoso del cabo.

“¿No tienes nada mejor que hacer?” ella dijo conducentemente. “¿Tal vez abajo en las bahías mecánicas o algo por el estilo?”

Louie comprendió la indirecta y sonrió. “Supongo que podría encontrar algo que hacer... Más tarde, Dana.”

“¡Y yo te agradeceré que te dirijas a mí de la manera apropiada desde ahora en adelante!” ella vociferó mientras él estaba retrocediendo y alejándose.

Louie alcanzó las puertas corredizas precisamente delante de Eddie Jordon, el hermano más joven del soldado que había encontrado tal fin cruel durante la misión de reconocimiento de la fortaleza. Dana notó que el cadete añadió su propia mirada hostil al estanque antes de salir, fijando a Zor con una mirada que podía matar.

Ellos lo ubicaron en una habitación pequeña, vacía excepto por una única silla y oscura excepto por la magra luz roja de una solitaria bombilla de filamento. Todo era tan alienígena a él: estos encuentros, eventos y desafíos. Y sin embargo una parte de su mente estaba seguramente familiarizado con todo ello, dirigiéndolo irreflexivamente por los movimientos, poniendo palabras en su boca, convocando emociones y reacciones. Pero él estaba consciente de la ausencia de conexión, la ausencia de recuerdos que debían haber estado atadas a estos mismos encuentros y emociones. Un depósito que había sido drenado, el que ellos ahora esperaban rellenar.

Sacado de la habitación él fue dejado solo a oscuras, aunque sus sentidos le decían que esta área era mucho más grande que la última, y que él estaba bajo observación. El sujeto delgado que lo había escoltado a esta nueva oscuridad había atado un arma en él, una pistola de rayo láser no usada que de algún modo se sentía primitiva y arcaica en su puño. De nuevo, el pensamiento lo asaltó de que había cierta redundancia insensata trabajando aquí: el arma debía disparar espontáneamente, adaptarse a su voluntad, reconfigurarse...

Pero de repente un proyector orientable lo encontró, y él ya no estaba solo sino en el centro de un anillo que giraba rápidamente de

objetivos ordenados en serie; y él entendió que la naturaleza de la prueba era destruir cada uno de éstos dentro de un intervalo predeterminado de tiempo. Las órdenes y el conteo regresivo eran transportados a él por un sistema de dirección amplificado que él no podía ver, con voz lo suficientemente alta para que él lo oyera a través de los silenciadores acolchados que alguien había pensado en colocar sobre sus oídos.

Los objetivos en blanco y negro habían estado girando más y más rápidamente, pero ahora estaban dispersándose, abandonando la disposición ceñida del círculo hacia la seguridad del movimiento casual y caótico. Un cronómetro digital destellaba en el fondo.

Él separó sus piernas y tomó el arma con ambas manos, vacío de todo pensamiento y centrado en seleccionar el objetivo ordenado en serie. Cuando el número uno llegó por detrás de él, él se agachó, volteó, y disparó una carga, desintegrando la cosa insubstantial en un destello ardiente. El número dos vino volando desde su derecha y él lo agujereó asimismo, quedando en posición para los números tres y cuatro.

Él arriesgó un vistazo al conteo regresivo numérico y comprendió que tendría que presionarse más duro si quería destruir a todos ellos. Su siguiente ráfaga eliminó a dos al unísono.

Ahora ellos estaban viniendo a él de canto, pero aún su puntería resultó certera, cuando dos, luego tres objetivos más fueron astillados y destruidos. Él eliminó al último con un tiro sobre su cabeza justo cuando el conteo regresivo alcanzaba cero-cero-cero-cero.

Cuando las luces del techo de la habitación se encendieron, Zor enfundó la pistola y quitó los manguitos de seguridad. Dana salió corriendo de la casilla de control, cumplimentando a Zor por su puntaje. Detrás de ella, estaban varios miembros del 15to, miradas hoscas en sus caras.

“¡No puedo creerlo!” Dana estaba diciendo efusivamente. “¿Dónde aprendiste a disparar de esa manera? ¡Venciste al simulador! ¡Nunca nadie lo había hecho antes! ¡Eres bueno, Zor; eres realmente bueno!”

Zor sintió algo semejante al orgullo pero no dijo nada. Él oyó a uno de los cadetes decir, “Sí, demasiado bueno.”

Él era joven, del lado menor, con flequillo castaño oscuro y una cara inmadura pero no desagradable. Él tenía sus brazos cruzados a través de su pecho, insolentemente.

Eddie, Zor recordó.

“¿Puedes disparar muy bien, pero ahora qué, as? ¿Vas a destruir a los Bioroids o a nosotros?”

Zor permaneció callado, incierto.

“¡No puedo oírte, grandulón!” Eddie lo ridiculizó. “¿Cuál es el problema –el gato te comió la lengua, tipo duro?”

“Vamos, Eddie,” dijo Dana. “Vasta ya.”

“¡Vamos, Teniente!” el joven le dijo. “¡No me creo esta basura de que perdió la memoria!”

Sin advertencia Eddie sacó su arma y la apuntó hacia Zor, quien permaneció inmóvil, casi indiferente. Dana se había puesto delante de él, advirtiéndole a Eddie que apartase el arma.

En vez de ello el cadete sonrió, dijo, “¡Toma!”, y lanzó al arma lateralmente. Dana esquivó, tropezando en los brazos de Angelo, y Zor atrapó la cosa.

“¡Y tampoco creo que él sea tan duro!” Eddie dijo, alejándose de todos ellos.

Dana se enderezó y fijó la vista detrás él, las manos en sus caderas. “¡Muchacho inteligente!” ella murmuró.

Zor miró al arma, sintiendo un asco repentino.

El alienígena permanecía exilado, pero la mayor parte del 15to de mala gana llegó a aceptarlo. Parecía improbable que él llegase a ser aceptado alguna vez como uno del equipo, pero de una manera general las miradas hostiles habían cesado. A excepción de Bowie y Louie, todos ellos simplemente lo ignoraban. Dana era un caso especial; su interés en Zor ciertamente estaba más allá del llamado del deber y especialmente inquietante para el Sargento Dante. No había mucho que él pudiera hacer al respecto, pero él mantenía sus ojos en Zor siempre que podía, aún convencido que el piloto de Bioroid era un agente de los Maestros Robotech, y que esta cosa de

la amnesia era falsa en el mejor de los casos.

Sólo Sean era neutral en el asunto del amor obsesivo de Dana. No era como si él no le hubiera pensado un poco en ello; sólo era que él estaba tan involucrado en su propia infatuación con Marie Crystal para prestarle cualquier cuidado. Desde la noche en la azotea del centro médico, Sean había estado absorto con la teniente de cabellos negros y brillantes, casi al punto de olvidarse totalmente de las otras mujeres en su vida.

El día en que Marie debía salir del hospital, Sean se vistió con su traje más fino y limpió las florerías de la base de los ramilletes. Él estaba en camino a verla, cuando Dana casi lo derribó en el pasillo de los cuarteles. Sterling, también, estaba vestida al extremo: una falda y blusa de sombras rosas, una bufanda de seda blanca anudada alrededor de su cuello.

“Ahora escuche, soldado,” ella rió, “Marie no será tan fácil como cazar calandrias, ¿me entiende?” Ella enfatizó esto golpeando rápida y ligeramente el dedo índice contra uno de la media docena de ramilletes que él llevaba, destrozando los pétalos de un pimpollo.

“No bromeo,” él bromeó en respuesta. “Yo disparo bastante bien... ¿Y qué hace de civil?” él dijo, dándole una ojeada.

“Sólo una sesión de interrogación con Zor,” Dana le dijo, con los ojos estrellados.

“¿Interrogación? ¿Con esas ropas?”

“Sí,” ella asintió con la cabeza, verificando su reloj. “¡Y estoy retrasada! ¡Así que dile a Marie que le dejes saludos, y que vendré a verla tan pronto como pueda!”

Con eso, Dana se marchó, dejando a Sean murmurando en su estela: “Un verdadero cadete del espacio.”

La idea de Dana de una sesión de interrogación era la de llevar a Zor a Arcadia, el único parque de atracciones de Ciudad Monumento. Allí ellos comieron la comida chatarra usual y alimentaron créditos a los juegos usuales, pero sólo Dana estaba

interesada en ir a los paseos. Zor la miraba desde fuera, mientras ella se permitía girar en círculos en una variedad interminable de sube y bajas aquí, centrifugado allí, hacia atrás, adelante, y de lado.

Sorprendía a Zor que después de todo esto ella pudiera todavía conservar apetito para los dulces pegajosos que ella prefería; pero de nuevo, allí había tanto que era poco común sobre ella. Por momentos él sentía como si la conociera de algún pasado olvidado que antedataba la vida misma, y no era tanto una parte de su estado amnésico, sino que tenía más que ver con enlaces místicos y correspondencias ocultas.

Para Dana era casi lo mismo, sólo que en mayor grado (que todas las cosas estaban con ella). Ella reconocía su infatuación y no hacía nada para reprimirla o disfrazarla. Se suponía que Zor debía ser tratado abierta y honradamente, y Dana no veía por qué el amor no podría estimular su memoria al igual que la guerra lo podría hacer. Siguiendo las órdenes estrictas del General Emerson, ella aún tenía que decirle de su ascendencia mixta; pero dada su condición, la confesión tendría poco impacto en todo caso. Así que ella simplemente trataba de mantener las cosas divertidas.

En un momento él sugirió que regresasen a la base, pero ella lo vetó, señalándole que ella era la que estaba a cargo.

“¡Pero yo soy en quien tú estás experimentando!” él le dijo, poniendo esa cara triste que la hacía quererlo sostener y amar. A cambio, él atrapó la mirada en su rostro y le preguntó si le pasaba algo.

“Creo que estoy enamorada,” ella suspiró, sólo para oírle responder: “Esa palabra no tiene significado para mí.”

Esa era una línea que ella había oído bastante a menudo en el pasado; así que ella se iluminó al instante y lo convenció de al menos montar el Túnel Espacial con ella. Él no estaba locamente entusiasmado con la idea, pero finalmente cedió.

El Túnel Espacial era la atracción principal de Arcadia; no sólo se requerían supuestos atrevidos para elevarse hasta la cima sino prácticamente presentar una nota de sus médicos también. Era un paseo agotador en montaña rusa a alta velocidad a través de túneles que habían sido diseñados para jugar trucos peligrosos con los sentidos visual y auditivo. Los participantes se encontraban sujetos

lado a lado en carros antigraavedad para dos personas que eran lanzados en una sesión fantasmagórica con náusea y puro susto.

Después de que Zor entendiera que los gritos de Dana eran el resultado del regocijo y no del terror, él, también, comenzó a rendirse a la experiencia. Fue sólo cuando ellos entraron el infame túnel giratorio que las cosas empezaron a desunirse.

Había algo sobre la colocación de esos discos de luz a lo largo de las paredes del túnel, algo sobre su forma vagamente oval y concavidad curiosa que sacó un recuerdo alarmante... uno que él no podía conectar a nada sino al horror y la captura. Parecía jalar de la tela misma de su mente, abriendo lugares que era mejor dejarlos sellados y olvidados...

Dana vio su angustia y desesperadamente trató de agarrarlo; pero estaba inmovilizada por las fuerzas g y el propio mecanismo de arneses. Ella no podía hacer nada sobre el primero sino esperar a un punto más calmo a lo largo del curso; así que entretanto ella se puso a trabajar en los arneses, liberando de un tirón los acopladores de sus manguitos. Casi inmediatamente ella se dio cuenta que había calculado mal: el carro estaba acelerando en un rizo completo y en un instante los arneses de hombro estuvieron liberados y ella fue arrojada del asiento.

Zor la vio propulsada hacia la parte de atrás del veloz carro, la vista espantosa fue lo bastante fuerte para vencer el asimiento de la memoria. Excepto que no fue sólo por Dana que él se estiró después de que había liberado sus propios arneses, sino por la imagen radiante de una mujer de su pasado, una imagen rosada brumosa de amor y pérdida, no fácilmente olvidada en esta o cualquier otra vida.

Zor luchó a brazo partido con la imagen de la mujer por varios días. Él no lo mencionó a Dana o a Nova Satori, pero lo acompañaba dondequiera que él fuera, su primer recuerdo bien definido, aparentemente una llave para esa Caja de Pandora almacenada en su mente.

Él estaba con la teniente de la PMG ahora, viendo una serie de imágenes de vídeo que aparentemente debían tener algún significado para él, pero hasta ahora habían resultado menos que evocativas. Árboles frutales altos de algún tipo, zarcillos enrollados alrededor de una misteriosa esfera luminiscente; vacuolas protoplasmáticas libremente flotando entre un plexo aparentemente neural de cables y cruces; un cono blindado cofado elevándose de la superficie igualmente blindada de una fortaleza galáctica...

“Hemos visto repetidamente estas cintas, Zor,” Nova dijo, iluminando la habitación con un golpecito a un interruptor. “¿Qué estás tratando de hacer –volvemos locos a ambos?”

Zor hizo un sonido de descontento. “Me estoy acercando más cada vez que veo estas cosas. Puedo sentirlo, sólo puedo sentirlo. Voy a recordar. Algo, al menos. Me abriré paso.” Zor acarició su frente ausentemente, mientras Nova cargaba un vídeo cassette en una segunda máquina. “Echémosle una mirada a ese primer programa de nuevo.”

“¿Qué sucederá si recobras tu memoria?” Nova le preguntó fríamente. “¿Perderás la razón o qué?”

“¿A quién le importaría, de todos modos?” Zor respondió.

Nova sonrió irónicamente. “Quizá a Dana, pero ella es casi la única.”

La actitud de la teniente de la PMG hacia el alienígena había cambiado, aunque Zor no sabía cómo comprenderlo. Él sentía que ello tenía algo que ver con Dana, pero no veía cómo eso podía explicar el repentino cambio de posición de ella.

“Sólo pon la cinta,” él le dijo ásperamente.

Una máquina de guerra bípeda de color rojo que Satori había llamado un Bioroid; otras máquinas de guerra en combate con Hovercrafts; tres mesetas idénticas, redondas y empinadas, coronadas con vegetación y elevándose abruptamente de un llano boscoso...

Zor miró con fijeza la escena, un dolor agudo perforando su cráneo, palabras en una lengua antigua llenando sus oídos internos.

“La Tierra es la fuente final de la Protocultura,” la voz empezó. “La base de nuestro poder, la sangre vital de nuestra existencia. Nuestra meta primera es controlar esta fuente de vida recobrando lo

que nos fue robado, lo que fue ocultado de nosotros, aquello de lo cual sólo nosotros somos dignos y tenemos derecho...”

Zor estaba de pie, no consciente de la inquietud sonora de Nova. Él vio a tres formas sombrías originarse en los montículos y desaparecer –criaturas deliberadamente revelándose para su beneficio.

Nova oyó un gemido compacto, luego grito en agonía cuando él colapsaba inconsciente sobre la mesa.

El Profesor Cochran no estaba disponible y el Profesor Zand era tabú; así que Nova tuvo que pedir prestado a la PMG a un médico del Estado Mayor General relativamente de menor grado del departamento de defensa.

Zor estaba inconsciente, aunque no en coma, retorciéndose en la cama en la que Nova y el médico lo habían llevado a los cuarteles de la policía militar.

El Dr. Katz y la Teniente Satori estaban sobre él ahora; el médico profesionalmente apartado y Nova alentada por la brecha pero al mismo tiempo alarmada. Katz había desnudado a Zor y le había dado un sedante, lo bastante poderoso para calmar al alienígena un poco pero no lo suficientemente fuerte para controlar los horrores invisibles que él estaba experimentando.

“La Tierra,” Zor estaba gimiendo. “La Tierra, la Tierra es la fuente... ¡La Tierra!... ¡la Protocultura! ¡Debemos tenerla!...”

“Él finalmente está recordando,” Nova dijo quietamente.

Katz se ajustó sus anteojos y dio una mirada final a las cartas de cabecera. “No hay signo aparente de daño cerebral. El sedante debería surtir efecto pronto y durar toda la noche.”

Nova le agradeció. “Una cosa más,” ella le dijo antes de que él dejara la habitación. “Ahora está bajo restricción de seguridad máxima. Usted no ha sido aquí en absoluto, nunca ha visto a este paciente. ¿Está entendido?”

“Completamente,” dijo Katz.

Nova repasó el flequillo húmedo de la frente afiebrada de Zor y

siguió al médico afuera.

Un minuto después de que la puerta se cerró detrás de ella, una carga eléctrica pareció hacerse cargo del alienígena sedado, empezando en su cabeza y radiándose a lo largo de sendas aferentes, forzando su cuerpo en un tipo de saludo involuntario de brazos estirados. Zor gritó y se agarró a las sábanas de la cama, su espalda arqueada, el pecho levantado, pero Nova y Katz estaban muy lejos para oírlo.

Capítulo 15

Zor había sacrificado su vida al intentar remediar algunas de las injusticias que sus descubrimientos habían ocasionado. Debe habersele ocurrido a los Maestros que su clon –alimentado correctamente, correctamente controlado para remedar el comportamiento de su padre/gemelo– compartiría las mismas cualidades desinteresadas. Lo que los Maestros habían planeado para Zor Prime después de que él los había llevado a la matriz de la Protocultura estará, y para siempre lo estará, abierto a la especulación.

Mingtao, La Protocultura: El Viaje Más Allá de la Mecha

En la nave insignia Robotech, aún en órbita geosincrónica sobre el ecuador terrestre, los tres Maestros estaban sentados para variar. Un campo holográfico esférico dominaba el centro del triángulo formado por sus sillas de respaldos altos, y en el campo mismo destellaban imágenes de vídeo del mundo visto a través de los ojos de su agente, Zor Prime, transcripciones electrónicas de los datos regresaban a ellos vía el sensor neural implantado en el cerebro del clon.

“Los pobres tontos en realidad creen que han capturado a un Humano con el cerebro lavado,” Bowkaz dijo ácidamente. “Supongo que la destrucción de tal especie no será una pérdida grande para la galaxia.”

Shaizan estuvo de acuerdo, cuando una imagen de Arcadia de la busca emociones de Dana apareció en el campo. “Son como insectos, pero con emociones. Primitivos, industriales, y

productivos, pero frívolos. Esta hembra inmadura, por ejemplo...”

“Es difícil de creer que ella sea un oficial,” él continuó, la luz de la esfera del holo-campo blanqueando su envejecida cara. “Un comandante de hombres y máquinas, guiándolos en la guerra...”

Otra vista de Dana ahora, ella aparecía cuando estaba sentada opuesta a Zor en una de las mesas de picnic del parque.

“Y parece que ella es parte Zentraedi,” dijo Bowkaz, su barbilla descansando en su mano.

Shaizan gruñó significativamente. “Ello no parece posible, y sin embargo los sensores han detectado ciertas características biogenéticas. Pero el apareamiento de un Zentraedi y un Humano... es muy extraño.”

“El clon ha sentido algo en esta mestiza, y ese reconocimiento lo ha despertado. La emoción es obviamente la llave para recuperar las memorias del donante Zor.”

De nuevo la imagen de la esfera se esfumó, sólo para ser reemplazada por aquellas escenas que Nova recientemente había mostrado a Zor: el Bioroid rojo, mechas combatiendo, y los tres montículos.

“No es de extrañar que el clon experimentara tal agonía,” Dag comentó, refiriéndose a esta última holo-proyección.

Bajo los montículos creados por el hombre estaban enterrados los restos de las SDF-1 y -2, junto con la nave de guerra de Khyron. Los Maestros se sentían seguros de que la matriz de la Protocultura estaba intacta bajo uno de estos, y habían ido tan lejos como para investigar su presentimiento, pero habían sido detenidos en seco por los espíritus que protegían el dispositivo. El clon, por supuesto, había liderado esa operación particular.

“El clon está recobrando el recuerdo de la Protocultura de su donante,” Bowkaz añadió deliberadamente. “¿Es posible que él les diga lo que sabe? Recuerden cómo nos engañó hace tantos años; debemos proseguir con cautela.”

La esfera era un vacío de color celeste ahora, un retrato de consciencia vacía, interrumpido a intervalos por erupciones dentadas de actividad nerviosa.

“¿Estás sugiriendo que asumamos el control del clon?” Shaizan preguntó.

Bowkaz asintió lentamente, mientras una imagen final llenaba la esfera: las caras hostiles del 15to cuando Zor había sido presentado por primera vez a ellos. “Para evitar el riesgo de que sea sujeto a emociones aún más primitivas. Propongo que comencemos de inmediato, si sólo para enfocar su mente en la Protocultura.”

“De acuerdo,” los otros Maestros dijeron después de un momento.

Los reportes actualizados de Nova al General Emerson concernientes a la identificación de Zor con los montículos de Macross y su delirio sobre la Protocultura convencieron a Rolf que era hora de dar a conocer el caso al estado mayor. El Comandante Leonard estuvo de acuerdo y una sesión de interagencia ad hoc fue convocada en la sala de comisión del Ministerio.

Emerson informó a los oficiales, y Leonard continuó desde allí.

“Los destellos de memoria del alienígena nos dicen una cosa: La Tierra es la fuente restante de toda la Protocultura. Si podemos crearlo, entonces esta es la única razón por la que los Maestros Robotech no han destruido el planeta.”

Nadie a la mesa necesitaba ser recordado que la Protocultura había exceptuado a la SDF-1 de los Zentraedi en una forma similar.

“Pero ellos continuarán sus ataques hasta que hayan acumulado cada aprovisionamiento de Protocultura que nosotros tenemos,” Leonard continuó. “Esto significa que una vez que ellos sepan que la así llamada fábrica no era más que una leyenda, irán tras nuestras centrales de energía, nuestros mechas, cada dispositivo Robotech que depende de la Protocultura.

“Por lo tanto, nuestra única esperanza de supervivencia es muy simple: debemos atacar primero y triunfar.”

Rolf no podía creer en sus oídos. El idiota estaba de regreso adonde ellos estaban antes de que Zor hubiera entrado en escena.

“Pero Comandante Supremo,” él se opuso. “¿Por qué provocar un ataque cuando tenemos algo que ellos trocarían para conseguir? Digámosles que nosotros sabemos por qué ellos están aquí y

hagamos un trato.” Rolf levantó su voz una nota para cortar las protestas que su propuesta había provocado. “¡Zor puede hablar por nosotros! ¡Podríamos hacerles saber que estamos abiertos a la negociación!”

“¿Habla en serio, General?” dijo el Mayor Kinski, hablando por varios de los otros. “¿Qué propone que hagamos –sentarnos y almorzar con los Maestros Robotech?” Él ondeó de un lado a otro su puño hacia Emerson. “¡Ellos no negociarán; ni siquiera han hecho un intento para comunicarse!”

Leonard estaba sentado en silencio, recordando la advertencia personal que los Maestros le habían enviado no hace mucho tiempo...

“Hablo muy en serio,” Rolf estaba respondiendo, sus manos apoyadas sobre la mesa. “¡Y no me levante el puño, jovenzuelo! ¡Ahora, siéntese y manténgase callado!”

“Ya lo oyó,” Rochelle dijo a Kinski, respaldando a Emerson.

Ahora era el turno de Leonard de cortar las protestas.

“No estamos en el negocio de elaborar tratos, señores,” él dijo rígidamente. “Estamos aquí para proteger la soberanía de nuestro planeta.”

“¿Cómo puede siquiera pensar en negociar con estos alienígenas asesinos?” preguntó el oficial a la izquierda de Kinski.

El propio puño de Kinski golpeó la mesa. “Una solución militar es la única respuesta. Nuestra gente no espera nada menos de nosotros.”

Rolf rió locamente, con incredulidad. “Sí, ellos esperan que llevemos al planeta al borde otra vez”

“¡Es suficiente!” Leonard bramó, poniendo fin a los argumentos. “Comenzaremos a coordinar los planes de ataque inmediatamente. Esta sesión ha terminado.”

Emerson y Rochelle se quedaron en sus asientos mientras los otros salían uno por uno.

Zor pasó cuatro días en las manos de la PMG y luego fue liberado

para volver a unirse al 15to. Louie Nichols lo saludó calurosamente cuando fue regresado a los cuarteles, desesperado por mostrarle la réplica a escala del Bioroid rojo que él finalmente había completado.

“Lo hice yo mismo,” Louie dijo orgullosamente. “Es igual al que usabas en batalla.”

Zor miró con fijeza la cosa ausentemente y se abrió paso a través de Louie. “Yo... no recuerdo nada,” él dijo ásperamente.

“¿Oye, qué sucede?” Louie insistió, alcanzándolo. “Sólo estoy tratando de ayudarte a recordar lo que sucedió allí afuera, camarada.”

“Seguro,” Zor masculló en respuesta, continuando su camino.

Louie habría dicho más, pero Eddie Jordon había saltado fuera del sofá y estaba repentinamente al lado de él, quitándole la cabeza metálica a la réplica.

“No tan rápido, as,” Eddie gritó. “Quiero hablar contigo. ¡Mírame!”

Zor se detuvo y lo miró de frente; Eddie estaba sopesando el pesado objeto, arrojándolo hacia arriba con una mano, amenazantemente. Louie trató de intervenir, pero el cadete lo empujó a un lado.

“¡Tú eres la causa de que mi hermano esté muerto!” Eddie declaró airadamente. “¡Eres un mentiroso si dices que no recuerdas! ¡Admítelo, clon!”

Angelo Dante estaba de pie ahora, cautelosamente acercándose a Eddie por detrás.

“¡Vamos, Zor!” Eddie siseó en la cara de Zor, la cabeza del robot todavía en su mano. “¡¿Dime –cuánto sufrió mi hermano?!”

Zor no dijo nada, encontrando la mirada de Eddie con ojos vacíos de sentimientos, listo para aceptar lo que fuera que el cadete tenía a bien hacer.

“¡Dímelo!” Eddie estaba diciendo, airado pero temblando; controlado por el recuerdo de la pérdida y ahora impotente contra ello. “Sé que recuerdas,” él sollozó. “Sólo quiero...”

La cabeza de Eddie estaba inclinada, su cuerpo sufriendo convulsiones mientras el dolor lo derrotaba. Zor desvió sus ojos.

Pero repentinamente la furia del cadete regresó, cortando el

dolor con una derecha que empezó casi en el piso y subió con un fuerte crack! contra la barbilla de Zor. Zor cayó hacia atrás contra las estanterías de la sala de recreo; él cayó al piso y miró a su asaltante.

“¿Te sientes mejor ahora?” Zor preguntó, enjugándose la sangre de su labio.

La cara de Eddie se torció de rabia. Él levantó su puño derecho alto y se acercó para liberar un próximo golpe, pero Angelo Dante se había situado delante de Zor.

El puño de Eddie rebotó de la mandíbula del sargento sin mover al hombre más grande un centímetro. Angelo frunció el entrecejo y dijo, “¿No crees que es suficiente?”

El cadete estaba airado y asustado ahora. Él miró más allá de Angelo, mirando con odio a Zor, y arrojó la cabeza del robot al piso con toda su fuerza restante. Luego él giró y huyó de la escena.

Angelo frotó con sus nudillos su magullaba mejilla. Detrás de él, Zor dijo, “Gracias.”

“No lo detendré de nuevo, Zor,” el sargento dijo sin volverse.

“No te culpo,” Zor regresó, lleno de auto reproche. “Supongo que merezco mucho más que unos cuantos golpes por lo que le pasó a su hermano.”

Dante no se molestó en argumentar el hecho.

“Te lo merecías, señor,” él dijo despectivamente, alejándose.

Zor tomó el ascensor hacia abajo a la sala de ejercicios del complejo; estaba desierta, como él había esperado que lo estaría. Él tomó asiento contra la pared espejada de la sala, observando las muchas máquinas de ejercicio y bancos de peso con perplejidad, luego giró para mirar a su reflejo.

Él no tenía ningún recuerdo del hermano de Eddie Jordon, o de cualquiera de los actos malos de los que el equipo parecía hacerlo responsable. Y sin esas memorias él se sentía una víctima, tanto por su propia mente como por las a menudo acusaciones mudas del equipo. Pero aún, cuanto más él recordaba, más correctas aquellas

acusaciones parecían. Sin excepción sus sueños y los recuerdos retrospectivos incompletos estaban llenos de violencia y un mal indefinible pero penetrante. Debe ser verdad, él dijo. He matado otros seres humanos... soy un asesino, él se dijo –¡un asesino!

Zor presionó sus manos contra su cara, su corazón lleno de remordimiento por las fechorías hasta ahora no reveladas. ¡Y cuán diferente esto se sentía del humor airado que él había encontrado en sí más temprano el mismo día!

Mientras él estaba en camino a los cuarteles desde la guarnición de Nova, en el Hovercycle que ella había requisado para su uso, Dana había montado junto a él, llena de su optimismo usual y lo que parecía ser afecto.

“¿Has recordado algo más?” ella le había preguntado.

Él prácticamente la ignoró.

“¿Por qué estoy recibiendo el tratamiento silencioso de repente?” ella había gritado desde su ciclomotor. “¿Has perdido tu memoria reciente, también? ¿Has perdido todo el respeto por mí?”

Era como si algo dentro de él estuviera forzando ira contra ella, irracional pero imposible de reexpedir.

Él le había gruñido. “No soporto la interrogación constante, Teniente...”

“¡Ajá! ¡Allí estás!” él repentinamente oyó desde el otro lado de la sala de ejercicios. Dana estaba parada en la puerta, impaciente con él. “Pensé que ibas a esperarme en la sala de alistamiento. Te he estado buscando por todo el lugar.”

Zor cerró sus ojos apretándolos, sintiendo que la ira comenzaba a levantarse en él de nuevo, dispersando el dolor de sólo momentos atrás.

“Estoy cansado de esto,” él le dijo, trotando lo mejor posible de no delatar la marea ascendente. “Por favor, déjame sólo, Dana.”

Dana reaccionó como si hubiese sido abofeteada.

“No quiero que me molestes más.” Algo forzó las palabras de su lengua. “Y no quiero mi memoria de regreso tampoco, ¿entendido?”

“No creo lo que estoy oyendo,” ella dijo, parada delante de él ahora.

Zor se puso de pie y giró hacia ella. “¡No puedo soportar toda esta situación! ¡Si tu gente quiere lo que está encerrado en mi

cerebro, diles que me operen!”

La cara de Dana se nubló. “Realmente me estás hiriendo,” ella dijo suavemente. “Sólo estoy tratando de ayudarte. Quiero que sigamos siendo amigos. Por favor,... déjame.” Cuando él no respondió ella arriesgó un paso hacia él. “Escúchame, Zor. El pasado es el pasado. No me interesa lo que hiciste. Sólo te conozco como eres ahora. Y creo que una parte de ti se siente tan cerca de mí como yo me siento de ti.” Ella colocó sus manos en los hombros de él y trató de sostener la mirada de él. “¡No huyas de esto – podemos ganar!”

“¡No!” él dijo, volviéndose lejos de ella. “Ha terminado.”

Ella quitó sus manos de él y miró abajo hacia el piso. “Muy bien. Si así es como lo quieres, entonces así será.” Entonces su barbilla subió. “¡Pero no me vengas a buscar cuando necesites ayuda!”

Dana hizo un giro de 180 grados y partió, su nariz levantada. La sala se sintió desenfocada, y fue casi como si ella no hubiera notado la gran pantalla de proyección que había estado situada contra la pared espejada. El pie de ella embistió fuerte una de las patas de apoyo de la estructura de metal y ella maldijo ruidosamente. Pero eso no fue suficiente para ella. “¡Estúpida cosa!” ella vociferó, y pateó con la punta del pie la pata tubular, quitándola del pie cargado con peso de la estructura. La estructura empezó a caerse hacia atrás, la pantalla de lucita gruesa y todo, y todo pareció golpear los espejos al mismo tiempo.

Instintivamente, Zor se había precipitado hacia delante, apuntando a tacklearla hacia la seguridad; pero al dar dos pasos hacia delante él avistó su imagen, reflejada en cada uno de los cientos de fragmentos de espejo desprendidos de la pared rota.

El pasado y el presente parecieron unirse en ese momento: La cara asustada de Dana se convirtió en una silueta oscura, luego transmutó en el semblante de alguien anciano e inconfundiblemente maligno.

Zzoorrr... una voz incorpórea lo llamó. No hay lugar a donde correr. No puedes escapar de nosotros, no puedes huir...

Ahora una mano tan envejecida como esa cara señaló y se acercó a él con la palma abierta, y repentinamente él se encontró corriendo por los túneles de techos curvos de cierto mundo

crepuscular, huyendo del asimiento de guardianes armados, boquiabierto, cubierto con un casco, y curiosamente blindado. Un trío de voces amenazantes lo perseguía por ese laberinto además, pero finalmente él los dejó atrás, lanzándose por un portal hexagonal y escondiéndose en una habitación oscura, llena de una música celestial...

Una mujer de cabellos verdes estaba sentada a un arpa, sus dedos esbeltos formando cuerdas de luz que danzaban por la habitación. Él lo sabía pero no podía decir su nombre. Asimismo él sabía que había violado un tabú visitando este lugar... aquellos vetustos que buscaban controlarlo, para mantenerlo encerrado y aislado; ¡aquellos ancianos que buscaban que él absorbiera una vida que él no había vivido!

Musica, la arpista de cabellos verdes le dijo...

Pero él ya se había movido detrás de ella ahora, su brazo alrededor de su cuello. Los Exterminadores lo habían alcanzado, y él tenía intensiones de usarla como un escudo, un escudo... No la matarán él se dijo, mientras ella temblaba con miedo en sus brazos. Ella es uno de ellos.

Pero los Exterminadores habían armado sus armas y estaban apuntando; y aunque él la había apartado de un empujón y huido otra vez, ellos habían disparado –le habían disparado a ella...

El mundo era de color rojo sangre. Alguien estaba pronunciando su nombre...

Dana estaba luchando debajo de él; él se había derrumbado sobre ella, escudándola de los vidrios pero sujetándola contra el piso.

“Musica...” Zor se oyó decirle a ella, mientras ella lo ayudaba a levantarse. “Cuando la vi por primero vez, ella estaba tocando esta bella música. Luego la usé como un escudo... ¡no pensé que ellos la iban a matar, pero lo hicieron!”

Dana lo estaba mirando fijamente, sus ojos ampliamente abiertos. “No, Zor, no lo hicieron,” ella trató de decirle. “Bowie la vio –¡viva! Tuvo que haber sido un sueño–”

Zor estaba de pie y alejándose de ella, los ojos fijos en su reflexión airada en el espejo destrozado.

“No tengo memoria” él declaró, sus ojos azul celeste

entrecerrados. “Soy un androide. Yo maté al hermano de Eddie, estoy seguro de ello.”

Él golpeó violentamente su puño derecho contra el espejo; luego su izquierdo, arrojando lejos a Dana cuando ella trató de refrenarlo. Una y otra vez derecho e izquierdo, él golpeaba y zurraba el vidrio roto, finalmente agotándose y reduciendo sus manos a una pulpa sangrienta.

“¡Mi dios!” él aulló. “¡Los Maestros Robotech! ¡Ellos deben controlarme completamente!”

Dana estaba inclinada contra su espalda, sus manos sobre sus hombros, sollozando.

Las ventanas de la nariz de Zor ardieron. “¡Sólo hay una manera de derrotarlos –debo destruirme!”

“No,” Dana le suplicó. “siempre hay esperanza...” Ella avistó el goteo de sangre fresca deslizándose hacia abajo del espejo y extendió su mano para alcanzar sus manos. “¡Tus manos!” ella jadeó. Ella sacó su pañuelo y lo enrollado alrededor de su puño derecho, el que parecía mucho más lacerado que el izquierdo. “Los androides no sangran,” ella le dijo entre sollozos. “Eres humano, Zor–”

“¿Sin una memoria? ¿Sin voluntad propia?”

Ella quiso decir algo, pero ninguna palabra vino a ella.

“Lo siento, Dana,” Zor le dijo después de un momento. “Te he dicho algunas cosas terribles...”

“Déjame ayudarte,” ella dijo, mirando sus ojos.

Zor presionó su frente contra la de ella.

Más tarde, Zor marchaba determinadamente corredores abajo del Ministerio, acercándose rápidamente a la oficina de Rolf Emerson. La ayuda de Dana sería invalorable, pero había cosas que él iba a tener que hacer solo. En primer término, él necesitaba cada fragmento de información que estuviera disponible sobre los Maestros, sobre sus fortalezas y ciencia de la bioingeniería genética, y Emerson era el único que tendría acceso a esto.

En las puertas de la oficina, él se detuvo y trató de dominarse; luego levantó su mano vendada para llamar a la puerta. Él podía oír voces viniendo del otro lado de la puerta.

Pero algo impidió su movimiento: respondiendo al llamado de una fuerza desconocida, él permaneció en silencio e inmóvil en el umbral, los ojos y oídos armonizados a una clase de frecuencia de grabación.

“Pero es imprudente que Leonard presione un ataque ahora, General,” Zor oyó a Rochelle decir. “No estamos preparados.”

Rolf Emerson dijo: “Lo sé, ¿pero qué puedo hacer? Leonard tiene a la mayor parte del estado mayor de su lado. Había esperado que esto no ocurriese. Había esperado usar a Zor como un agente de negociación... Pero en vez de ello, a llegado a una guerra resuelta.”

Durante varios minutos Zor escuchó en la puerta, mientras Emerson y Rochelle resumían los planes de ataque apresuradamente coordinados del estado mayor. Luego él giró y caminó tiesamente pasillo abajo, sus motivaciones originales borradas.

Inadvertido en el extremo lejano del pasillo, Angelo Dante observaba a Zor partir; con los labios firmes, el sargento asintió con su cabeza en confirmación perspicaz.

El neuro sensor implantado en el cerebro de Zor transmitía ahora un aprovisionamiento constante de información visual y auditiva, llenando la esfera holográfica de la nave insignia con nuevas imágenes que inquietaban e iluminaban a los tres Maestros.

“Noten cómo la rabia del clon interfiere nuestros intentos de manipular su comportamiento,” Bowkaz señaló, comentando sobre el encuentro de Zor con su propia reflexión. “Esto es aprensivo.”

“Pero incluso así,” Shaizan contendió, “el uso del clon va bien – aún mejor de lo que habíamos esperado.” El intercambio de datos del plan de ataque de Emerson y Rochelle asentó la imagen solitaria de una entrada galonada. “Es interesante, sin embargo... los Micronianos continúan engañándose con planes para atacar nuestras fortalezas Robotech.”

“Debo decir que tienen coraje,” dijo Dag.

Shaizan miró de soslayo la transeñal demorada de la esfera holográfica.

“Una única verdad queda para los Micronianos: los aniquilaremos a todos. Los aniquilaremos.”

“Los aniquilaremos,” Bowkaz repitió.

“¡Los aniquilaremos!”

Capítulo 16

“¡AJACs, mi trasero! ¡No son más que unos malditos Protohelicópteros!”

Observación atribuía a un piloto de TASC desconocido

La bandera del Gobierno de la Tierra Unida flameaba en lo alto sobre el Edificio del Senado Neo-Post-Federalista de cúpula revestida de cobre. Adentro, el Comandante Supremo Leonard se dirigía una audiencia combinada de personal del GTU, oficiales de la Cruz del Sur (Dana Sterling y Marie Crystal entre ellos), representantes de la prensa, y civiles privilegiados, desde el podio del vasto vestíbulo senatorial de la estructura. Detrás de él en el escenario estaban sentados el General Rolf Emerson, los Coroneles Rochelle y Rudolf, y los Jefes de Enlace del Estado Mayor.

“Comprendemos enteramente que ha habido mucho debate sobre la conveniencia de un ataque preventivo contra la flota alienígena en esta coyuntura. Estas preocupaciones han sido tomadas en consideración cuidadosa por el Alto Mando de las Fuerzas Armadas. Pero ha llegado la hora de poner un fin al debate, y de unir todas nuestras voces detrás de un esfuerzo común.

“Proto-ingeniería ha completado la primera consignación de los nuevos Helicópteros Jet de Ataque Blindados, designados de aquí en adelante como HJABs (AJACs). Éstos formarán el núcleo de la primera ola de asalto. Sus comandantes de cuerpo tendrán sus asignaciones de batalla individuales.

“Sé que no hay un solo soldado en este vestíbulo hoy que no esté dolorosamente consciente de todos los riesgos que ciertamente se sucederán en el curso de esta misión, y todavía hay algunos que recomendarán contra su empresa. ¡Pero el Alto Mando ha

determinado que ahora tenemos la capacidad de proporcionar un golpe devastador al enemigo, y el hacer nada en presencia de esta ventaja es admitir la derrota!”

El discurso de Leonard recibió menos que apoyo entusiasta, excepto por ciertos miembros del estado mayor y el ala militarista de la legislatura tambaleante del Presidente Moran.

Emerson y Rochelle apenas aplaudieron. Leonard, ambos habían decidido, era un megalómano; y el plan de ataque mismo, una locura total.

Después, delante del edificio, donde la prensa estaba casi asaltando la limosina carroza plateada de Leonard, Marie Crystal maniobró a través de la multitud para traer su Hovercycle al lado del de Dana, precisamente cuando la teniente del 15to estaba encendiendo los propios propulsores de su mecha. Aunque era la primera vez que las mujeres se habían visto mutuamente en varias semanas, la reunión fue apenas una feliz.

“¿Adivina quién ha sido asignada a la primera ola?” Marie mofó a su otrora rival. Recientemente dada de alta por el personal del centro médico, ella había sido reasignada al deber activo y se había reunido con su escuadrón aéreo táctico.

“Bueno, no eres tú el pequeño as afortunado, Marie,” Dana regresó con su mejor sarcasmo. “¿Has terminado de lamer tus heridas, huh?” Dana nunca le había hecho aquella visita –no después de lo que Sean había reportado de la búsqueda continua de Marie de un chivo expiatorio.

Los ojos gatunos de Marie destellaron. “Créeme, estoy completamente recobrada,” ella dijo a Dana, con una sonrisa mañosa. “Nunca me sentí mejor en toda mi vida. Pero pienso que es terrible que los Hovertanks no vean acción esta vez. Supongo que podrán entrenar un poco mientras no estemos –el cielo sabe que lo necesitan.”

Dana hizo caso omiso a la observación. “Para ser perfectamente honesta, no estoy realmente demasiado infeliz por quedarme en tierra,” ella dijo de una manera espontánea. “Ustedes los pilotos estarán muy ocupados.”

Marie rió disimuladamente. “No será tan malo. Al menos esta vez tendremos un comandante que sabe lo que está haciendo.

¿Sabes a lo que me refiero?”

Dana frunció el entrecejo, a pesar de su mejor esfuerzo para no hacerlo. “¿Oh, por qué no hablas con franqueza?” ella dijo bruscamente a Marie. “¿Cuándo te darás cuenta que no fue mi culpa?”

Marie dijo riendo, orgullosa de sí. “No te preocupes, te perdono,” ella dijo, acelerando y reuniéndose con el gentío saliente. “Hasta luego,” ella gritó por sobre su hombro.

Dana estuvo tentada a enviarle un gesto obsceno en su dirección, pero lo pensó mejor y se estiró hacia abajo para reactivar los propulsores. Apenas ella había armado el interruptor que Nova Satori se apareció.

“Hazla corta, Nova,” Dana empezó. “Tengo que encontrar a Zor en quince minutos y siempre comienza a preocuparse si llego tarde.”

Nova nunca tuvo oportunidad de confrontarla cara a cara por el ardid del centro médico, y Dana no estaba de humor para argumentar ahora. Aquello había sido resuelto oficialmente, y ella deseaba enterrarlo. Aunque Nova probablemente no lo veía de esa manera.

“Zor es sobre quien quería hablarte.”

“¿Y bien?” Dana dijo a la defensiva.

“La PMG aprecia todo lo que has hecho para ayudarlo a recobrar su memoria, pero sentimos que hay ciertas áreas que sólo los profesionales entrenados pueden—”

“¡No!” Dana la cortó. “¡Él es mío y he prometido ayudarlo. Estos profesionales de los que ustedes están tan orgullosos harán probablemente un vegetal de él, y yo voy a dejar que ello suceda!”

“Sí, yo comprendo tus sentimientos, Dana,” Nova continuó con su tranquila voz, “pero este caso requiere cierto sondeo profundo de la mente inconsciente del sujeto.” Nova miró a su portapapeles, como si leyendo de una declaración preparada. “Hemos llamado a cierto Dr. Zeitgeist, un experto en la transferencia de personalidad alienígena para—”

Dana puso sus manos sobre sus oídos. “¡Basta! ¡Me estás dando una jaqueca monstruosa con todo este parloteo psíquico!”

Nova se encogió de hombros. “Me temo que está fuera de tus

manos, Dana. He sido asignada a supervisar la rehabilitación de Zor—”

“¡Sobre mi cadáver, Nova! Todo le que él necesita es un poco de comprensión Humana –algo de lo que tú careces. ¡Déjalo sólo!” Dana dijo, acelerando, alejándose, y casi estrellándose con un mega camión que venía.

“¡Dana!” la teniente de la PMG gritó tras ella. Ella ha perdido completamente su objetividad, Nova se dijo.

“¡A veces sólo podría gritar!” Dana dijo, irrumpiendo en la sala de alistamiento del 15to.

Tazas de café y té se resbalaron de manos sobresaltadas, piezas de ajedrez golpearon el piso, y los paneles de las ventanas de permaplas castañetearon al otro lado de la habitación.

“¿Cuál parece ser el problema, Teniente?” Angelo dijo, poniéndose de pie de un salto.

“¡Ninguno!” ella rugió. “¡Sólo díganme dónde se esconde Zor!” Las zancadas airadas de Dana la llevaron hacia Bowie. “¡Pensé que te había dicho que lo mantuvieras vigilado!”

Bowie se acobardó, tartamudeando una respuesta confusa y reclinándose tan pronto como el puño de Dana llegó estrellándose sobre la mesa delante de él. “¡No puedo contar contigo para nada en absoluto!”

“Cálmese, Teniente,” Sean dijo calmadamente desde el sofá. “El paciente está bien y lo mantenemos vigilado, así que cálmese.”

“¿Bien, dónde está, Sean?” Dana dijo serenamente pero con un filo detestable en su voz.

Sean simplemente dijo: “Él regresará en un segundo,” devolviéndole a Dana una vez más.

“No le pedí un horario de sus idas y venidas, Soldado,” ella vociferó, las manos en sus caderas. “¡Quiero verlo!”

“Creo que él preferiría que lo esperase...” Sean sugirió, cuando ella se dirigía a dejar la habitación.

Las puertas de sala de alistamiento se abrieron silbando. “sólo

dígame dónde está.”

“En el sanitario para hombres: directamente pasillo abajo, primera puerta a la derecha.”

Dana hizo un sonido de exasperación, mientras que todos los demás sofocaban una risa.

“¿Alguna noticia sobre las asignaciones del consejo de guerra?” el Cabo Louie dijo, esperando cambiar el tema.

Angelo cruzó sus brazos en su pecho. “¿Sí, finalmente conseguimos permiso para encargarnos del enemigo esta vez o conseguimos abstención de nuevo?”

Dana caminó entre ellos. “Bueno, si realmente deben saber, el Comandante supremo en toda su infinita sabiduría ha decidido...” ella los dejó pendientes de sus palabras, “...mantenernos en reserva, por supuesto.”

Dana dio un puntapié a las piernas de Sean sacándolas de debajo de él cuando ella pasaba a su lado, forzándolo a una postura floja involuntaria antes de dejar la sala de alistamiento.

“Esto se está volviendo bastante monótono,” Sean dijo con un gruñido.

Angelo cerró golpeando sus manos. “¡Típico! ¡Quienquiera que tome estas estúpidas decisiones debería recibir un disparo!”

Sean extendió sus piernas, cruzando sus tobillos sobre la mesa. “Es una idea loca de todos modos. Se los digo, el comandante supremo se está volviendo loco. Él sabe que es inútil intentar un asalto frontal.”

“La aplicación de la fuerza bruta es estratégicamente equivocada,” Louie añadió, frente a Sean en la mesa. “Debemos luchar con nuestro intelecto... Desarrollando Robotecnología tenemos una oportunidad.”

El tiempo le daría la razón, pero en este momento Angelo Dante no estaba comprando nada de ello.

“¡Olvida toda esta maquinaria!” él aconsejó. “¡Si sólo nos dejaran darles un golpe, los patearíamos fuera del cielo!”

Dana subió a su habitación privada en el loft sobre la sala de alistamiento, los encuentros recientes con Marie y Nova se ejecutaban en su memoria; pero éstas eran las versiones adaptadas y editas, ahora guionadas con las cosas que ella debió haber dicho. Ella se había convencido de que la palabrería de Nova no era más que un intento transparente para tener a Zor para ella sola. Y esa Marie indudablemente trataría de poner sus pequeñas y codiciosas manos en él, también, una vez que se conocieran –lo que Dana planeaba evitar que sucediera.

Ella cruzó la habitación y abrió las hojas del espejo de tres paneles sobre su tocador, observándose con tanta objetividad como el momento lo permitía, chupando su cintura, golpeando ligeramente su barriga, y asumiendo posiciones de modelaje. Ella estaba contenta con su imagen, y decidió que realmente no había nada de qué preocuparse. Nova no tenía una oportunidad de quedarse con Zor para sí. Simplemente no había comparación entre la hermosura fría de Nova y la fascinación de sangre caliente de Dana.

Zor había regresado a la sala de alistamiento. Angelo estaba instruyendo a los otros en lo que él se proponía hacer una vez que él pusiera sus manos en los alienígenas enemigos, inalterado por la presencia de Zor, en realidad actuando para él por momentos. Zor tomó asiento del otro lado de la sala y trató de mantenerse ocupado con una revista, pero sus ojos se negaron a enfocarse en la impresión; en vez de ello parecían demandar que él concentrase su atención en el sargento...

Pero el llamado de Dana rompió el hechizo. “¡Zor, sube aquí!” ella gritó desde su habitación. Él dejó la sala de alistamiento con la risa del equipo a sus espaldas y subió las escaleras al loft.

Dana estaba de pie delante de su tocador cuando él entró, pero lo que capturó su atención fueron las tres reflexiones separadas en el espejo sobre éste. Aquí estaba Dana con un vestido rojo, Dana con un traje pantalón verde, y Dana con una vestimenta anticuada elegante. ¡Y sin embargo la Dana real estaba en uniforme!

Zor quedó boquiabierto y tropezó, sintiéndose jalado otra vez al borde del recuerdo total –un precipicio peligroso elevándose fuera de una oscuridad absoluta.

“Dana... el espejo,” él profirió en voz ronca, agarrándola por sorpresa. “¡Ese... Triunvirato!” Él no sabía de dónde habían venido las palabras y no sabía cómo explicarlo cuando ella volvió su confundido rostro hacia él. “Por un momento hubo tres imágenes diferentes de ti en ese espejo,” él le dijo ansiosamente.

Ella hizo una cara. “Si vas a empezar a ver cosas, quizá Nova está en lo cierto y tú necesites ayuda profesional–”

“¡El Triunvirato!” él la interrumpió. “Está empezando a regresar a mí de nuevo...”

Una cámara llena de una mezcla nebulosa turbulenta de líquidos y gases, una forma toma forma entre todo ello –gigantesca, inhumana, desprovista de toda esa vida a la que estaba destinada... Y ahora una tríada de tales cámaras, pero más pequeñas, del tamaño de un Humano, y dentro de cada una, seres que compartían un rostro común...

“El Triunvirato...”él gruñó, casi perdiendo su equilibrio. “Algo que ver con actuar en grupos de tres.”

Dana casi parecía desinteresada en su angustia; pero en realidad, ella estaba fuera de sí por la excitación. Zor tenía que estar haciendo referencia a los mismos clones triples que ella, Bowie, y Louie habían visto en la fortaleza. Ella estaba resuelta a mantener a Zor ajeno de esto; y de igual manera determinada a probar a Nova que ella podía manejar la inconsciencia del sujeto tan bien como cualquier Dr. Zeitgeist. De ahora en adelante iba a ser el tratamiento de suma consideración para Zor.

“Bueno, no tengo idea de lo que todo eso significa,” ella dijo con inocencia elaborada. “Pero suena bastante chiflado para venir a ser importante. Supongo que dejaré que el Alto Mando lo sepa –aunque van a pensar que ambos estamos locos,” ella se apresuró a agregar.

En el Campo Fokker, la Teniente Marie Crystal, ya vestida con la armadura de combate aéreo táctico y gladiatoria, dirigía a su equipo TASC hacia uno de los tantos masivos cruceros de batalla que estaban situados sobre el campo en modo de lanzamiento.

Marie verificó uno por uno los nombres en la lista que ella llevaba en su mente, mientras los pilotos pasaban presurosos a su lado. Los elevadores los llevaban hacia abajo al campo mismo, donde Hovertransportes estaban esperando para transportarlos a sus destinos. En lontananza, hombres y mechas se estaban transfiriendo de transportes a los cruceros.

Por los altavoces la voz de un controlador emitía instrucciones de último minuto: “Carga final de AJACs en la bahía de montaje diecinueve. Comandantes de transportes, comuniquen cuando los AJACs estén en su lugar... T menos diez minutos para el lanzamiento del ataque... Todos los pilotos en alerta de espera...”

Marie verificó el cronómetro de su traje contra la marca del controlador y comenzó a apresurar a su equipo. “Vamos,” ella les dijo, con un barrido ancho de su brazo. “¡Sigan moviéndose! ¡No van a esperar por nosotros!”

Ella se inclinó sobre la barandilla del balcón para mirar a los transportes y por casualidad notó el Hoverjeep del Capitán Nordoff abajo. Él levantó la vista, divisándola y saludándola con la mano.

“¡Esperamos ver a esos AJACs mostrar lo que valen allí arriba!” él voceó.

Marie le dio una señal de todo bien y le dijo que no se preocupase por nada. “¡Sólo espero que no nos perdamos en la barajadura allá arriba –nunca he visto tantas naves!”

“¡Sólo ruegue porque tengamos suficientes, Teniente!” él dijo, y se alejó.

Marie se enderezó de la barandilla y giró para encontrar a Sean a su lado, mostrando su muy conocida sonrisa bribona.

“Hola, Soldado,” Marie dijo desdeñosamente.

“Oye, no lo hagas personal,” Sean rió.

Ella volvió su espalda hacia él. “¿Qué estás haciendo aquí, Sean? ¿No fue un día pesado hoy? Después de todo, el Decimoquinto no tiene parte en esta acción.”

“Oye, no digas cosas como esa, Marie,” él dijo quisquillosamente. “Me estás rompiendo el corazón, ¿tú sabes eso? Vine porque quiero verte partir. Me preocupo por ti, en caso que tú no lo hayas adivinado.”

Marie lo miró por sobre su hombro. “No pienses que una noche

en el techo nos convierte en algo, Sean,” ella le advirtió. “Confío en ti poco más o menos como puedo despedirte.”

“T menos seis minutos para lanzamiento,” el controlador les dijo desde la torre. “Todos los comandantes a sus puestos...”

Ni uno de ellos dijo nada por un momento; luego Sean rompió el silencio con calma. “¿Ten cuidado, está bien?”

La mirada dura de Marie se ablandó. “Casi creo que realmente lo dices en serio...”

“Yo, lo digo en serio,” él tartamudeó.

Marie le sopló un beso desde el ascensor.

En otra parte en la base, Zor estaba de pie solo, sus ojos azul celeste examinando el campo, un transmisor inconsciente de vista y sonido...

En la nave insignia Robotech, los tres Maestros vigilaban la base de las Fuerzas Terrestres a través de los ojos del clon. El casquete de Protocultura estaba debajo de sus manos envejecidas ahora mientras alistaban su flota para la batalla.

“Este nueva flota es la única armada más grande que ellos han osado enviar contra nosotros,” Bowkaz pensó en señalar, ninguna sugerencia de miedo o anticipación en su voz profunda.

“Cuantas más naves empleen, mayor será nuestro triunfo,” dijo Dag.

“Su armada será destruida y su espíritu quebrantado,” Shaizan sumó. Pero repentinamente hubo signos de concentración interrumpida en la holo-imagen de la transeñal. “¿Qué sucede?” él preguntó a los otros.

Bowkaz reposicionó sus manos sobre el casquete de Protocultura, pero la imagen del prelanzamiento de los cruceros de batalla continuó oscilando y finalmente de desvaneció totalmente. “Alguien está interfiriendo con el clon,” él explicó. “Distrayéndolo...”

Mientras que Dana se había excusado para notificar a Rolf Emerson de la última narración retrospectiva de Zor, el alienígena había dejado los cuarteles. De repente compelido a visitar el sitio de lanzamiento de las Fuerzas Terrestres, él había montado su Hovercycle hasta la meseta, y escogido un lugar cerca del campo que ofrecía un lugar ventajoso para todas las innumerables actividades que tomaban lugar. En cierto sentido él no tenía consciencia de dónde estaba, ni de lo que estaba haciendo; e igualmente ajeno que ambos, Angelo y Dana, en ciclomotores separados, lo habían seguido allí.

El sargento había vigilado a Zor durante algún tiempo, preguntándose cuál sería su próximo movimiento; pero cuando él se dio cuenta de que el alienígena simplemente estaba mirando transfigurado las actividades de prelanzamiento, decidió acercársele.

“¿Qué rayos crees que estás haciendo aquí arriba, Zor?” él exigió, aparentemente despertando a Zor de un sueño. “Este sector está fuera de los límites. Y además, se supone que debes estar de vuelta en los cuarteles.”

“Trataba de conseguir una mejor vista del despegue,” Zor ofreció como explicación, aunque una parte de él comprendía que esto no era verdad.

Angelo echó un vistazo rápido a diestra y siniestra; no había nadie a la vista, y Angelo estaba tentado a arreglarlo de modo que el alienígena no pudiera ser capaz de moverse por ahí impunemente. Dante dio un paso amenazante hacia delante, sólo para oír la voz de Dana detrás de él.

“Está todo bien, Sargento, yo responderé por él.”

Angelo miró con ira a Zor y se relajó un poco. Dana estaba marchando hacia la cima de la pequeña elevación para unírseles, sofocada cuando llegó. Ella miró brevemente a Zor, luego dio al sargento una mirada sospechosa.

“¿Qué tenías en mente, Angelo?” ella le preguntó, su barbilla levantada.

Dante encontró la mirada de ella y dijo: “Nada, Teniente.”

Dana inclinó la cabeza cautelosamente. “Yo di autorización a Zor para ir donde él quisiera. Pensé que lo ayudaría a recobrar su memoria.”

“O algo por el estilo,” dijo Angelo.

Zor miró a ambos, comenzando a sentir que la ira regresaba.

El Comandante Supremo Leonard y su personal observaban a la armada despegar desde el búnker subterráneo de la central de comando. Los monstruosos cruceros de batalla oscuramente blindados estaban en camino, elevándose desde la base en la meseta como un banco de ballenas emergentes.

“¡Sólo mírenlos!” Leonard dijo efusivamente, sus ojos pegados a la pantalla del monitor. “¿Cómo podrían fracasar?”

“Muy impresionante, Comandante,” dijo Rolf Emerson, alabando insinceramente el momento. Desearía poder compartir su confianza, él lo mantuvo para sí.

Esquemáticos de la fuerza de ataque y de la posición relativa de la armada de los Maestros llegaban a la pantalla oval en el centro de mando de la nave insignia.

“Ah, aquí vienen,” dijo Bowkaz. “Como las proverbiales polillas hacia la llama.”

“¿No hay uno entre ellos que vea la estupidez de esto?” Dag preguntó retóricamente.

“Convocaré a nuestra fuerza de defensa,” dijo Shaizan.

Pero Bowkaz le dijo que no se molestase. “Esto no requerirá el resto de la flota. Una nave será suficiente.”

Capítulo 17

Con la penetración de Dana Sterling del montículo de entierro de la SDF-1, la Humanidad (en la Tierra) había observado tres fases separadas de la forma de vida de Optera y aún no reconocía lo que estaban viendo: Lynn-Minmei había observado a Khyron ingiriendo las hojas secas, Sean Phillips de hecho había blandido el fruto del árbol en su mano, y Dana Sterling había visto las plantas totalmente florecidas. Toda esta intriga centrada en la Protocultura, mientras el tesoro real estuvo delante de ellos todo el tiempo –¡la Flor de la Vida misma!... Sólo restaba una fase, pero la Humanidad tendría que esperar la llegada del Invid para vislumbrarla. ¡Considerándolo, sin embargo, uno casi podría decir que el Invid era la fase final!

*Maria Bartley-Rand, La Flor de la Vida: El Viaje Más
Allá de la Protocultura*

El plan de ataque del General Leonard era uno básico (“ingenuo,” como Rolf Emerson lo llamaría más tarde): encontrarse con las seis fortalezas enemigas de frente con los más de cincuenta cruceros de batalla de la armada de las Fuerzas de la Tierra; usar las nuevas naves de guerra AJAC para confundirlos; luego, simplemente abrumarlos con poder de fuego superior. El Capitán Nordoff supervisaría la primera ola de asalto; los Almirantes Clark y Salaam continuarían desde allí. No había ninguna táctica incorporada en el plan, ningún flanqueo u operaciones de distracción, ninguna contingencia para posibles derrotas. El ataque, el que Leonard había de manera optimista (y poco práctica) rotulado de preventivo,

volvería inútil las preocupaciones de Angelo Dante de que Zor podría ser un agente enemigo; los Maestros Robotech apenas necesitaban los ojos del clon para ver lo que venía, y por lo tanto estaban más que preparados.

A una distancia de 160 kilómetros de las fortalezas alienígenas (las que aún estaban en órbita geosincrónica, a unos 75.200 kilómetros sobre el ecuador), Nordoff dio la orden de abrir fuego. Los discos de aniquilación brotaron de los cañones láser de pulso de los cruceros como tantos pequeños frisbees de energía solar dorados que por último encontraron sus objetivos. Pero los escudos de defensa del enemigo los absorbieron a todos y dieron todo el indicio de estar hambrientos de más. Las grandes fortalezas cornudas y con púas no sólo no sufrieron daño, sino que permanecieron intactas también.

Sabiendo cuánto se dependía del éxito de la primera ola, Nordoff ordenó a su ala mantener curso y continuar disparando, aún si eso significaba a quemarropa. Un táctico teórico, Nordoff, no diferente del Comandante Leonard, rehusó aceptar el hecho que las fortalezas eran efectivamente invencibles –esto a pesar de las proyecciones y cautelas de las mentes más brillantes de la Cruz del Sur. Aún el derribo de la nave insignia alienígena por el Escuadrón 15to estaba siendo ahora reevaluada desde el punto de vista de las concesiones y estrategias propias de los Maestros.

A menos de 104 kilómetros los cruceros de batalla de la primera ola lanzaron una segunda descarga cerrada; pero esta vez los discos de aniquilación no fueron absorbidos: fueron añadidos a las ya inmensurables reservas y contrafuego de las fortalezas. Tentáculos blancos y azules radiantes se extendieron hacia delante desde la fortaleza líder y abordaron a uno de los cruceros de batalla, haciendo tanteos de modo indelicado en busca de puntos débiles en su casco blindado. Las tropas fueron atrapadas inadvertidamente por la fuerza, incineradas en miles de tormentas destellantes que barrieron por la nave, o salieron al vacío de muerte a través de roturas las que instantáneamente sangraron la preciosa atmósfera de las ya chamuscadas y batidas bodegas.

En la bahía de lanzamiento de los AJACs a bordo de la nave de Nordoff, Marie Crystal oía que lo que quedaba del 007 estaba

muerto en el espacio. Ella había estado supervisando los preparativos de lanzamiento de los helicópteros, pero ahora corrió de su puesto hacia una de las torretas de cañones de estribor, literalmente sacando a patadas al artillero de su asiento para asestar un golpe al enemigo por sí misma. Ella tenía buenos amigos a bordo del crucero demolido y no iba a permitir que sus muertes quedasen impunes.

Una vez en el asiento de la torreta, Marie rápidamente se quitó su casco y se colocó el casco de objetivo tachonado de sensores del arma. Cuando exhibiciones de gráficos generados por computadora destellaron a través de la cabina virtual del casco, ella comprendió inmediatamente por qué la primera ola había fallado en lisiar la nave insignia enemiga: Nordoff y los otros comandantes estaban desatendiendo completamente los reportes de análisis de inteligencia concernientes a los puntos vulnerables de las fortalezas. El fuego concentrado dirigido a cualquiera de éstos circunvendrían el potencial de absorción de los escudos y permitiría que los pulsos penetrasen el propio casco.

Marie había estado lo bastante cerca de estas cosas en el pasado para haber aprendido de memoria sus detalles superficiales; en realidad, durante su reciente hospitalización (cuando ella no estaba mirando las revistas de músculos), ella había hecho poco más excepto repetir la topografía de las fortalezas repetidamente para sí. Apuntando el cañón ahora, ella sintió como si estuviera directamente sobre la fortaleza en su Logan y podía poner su disparo precisamente donde lo quería.

“¡Ah-ha! ¡Allí estás!” ella dijo en voz alta cuando el lugar estuvo centrado en el retículo del cañón. Marie jaló los gatillos semejantes a un freno manual gemelo y desató un fuego de plasma de diez segundos completos contra la nave insignia, sabiendo casi antes del hecho que había marcado un impacto directo.

En el centro de mando de la nave insignia, los tres Maestros apenas reaccionaron a la noticia que una de las barreras de la fortaleza había sido penetrada. El absorber los discos de energía liberados por los cruceros terrícolas los habían habilitado a dejar sus propios depósitos de plasma intactos y por lo tanto a derivar el presunto poder del sistema de armas a los escudos de la fortaleza y

a los sistemas auto restaurativos.

Apenas la andanada bien acertada de Marie agujereó el casco que nueva plateadura ya estaba deslizándose en su lugar para sellar la rotura.

Dag sugirió que ni siquiera sería necesario abrir fuego sobre los terrícolas; era mejor dejarlos caer en completa confusión, desmoralizados por su fútil intento.

Pero Bowkaz quería ver resultados concretos.

La fortaleza disparó, eliminando dos cruceros de batalla más.

Dana y Zor habían dejado sus Hovercycles en la base y partido a pie hacia la elevación herbácea que dominaba desde lo alto a Ciudad Monumento. Dana había enviado a Dante a comandar de nuevo al 15to en su ausencia, ignorando sus recordatorios que sólo porque las unidades blindadas tácticas en tierra no estuvieran directamente involucradas en la batalla ellos ya no estaban en alerta. No era que él hubiera esperado que ella abandonase su proyecto mascota y regresado a los cuarteles; y la razón única razón por la que el sargento no se molestó en presionar su punto (o, en cuanto a eso, informar a los comandantes de Sterling) era que él se sentía muchísimo mejor sin el alienígena a su alrededor –y eso iba para ambos, Zor y Dana.

Dana estaba alentada por la más reciente mención de Zor de “el Triunvirato” para recurrir a lo que ella consideraba terapia de alto riesgo ahora, y mientras caminaban y hablaban, ella estuvo penosamente tentada a confesarle su pasado, cierta que entonces él se acercaría más aún a recobrar su propio pasado. Era por supuesto una espada doble filo y ella estaba consciente de la ambivalencia dentro de ella: por una parte, la memoria de Zor podría resultar ser la llave que abriría el misterio de los Maestros Robotech y daría a la Tierra los datos que necesitaba para montar una defensa apropiada, o, como Rolf esperaba, participar en algún tipo de trato. Pero por el otro lado, a Dana le gustaba tener a este Zor sin pasado a su lado, a esta mente vacía que ella podía llenar con las memorias que ella

quisiera poner allí; de cierto modo había algo de crianza y maternal respecto a todo ello que iba lado a lado con los sentimientos más primitivos que ella tenía por Zor.

Ellos habían alcanzado el área herbácea plana ahora, despeñaderos sin vida y ríos de pizarra ascendiendo por tres lados, con el último abierto a una vista espectacular de la ciudad, a varios miles de metros debajo de ellos. Dana trató de no pensar en George Sullivan y los pocos momentos que los dos habían compartido aquí.

El cielo no estaba despejado, pero profundamente de color celeste no obstante, y el aire estaba inusualmente cálido, especialmente para esta altura.

Zor debió haber estado consciente de ello, también, porque comentó que era difícil de creer que había una guerra en marcha.

“Es tan pacífico y quieto aquí arriba,” ella le dijo mientras caminaban. “Siempre empiezo a pensar en donde yo crecí cuando subo aquí... en las personas que dejé atrás.”

Habría sido mejor decirle sobre dónde mi madre había crecido, ella agregó en silencio. Eso lo habría interesado indudablemente mucho más que las historias sobre la granja de Rolf y la casi idílica niñez que ella y Bowie habían compartido –hasta la escuela militar, es decir, y la asignación de Rolf a general y su traslado de Nueva Denver a ciudad Monumento.

Pero Zor no preguntó nada específico sobre ese lugar; en vez de ello, él preguntó con una risa: “¿Alguna de las personas que dejaste atrás era un novio?”

Sonaba tan ridículo viniendo de él que por un momento ella estuvo segura que él estaba bromeando con ella. Así que ella jugó a la misteriosa con su pregunta y dijo, “No, no realmente...”

Ellos estaban dominando la ciudad ahora, y Zor se sentó en la hierba alta para observar la vista. “Desearía poder recordar dónde crecí,” él dijo con añoranza. “Supongo que nunca sabré cómo es volver a casa de nuevo.”

“Bueno, la guerra terminará algún día,” ella sugirió. “Podrías considerar comenzar un nuevo hogar...”

Zor había desarraigado una larga hoja de hierba y estaba mascando un extremo de ella ausentemente. “No,” él le dijo. “No es tan simple. Un hombre sin un pasado es un hombre sin hogar –

ahora y siempre.”

“Pero cada día te trae de regreso un poco más de tu pasado,” ella le recordó alentadoramente.

“Es cierto,” él admitió vacilantemente. “Recuerdo algo sobre el Triunvirato y Musica... pero principalmente son estas visiones terribles sobre la muerte y la destrucción. Sé que yo estaba haciendo algo importante cuando el enemigo atacó. Y tengo esta sensación de que había gigantes allí para protegerme... pero después de eso, todo sobre lo que puedo pensar es derramamiento de sangre, devastación.” Zor presionó los talones de sus manos contra sus sienes. “Si sólo pudiera recordar dónde y por qué ese ataque tuvo lugar. Pero no hay nada allí. Sólo una laguna.”

“No te mortifiques por eso ahora, Zor.”

“Y esos extraños montículos que Nova me mostró antes de desmayarme...”

“¿Montículos?” Dana dijo de repente. “¡No me dijiste sobre esto!”

“Eso fue cuando no hablábamos. Cuando yo estaba en los cuarteles generales de la PMG.”

“¡Por supuesto! ¡¿Por qué no habré pensado en esto antes?!”

Repentinamente Dana tuvo un destello de discernimiento: ¡los montículos, por supuesto! Zor había estado allí. No existía ninguna razón para pensar que los montículos harían algo por él después de que Bowie no lo había hecho, pero valía la pena probar.

Dana se puso de pie, tomó la mano de Zor, y lo llevó lejos en una corrida.

Cerca, un curioso animal asomaba su cabeza desde la hierba alta. Desde lejos podría haber sido confundido con un pequeño perro peludo; pero de cerca varias diferencias inmediatamente se presentaban: los dos cuernos terminados en botón que se levantaban por detrás de su melena de perro ovejero, los pies como panecillos suaves, los ojos que no eran de esta Tierra.

Había algo sobre la postura de la criatura y la expresión que sugería incredulidad. Éste reconoció a su otrora amiga. Pero era el otro humano quien cautivaba la atención de la criatura en este momento: era el ser que lo había tomado de su mundo hogar.

La criatura casi había corrido hacia éste, atrapada en un deseo

instintivo de ser llevada a casa. Pero en vez de ello, siguió a los dos humanos desde una distancia discreta.

Nordoff había cambiado de idea.

“Un tercio de nuestra flota de batalla y casi la mitad de nuestros transportes ya se ha perdido,” él reportó a la sala de guerra. “¡Nos están haciendo pedazos! Señor, nos es imposible mantener formación de batalla. Sugiero que nos retiremos inmediatamente.”

“Es un disparate,” dijo Leonard en el micrófono remoto. “¿Por qué no ha utilizado los AJACs contra el enemigo, Capitán?”

“Hemos estado terriblemente ocupados tratando de sobrevivir en este punto,” Nordoff regresó. “Señor,” él continuó con mayor énfasis, “el enemigo ha estado despachando a nuestros cruceros de batalla más grandes con regularidad; pienso que difícilmente los helicópteros de ataque tengan una—”

“Capitán, ese es un asunto que yo decido. Siga sus instrucciones. ¡Envíe a los AJACs!”

Dana sentía que la presencia de Bowie era fundamental; así que ella y el alienígena regresaron a las barracas del 15to y arrebatado a Bowie de la sala de alistamiento antes de partir hacia el lugar donde Zor y Dana se habían visto por primera vez, y donde Bowie mismo había sido mantenido en cautiverio —el sitio de entierro de la SDF-1.

Una vez más Angelo Dante no se molestó en protestar, contento de estar libre de los tres, de toda obligación. Ahora el sargento se dijo a sí mismo, si sólo pudiera hacer algo sobre Sean y unos cuantos de los otros. Pero cuando él completó su lista mental de excluidos encontró que había eliminado a casi todos menos un hombre del 15to —él mismo!

Entretanto, el terapeuta, su asistente, y su paciente propulsaban sus Hovercycles hacia la cima de la cordillera y sobre el paso que

vinculaba Monumento con lo que una vez fuera su ciudad hermana, Macross. No existía ninguna carretera actual, pero había remanentes de la original, y los ciclomotores fácilmente les permitieron escarabajar alrededor de lugares escabrosos y áreas de derrumbe –ambas, naturales y deliberadas.

Macross estaba teóricamente fuera de los límites para los civiles y los soldados de la Cruz del Sur por igual, aunque el sitio no estaba patrullado en modo alguno o de otra manera mantenido bajo vigilancia. Era un hecho bien conocido que la batalla final entre las SDFs 1 y 2 y la nave de guerra Zentraedi tripulada por Khyron y su consorte, Azonia, había dejado el área intensamente radioactiva. Si este era todavía el caso era estrictamente confidencial y una pregunta que sólo podía ser respondida por el Profesor Zand o uno de esos pocos científicos que habían servido en la fortaleza dimensional y no hubieran por una razón u otro elegido acompañar a Lang, a Hunter, y a Edwards en la Misión Expedicionaria a Tirol. En todo caso, el Alto Mando no quería a nadie fisgoneando por ahí: la mayor parte de los mechas útiles y las maravillas Robotecnológicas habían sido salvadas de la nave, pero Lang había dado órdenes estrictas de que nadie molestase el área. Por ello, el doble propósito de los montículos mismos.

El lecho del lago se había secado y el tazón resultante estaba rebosando ahora con una gran variedad de vida vegetal y animal, recordativo de algunos de los hábitats atípicos que se formaron en el fondo de los cráteres o calderas, como aquel de Ngorongoro en África del Este. Y en el centro de estos estaban los tres montículos de cimas chatas, de pendientes empinadas, con bases más grandes que las cimas, coronados con vegetación, y cubiertos de misterio.

Dana hizo detener al trío a cierta distancia de los montículos. Ella se volvió para mirar a Zor, buscando alguna señal que pudiera indicar familiaridad o llamada. Pero en vez de ello, Zor parecía confundido y posiblemente espantado, como ella misma se sentía.

“Bueno, tú sabes, esa ‘base militar’ con la cual sueñas –¿la que fue atacada?” Dana empezó. “Se me ocurrió que esto podría serlo. Bowie y yo te vimos aquí, Zor –¡nosotros luchamos contra ti y tus Bioroids en este lugar!” Dana lucía apologetica. “No quise decírtelo antes, porque Nova insiste en que no debo plantar recuerdos en tu

mente... pero este lugar es tan importante. Tú en realidad mantuviste a Bowie prisionero aquí, Zor. ¿No recuerdas nada de ello?”

Zor estaba mirando a Bowie para confirmar y recibéndolo; pero incluso eso no tuvo efecto aparente. Zor apretó su boca y sacudió su cabeza.

“Se peleó una terrible batalla aquí,” Bowie agregó. “Entre las Fuerzas de la Tierra y los últimos Zentraedis –una raza enviada aquí por tus Maestros para recuperar algo que ellos pensaban nosotros teníamos– algo que ellos aún creen que tenemos.” Bowie gesticuló a los tres montículos. “Debajo de uno de estos están los restos de una nave que probablemente fue enviada a la Tierra desde tu mundo hogar, un planeta llamado Tirol. Por alguien con quien tú podrías hasta estar relacionado –un ser llamando Zor.”

Zor escuchaba sin decir palabra, como un animal escucharía un discurso Humano: consciente del tono y hasta de las palabras, pero ignorante del sentido de ello.

“La hermana de mi padre, mi tía, murió aquí,” Bowie dijo suavemente, su voz estallando. “Su nombre era Claudia Grant.”

“Lo siento,” Zor regresó. “¿Y qué era esta cosa que se suponía que ustedes debían tener por la que mis Maestros todavía están tan desesperados?” él les preguntó.

Dana habló al respecto, encogiéndose de hombros primero, para indicar su conocimiento limitado de estas cosas. “Cierta tipo de generador. Algo que tiene que ver con la Protocultura –el tipo de combustible que maneja nuestros mechas y que permite a nuestros Veritechs transformarse.”

“Reconfigurarse,” Zor dijo, al borde de algo. Él ausentemente mordiscó su labio inferior. “Protocultura...” él dijo pensativamente. “No sé... Me parece familiar; pero no recuerdo nada.”

“Bueno, ya que estamos aquí, fisgoneemos un poco,” Dana propuso. “Quizá encontremos algo que estimule tu memoria. Quiero decir, si te sientes con ánimos...” ella pensó sumar.

“Por supuesto que sí,” Zor le aseguró, enderezándose en el asiento del ciclomotor. “Yo investigaré el montículo a la izquierda.”

“Yo tomaré el derecho,” Bowie dijo ansiosamente.

Dana sonrió y aceleró el mecha. “Muy bien. ¡Entonces

marchemos a toda vela!”

Zor y Bowie se alejaron suspendidos en el aire y ella hizo lo mismo, dirigiéndose hacia el montículo central, el que de cerca resultó ser algo más grande que los otros. Pero al igual que los otros, tenía la misma atmósfera de encantamiento y misterio paseándose por allí, la misma profusión de arbustos, árboles jóvenes, y maleza creciendo de grietas en sus lados empinados.

Fuera de la vista el pollinator la observaba, y comenzó a dirigirse hacia el mismo montículo.

Ella no vio nada que pudiera indicar una camino hacia dentro del montículo y consideró intentar propulsar su ciclomotor pendiente arriba de sus lados para echar una mirada en su cima; pero primero decidió circular alrededor de la cosa una o dos veces para ver qué podía encontrar. A poco de completar el círculo ella encontró lo que estaba buscando: algo así como la boca de una cueva, grande, oscura y acolmillada por depósitos del tipo de estalactitas. Ella llamó a Bowie y a Zor para que se reunieran con ella, y en momentos ellos estuvieron a su lado.

Ellos desmontaron de sus ciclomotores y emprendieron su camino hacia la boca de la apertura, trepando rocas y escarabajando a través de la vegetación armada de púas y tenaz que cubría la base inferior inclinada del montículo. En la boca, Bowie bravíamente ingresó, y aguardó un momento en la oscuridad esperando que sus ojos se adaptasen a la oscuridad.

“Parece que va todo el camino hacia dentro,” él dijo a Zor y a Dana.

Ellos siguieron. Incluso Zor parecía tener temores. “Seamos cuidados,” él dijo a Dana. “No sabemos qué podríamos encontrar aquí dentro.”

“¿Ahora, cuándo no he sido cuidadosa?” ella rió, brincando sobre una roca en la entrada e ingresando, pasando al lado de Bowie.

No era una apertura natural en el lado del montículo; parecía haber sido excavado. Dana empezó a preguntarse si los saqueadores habían trabajado en los sitios durante los quince años pasados.

Ellos se movían cautamente por la oscuridad, alertas por los sonidos distantes.

“Es como una tumba aquí dentro –todo lo que este lugar necesita son unas cuantas momias,” dijo Bowie.

“Déjate de eso,” Dana le dijo. “ya estoy bastante asustada.”

Al penetrar más adentro, una cosa fue inmediatamente obvia: aunque había en realidad depósitos orgánicos creciendo del techo de la cueva (de unos veinte metros de alto) y enredaderas y rinconeras adhiriéndose a las paredes, la cueva no era de manera alguna natural –ellos estaban en realidad dentro de un pasillo enorme. Paneles y sistemas de circuitos expuestos, miembros estructurales oxidándose y mamparos confirmaban esto.

Pero allí había cosas vivas en el pasillo además, como Dana pronto lo averiguó.

Sin advertencia, un grupo de murciélagos voló directamente hacia ellos desde la oscuridad. Dana gritó, se lanzó, y cerró en los brazos de Zor, instantáneamente lamentando su exhibición de debilidad.

Ella se estiró hacia arriba para encontrar la boca de él en la oscuridad, más airada cuando encontró una sonrisa allí.

Zor rió e insistió en que siguieran adelante.

Ellos avanzaron por el pasillo otros quince minutos, siguiéndolo por un suave arco; entonces apareció luz delante de ellos –lo que parecía ser una barra de luz monolítica autoestable, pero de hecho era una apertura estrecha en la pared del pasillo, permitiendo a la luz brotar hacia delante desde alguna parte más adentro del montículo.

Zor se ofreció como voluntario para tomar la delantera en éste, sintiendo como si él de hecho se estuviera acercando a algo que lo guiaría a las pistas de sus orígenes reales y pasado. Él parecía conocer este lugar de algún modo, el tacto de estos pasillos. No era muy similar a la imagen que su mente dibujaba de ello, pero familiar sin embargo. De una manera extraña, él sentía que conocía este lugar como uno lo haría con una casa.

La apertura era lo precisamente lo bastante grande para deslizarse hacia dentro, pero requería que él mantuviese sus hombros apretados y planos contra la pared. Tenía que ser una fosa de ventilación o acceso que no fue pensado para ser caminado.

Dana y Bowie estaban cerca. “¿Puedes ver?” Dana preguntó a

Zor. “¿Ya casi llegaste al final?”

“Un poco más...” él le dijo.

Y de repente ya habían terminado de pasar la brecha y estaban en el interior de una cámara enorme. Debajo de ellos estaba lo que parecía ser un foso excavado. Escaleras toscas habían sido labradas en la tierra y los escombros que se depositaron en el lugar cuando el techo se cayó posiblemente una década o más atrás. Rayos de luz solar se vertían dentro a través de aperturas en la costra de arriba, junto con enredaderas y las raíces de los árboles.

Pero el propio foso fue lo que los golpeó: de una sopa orgánica de aspecto viscoso casi bullendo en el fondo del caldero, crecía un patrón ordenado de extraños y sobrenaturales tallos verdes, floreciendo con brotes fragantes y flores de tres pétalos aún mientras ellos miraban.

Sobre sus cabezas, luz, bruma, y bioenergía despedida por las plantas conspiraban para formar lo que parecía ser un arreglo de espirales de poder.

“Este lugar es increíble,” dijo Dana. “Está vibrando con poder... y esas plantas... ¿Qué diantres son?”

“Parece una especie de invernáculo,” Bowie sugirió.

El trío descendió la escalera toscamente labrada hasta que estuvieron parados en el borde mismo del caldero. Las plantas cimbraban, como si movidas por algún viento que sólo ellas podían detectar. Más aún, parecían estar conversando unas con otras, emitiendo una canción que circunvenía la audición Humana normal. Dana se sintió compelida a estirar la mano hacia una de las flores, sólo para acariciar la superficie aterciopelada de sus pétalos...

“¡No, no toques eso!” Zor gritó.

Pero era demasiado tarde. La flor pareció encontrar la mano de Dana a medio camino y se apegó a ella. Ella no sintió ningún dolor por ello, pero el alarido de Zor la había sobresaltado, así que ella rápidamente quitó su mano rápidamente.

Bowie estaba espantado. “¡La planta te sintió, Dana! ¿La viste moverse hacia ti?”

Zor estaba ahora parado transfigurado por la escena, hipnotizado por los rayos deslumbrantes de luz y algo que jugaba al

borde de su memoria.

“¡El Triunvirato!...” él dijo repentinamente. “Miren estas flores – ¡crecen en grupos de tres! – ¡los tres que actúan como uno! Una vez más, lo mismo que vi en mi sueño.”

Dana trató de extraer más de su torturada mente. “¿Esas cosas podrían estar relacionadas de algún modo?”

“¿Crees que quizá estas plantas sean sobre lo que los Maestros están tratando de poner sus manos?” Bowie preguntó.

Zor sacudió su cabeza, los ojos cerrados estrechamente. “No lo sé... Pero sí sé que estas flores no son lo que parecen. Son una especie de mutación terrible, alimentándose de una fuente de poder increíble. Son definitivamente una nueva forma de vida, diferente de cualquier que hayamos visto alguna vez.”

Dana giró para mirar el caldero, las plantas que se retorcían, su canción de sirena...

“No me gusta esto en absoluto...” ella dijo cautelosamente.

Zor estuvo de acuerdo. “Ni a mí tampoco,” él le dijo. “Siento que esta caverna está llena de emanaciones de gran fuerza. Es como si estas plantas estuvieran exclamando... haciendo contacto con algo muy lejano. Mi pasado está enterrado aquí de algún modo. ¿Pero cómo puedo esperar que alguien crea esto?”

“Traeremos al comandante Supremo aquí y le mostraremos esto – ¡entonces tendrá que creerte!”

“¡Oh, grandioso!” Bowie exclamó. “Puedes imaginar lo que él diría – ‘Usted espera que yo crea este disparate sobre flores y extrañas emanaciones?’... ¡Eso es lo que él diría! Él pensaría que estamos locos, Dana.”

Dana respiró profundamente y estiró su mano para coger la mano de Zor.

El General Emerson y el Coronel Rochelle estaban sentados en silencio en la sala de guerra. El asalto había resultado ser un desastre total, para hombres y mechas por igual. Docenas de cruceros de batalla se habían perdido, junto con un número nunca

dicho de AJACs en los que el comandante supremo había puesto tanta fe.

Nova Satori estaba con los dos hombres; ella se había ofrecido voluntariamente para conseguir algo de café para todos ellos, y estaba regresando con jarras humeantes cuando el comando en tierra acusó recibo de un mensaje entrante de la Teniente Sterling. Emerson hizo que los técnicos pasasen la transmisión al balcón de mando, y en un momento la cara de Dana llenó la pantalla del monitor.

“Ante todo, señor... estoy totalmente consciente de que desobedecí órdenes.”

“Vaya, que novedad” Nova murmuró detrás de la espalda del general.

Dana escuchó el comentario y le contestó. “Lo siento, Nova, pero tengo a Zor conmigo y acabamos de dar una visita al sitio de la SDF-1. General, espero que no esté demasiado enfurecido con nosotros.”

Vacío de emoción, Emerson simplemente bufó. Además, él tenía sus propias noticias interesantes que reportar –tal vez las únicas buenas noticias que habían llegado de la batalla.

“Teniente,” él empezó. “Acabamos de recibir una transmisión de Marie Crystal. Ella estuvo en contacto directo con el enemigo y su evidencia visual parece confirmar su teoría con respecto al modelo tricótomo del comportamiento de los alienígenas.”

“No puedo atribuirme el mérito, señor. Fue la idea de Zor. ¿Se encuentra bien Marie?”

“Nuestras pérdidas fueron desastrosamente graves... Pero se me ha informado que la Teniente Crystal está ahora sin peligro de vuelta a bordo. Ella y toda la primera ola de asalto se han retirado hacia el lado oscuro de la luna. Sin embargo, lamento decir que el ataque ha sido un fiasco.”

En otra parte de los cuarteles generales del GTU, Leonard estaba recibiendo la más reciente actualización de batalla.

“Comandante Supremo,” un técnico reportó desde el monitor, “la primer ola de asalto ha retrocedido en desorden.”

“Pues bien, les demostraremos que tenemos más de donde vino eso,” Leonard gruñó.

“¿Señor?...”

“Movilicen la segunda ola de asalto. Ordéneles que se reúnan con las unidades operacionales restantes de la primer ola y que se prepararen para un ataque combinado contra el enemigo.”

Los ojos del técnico se abrieron de par en par en incredulidad. “¿Otro asalto frontal, Comandante Supremo?”

Leonard pasó una gruesa mano por su cráneo de forma de bala y asintió gravemente.

“¡Y esta vez, lucharemos hasta la última vida humana!”